



Juan José Saer
Las nubes

Otro servicio de:

Editorial Palabras - Taller Literario

www.taller-palabras.com

a Alberto E. Díaz

Da espacio a tu deseo.
LA CELESTINA, Acto VI

Está viéndose ya en la esquina, bajo el sol, cerca del puesto del vendedor de helados protegido por el toldo a rayas rojas y blancas, anchas. De antemano ha sentido, al cruzar la calle desde la vereda de sombra a la del sol, el asfalto, blando a causa del calor, bajo la suela de sus mocasines marrones. Y ahora, sobre la vereda gris que arde y reverbera en la siesta de verano, su sombra se proyecta a sus pies, encogida a causa de la posición del sol que no hace mucho ha empezado a bajar, lento, desde el cenit.

El cucurucho doble de crema y chocolate que se apresta a tomar será su único almuerzo, y si ha esperado hasta tan tarde – son casi las dos y media – para salir de su oficina a comprarlo, es porque ha decidido que el helado debe servirle para tirar sin comer hasta la hora de la cena. El calor es sin duda la causa principal de su frugalidad, pero una especie de estoicismo que podría considerarse como deportivo, producto no de una regla que aplica a su vida entera, sino del capricho del día, le da a esa estrategia física una vaga coloración moral. De modo que se siente bien durante unos segundos, contento, leve, sano y, a pesar de no andar lejos ya de los cincuenta, cree poseer un porvenir – inmediato y lejano – claro, recto y vivaz, igual que una alfombra roja extendida desde la punta de sus pies hacia el infinito. Casi de inmediato, el rigor del verano, el tumulto de la calle, los gases negruzcos que despiden los coches y que envenenan el aire lo retrotraen a un poco más de realidad, a ese término medio del ánimo que equidista de la angustia y de la euforia y que los que creen conocerlo más o menos bien, y él mismo aun cuando por distracción se deja convencer por ellos, llaman con certidumbre injustificada su temperamento.

La ola de calor cocina a la ciudad desde hace por lo menos una semana. Del cielo azul, sin una sola nube, el sol manda una luz omnipresente y ardua, que achicharra los árboles, enturbia la percepción y embrutece el pensamiento. Únicamente de noche el calor afloja un poco, pero con la hora de verano, una decisión administrativa que, como le gusta ironizar, hasta las gallinas reprueban, a esta altura del año no termina nunca de anochecer, y un poco después de las tres de la mañana, cuando a causa del calor uno todavía no ha logrado dormirse, el alba rompe, lívida, por el este, y el sol intolerable reaparece. En las orillas del río la gente se tuesta esperando la noche, la lluvia, las vacaciones, alguna brisa improbable, pero los que trabajan, cuando los observan, sudorosos, desde los muelles, desde algún puente, desde el colectivo, desde el metro aéreo que atraviesa el Sena, los consideran más con escepticismo que con envidia.

Es el seis de julio. El año pasado, después de veinte de ausencia, con el pretexto de liquidar los últimos bienes familiares, Pichón ha visitado por algunas semanas su ciudad natal, de mediados de febrero a principios de abril. A pesar de los años, de las decepciones

y de la extrañeza, se ha traído, de vuelta a París, algunos buenos recuerdos, y la promesa de Tomatis de venir a visitarlo, pero pasó un año entero sin que Tomatis se decidiese a viajar. De tanto en tanto, los domingos, se llamaban por teléfono, aunque nunca tenían nada preciso que decirse, y como viven en hemisferios diferentes, de tal modo que cuando uno está en pleno verano el otro ve golpear los puñados de lluvia helada contra la ventana, y como a causa de la diferencia horaria cuando en la ciudad es de mañana en París es de tarde, y cuando en la ciudad es de tarde en París es ya de noche, el tiempo ocupaba una buena parte de sus conversaciones. Hasta que, menos de dos meses atrás, un domingo de mayo en que hablaron un poco más que de costumbre del tiempo porque, a pesar de la diferencia de estación, de país, de continente y de hemisferio, las condiciones climáticas eran idénticas (un día frío y lluvioso), Tomatis le anunció por fin la buena noticia de que a principios de julio pasaría unos días por París.

Pero eso no fue todo: Tomatis le adelantó también que Marcelo Soldi, ese muchacho de barba en la lancha de cuyo padre habían ido un día con los chicos a visitar a la hija de Washington, ¿se acordaba?, tenía la intención de escribirle para mandarle algo que estaba preparando desde hacía algunos meses, y, tal vez con el fin de avivar su interés, Tomatis dejó caer sin darle mayores explicaciones una frase enigmática: "Salió a buscar Troya y casi se topa con el Hades". Pero por cierto que no bromeaba porque, cosa de un mes más tarde, el envío llegó: era un sobre de tamaño mediano, protegido por un forro interior de burbujas de plástico, autoadhesivo, pero al que, por precaución, Soldi había sellado con cinta adhesiva transparente, y que contenía una carta bastante larga y una disquette de la computadora. Soldi masculinizaba la palabra y le ponía un acento grave, lo que por escrito daba como resultado "el disket". En un pasaje de la carta decía: "Aparte de las conversaciones con Tomatis, que a veces pueden exigir cierta dosis de paciencia, me distraen también los paseos en auto, al azar, por el campo, y hurgar viejos papeles que conservan, milagrosamente la mayor parte del tiempo, la memoria de este lugar, o de cualquier otro, si viviese en cualquier otro. Lo que es válido para un lugar es válido para el espacio entero, y ya sabemos que sí el todo contiene a la parte, la parte a su vez contiene al todo. No lo hago con veleidades de historiador porque no tengo ninguna fe en la historia. No creo ni que pueda servir de modelo para el presente, ni que podamos recuperar de ella otra cosa que unos pocos vestigios materiales, lápidas, imágenes, objetos y papeles en los que, lo reconozco, lo que aparece escrito puede ser un poco más que materia. Lo que percibimos como verdadero del pasado no es la historia, sino nuestro propio presente que se proyecta a sí mismo y se contempla en lo exterior".

Y en otra parte de la carta: "Tengo cierta ventaja sobre otros aficionados a los archivos: le caigo bien a las viejas. El texto que te mando en el disket me lo confió una señora nonagenaria que, me parece, nunca lo leyó. Por suerte para ella, la pobre murió mientras yo lo estaba descifrando y pasando en limpio con total fidelidad, de modo que ya no estaré obligado a contarle vaguedades o a mentirle sobre el contenido de esos papeles, que, en razón de que su propietaria no tenía herederos, deposité en el Archivo Provincial, donde pueden ser consultados, apenas terminé de copiarlos. Nos interesa mucho tu opinión porque, contrariamente a lo que yo considero, Tomatis afirma que no se trata de un documento auténtico sino de un texto de ficción. Pero yo digo, pensándolo bien, ¿qué otra cosa son los Anales, la Memoria sobre el calor de Lavoisier, el Código Napoleón, las muchedumbres, las ciudades, los soles, el universo?". Y por último: "El manuscrito que me dio la anciana no tiene título, pero si entendí bien ciertos pasajes, creo que a su autor no le parecería inadecuado que le pusiéramos LAS NUBES".

El sobre llegó en el mes de junio, el veintiuno pura ser exactos, en la puerta del ve-

rano. Desde entonces, como estaba terminando el año universitario, entre las reuniones, los exámenes y los coloquios, a Pichón le ha faltado tiempo para enterarse del contenido del misterioso "dísquet" que se ha estado cubriendo de polvo, abandonado entre libros, cuadernos y papeles sobre su escritorio. El dos de julio, su mujer y los chicos se fueron al mar y él se quedó en París a causa de un par de reuniones que lo demoraron y porque Tomatis le había anunciado su llegada desde Madrid para el siete a la noche. Decidieron de común acuerdo pasar dos o tres días solos en París para charlar a sus anchas, y viajar después a reunirse con Babette y los chicos en Bretaña.

Esta mañana, a eso de las nueve y media, ha asistido a una reunión en la facultad, y después se ha quedado trabajando hasta las dos y media en su oficina, ha bajado a tomar un helado, y se ha vuelto a su casa a dormir la siesta. Como muchos habitantes de la ciudad ya se han ido y los turistas por alguna razón todavía no han llegado – tal vez a causa del calor excesivo han preferido el mar o la montaña – la ciudad está vacía y como a causa del viaje de su familia también lo está su departamento, por momentos se establece entre el departamento y la ciudad una curiosa analogía, y como las ventanas están siempre abiertas para aprovechar las corrientes de aire, existe entre la ciudad y la casa una especie de continuidad; por momentos, no se sabe bien cuál de las dos contiene a la otra. Hay un silencio mayor que el de costumbre, y que crece todavía más cuando llega la noche ardiente y pegajosa después del día interminable. En short, con todas las luces apagadas, Pichón suele acodarse en la ventana del segundo piso que da a la calle callada y vacía, y mientras fuma cigarrillo tras cigarrillo, va auscultando, más que los detalles exteriores de la noche, las sensaciones que esos detalles despiertan en él, y que lo retrotraen al pasado, a su infancia sobre todo, por momentos de un modo tan intenso y claro que el tiempo parece abolido, a punto de inducirlo a pensar que muchas sensaciones que él ha creído siempre propias de un lugar, eran en realidad propias del verano.

A eso de las siete, un poco atontado por el calor y por la siesta demasiado larga, sale a hacer algunas compras por el barrio, pero después de pasar un rato en una vinería eligiendo algunas botellas de vino blanco para los días venideros, descansado, limpio y bastante feliz, atravesando el aire azul del anochecer, por las calles calientes, silenciosas y vacías, vuelve a la casa vacía. Apenas entra en ella se vuelve a duchar, se seca con suavidad, aplicando la toalla contra su piel y apretando un poco, casi sin frotar, como se aplica un secante sobre unos renglones de tinta fresca, y se pone, por toda vestimenta, un short limpio. Cena liviano – una tajada de jamón, unos tomates, un poco de queso, agua mineral –, pero cuando se sienta frente a la computadora, la pone en funcionamiento e introduce "el dísquet" para leer su contenido en la pantalla, lo piensa mejor y se dirige a la heladera. Vuelve con una gran taza de loza blanca llena de cerezas que deposita en el escritorio, al alcance de su mano izquierda, entre biromes, lápices, encendedores, un par de paquetes de cigarrillos, y un pesado cenicero de vidrio verde oscuro, grueso. Cuando empieza a leer el texto haciéndolo desfilan en la pantalla de la computadora, y aunque va llevándose a la boca, una a una, sin mirarlas, las cerezas, el gusto, dulce y ácido a la vez, lo hace representarse las esferitas de un rojo vivo igual que si las sensaciones táctiles y gustativas que se van produciendo en el interior de la boca, diesen un rodeo por los ojos, o por la memoria, antes de llegar al cerebro. Grandes, carnosas, frías, gloriosamente firmes y rojas, que, una vez obtenida, y aunque tantos pretendan lo contrario, por casualidad la primera, la materia se puso porque sí a multiplicar, son sin embargo, porque corre el mes de julio, las últimas del verano. Y nada asegura que, con la misma liviandad caprichosa con que salieron de la nada a la luz del día, después del invierno interminable y negro, volverán a aparecer.

Ríos por demás crecidos, un verano inesperado, y esa carga tan singular: así podrían resumirse, con la perspectiva del tiempo y de la distancia, para explicar la dificultad paradójica de avanzar en lo llano, nuestras cien leguas de vicisitudes.

Ese viaje demasiado largo y dificultoso tuvo lugar — cómo podría olvidarlo — en agosto de mil ochocientos cuatro. El primero de ese mes salimos hacia Buenos Aires bajo una terrible helada, y los cascos de los caballos quebraban las láminas, de un rosa azulado, de la escarcha en el amanecer, pero a los pocos días ya estábamos enredados en un verano pegajoso y truculento. Yo había hecho el trayecto inverso de Buenos Aires a la ciudad, y aunque éramos apenas cuatro jinetes, y por lo tanto progresábamos, a pesar de los obstáculos innumerables, diez veces más rápido que a la vuelta, aún a la hora en que el sol estaba más alto, el frío nos atormentaba. Así que ese calor desmedido nos confundía doblemente, primero por su rigor, que era grande, y también por su aparición a destiempo, en contradicción con las leyes naturales y el advenir natural de las estaciones. Lo poco en cuenta que la naturaleza tiene nuestros planes y hasta las leyes que le atribuimos parecía demostrarlo con insolencia ese calor inusual en medio de uno de los inviernos más crudos que la región, según numerosos testimonios, había padecido. El verano intempestivo, que en la misma semana hizo florecer y aniquiló un simulacro de primavera, desencadenó en menos de un mes una sucesión anómala de estaciones que desfilaban precipitadas y en desorden. Pero Osuna, el baqueano que nos había guiado hasta la ciudad y nos llevaba, en convoy numeroso esta vez, de vuelta a Buenos Aires, decía que, de tanto en tanto, en pleno agosto llegaba un verano así que iba preparando, para el día treinta, la tormenta de Santa Rosa. Demás está decir que, como siempre, Osuna tenía razón, y que el treinta justo, unos días antes de llegar a destino, la tormenta prevista, si bien contribuyó a sacarnos de una situación más que delicada, coronó el desfile de adversidades.

Pero me adelanto a los hechos y tal vez, por consideración hacia el posible lector en cuyas manos caiga algún día, en las décadas venideras, esta memoria, será mejor que me presente: soy el doctor Real, especialista de las enfermedades que desquician no el cuerpo sino el alma. Oriundo de la Bajada Grande del Paraná, nací y crecí en las colinas delicadas que ven llegar, desde el norte, la corriente incesante y rojiza del gran río. Con los franciscanos aprendí las primeras letras, pero cuando llegó la edad de profundizar mis estudios, Madrid les pareció a mis padres más aceptable que cualquier otro lugar como capital del saber, lo que puede explicarse por el hecho de que ellos mismos eran castellanos, y porque esperaban que hasta Alcalá de Henares no llegaría el tumulto que, partiendo de Francia, desde hacía seis o siete años sacudía a Europa. A diferencia de mis padres, a mí era ese tumulto lo que me atraía, y como ya había empezado a interesarme por las enfermedades del alma, cuando llegó a mis oídos que habían liberado de sus cadenas a los locos en el hospital de la Salpêtrière, supe que era en el fervor de París y no en los claustros soñolientos de Alcalá donde proseguiría mis estudios. Como todas las otras y en cualquier período de la historia, la última década del siglo pasado fue tumultuosa; como todos los padres,

los míos trataron de educarme al margen del tumulto; y, como todos los jóvenes, era justamente en el tumulto donde a mí me parecía que empezaba la verdadera vida.

No me equivocaba. En los hospitales de París descubrí una ciencia nueva, y entre sus principales representantes, al doctor Weiss. Un puñado de médicos que eran a la vez pensadores afirmaban que, de ciertas enfermedades del alma, como algunos filósofos de la antigüedad lo habían entrevisto, y aun cuando factores corporales podían ser a veces determinantes, había que buscar la causa no en el cuerpo sino en el alma misma. El doctor Weiss había ido de Amsterdam a París con el fin de confirmar esa observación; yo, mucho más joven, a enterarme de que tanto el sabio holandés como esa observación existían, y hasta podría decirse que formaban una entidad. Al tiempo de llegar, la idea se volvió una evidencia apasionada, y el doctor Weiss mi amigo, mi maestro y mi mentor. De manera que cuando decidió instalarse en Buenos Aires para ejercer según sus principios la nueva disciplina, me convertí con toda naturalidad en su ayudante. Demás está decir que antes de tomar su decisión definitiva me interrogó a fondo sobre la región y sus habitantes, pero como mi intención en esta memoria es respetar la verdad en forma escrupulosa, debo reconocer que instalarse en América había sido su proyecto desde mucho antes de conocerme, y que su interés por mi insignificante persona se acrecentó cuando supo por terceros que yo era originario del Río de la Plata. Ya en aquel entonces, las colonias españolas de América atraían a científicos, comerciantes y aventureros; la empalizada con que la Metrópoli pretendía aislarlas estaba agujereada por todos lados, de modo que era de lo más fácil colarse por los huecos, y hasta los que habían sido nombrados por Madrid para impedirlo se beneficiaban con la situación. Pero el doctor Weiss no era hombre de actuar de contrabando. Antes de cruzar el océano y, debo decirlo, con más facilidad de lo que me costó unos años más tarde atravesar un mar de tierra firme, pasamos por la Corte y unos meses después ya habíamos obtenido la autorización necesaria. Así que en abril de mil ochocientos dos, la Casa de Salud del doctor Weiss se inauguró a dos o tres leguas al norte de Buenos Aires, en un lugar llamado *Las tres acacias*, no lejos del río, pero en terreno alto para prevenir las inundaciones, con el triple beneplácito, que no duró mucho, de los notables locales, de las autoridades del Río de la Plata y de la Corona. Los propósitos del doctor no eran filantrópicos, pero enriquecerse era para él más bien un medio, que le permitiría proseguir sus investigaciones y, de ser posible, recuperar una parte de su inversión inicial, que le insumió la totalidad de la herencia familiar, en libros, viajes, influencias para obtener las autorizaciones necesarias, y sobre todo, en la construcción y puesta en funcionamiento de la Casa de Salud propiamente dicha, un vasto edificio de varias alas, de espesas paredes blancas y techo de tejas, en las barrancas que dominan el río. La Casa se conformaba a un modelo que existía ya en Europa, y sobre todo en París, donde varias instituciones de ese tipo habían sido fundadas en los últimos años, pero la arquitectura se inspiraba en el convento, en el *beguinage*, en el retiro filosófico, con vagas reminiscencias de la Academia y del Jardín de Epicuro, rechazando las cadenas, la cárcel, las mazmorras; un hospital ideal para dar reposo y cuidado que, por sus características, no podrían por desgracia

aprovechar más que los enfermos ricos. Pero la intención del doctor Weiss era la de ocuparse también, por otros medios y en algún otro lugar, de los pobres, que aun cuando le hubiesen resultado indiferentes, lo que por cierto no era el caso, sus intereses científicos se lo exigían, puesto que para él las enfermedades del alma, si la mayor parte tenía sus causas en el alma misma, podían deberse en algunos casos a causas concomitantes que provenían de diferentes partes del cuerpo, junto con otros motivos exteriores, originarios del mundo circundante, clima, familia, condición, raza, vicisitudes. Que únicamente los ricos pudiesen pagarse el tratamiento da una idea de su complejidad minuciosa: cada enfermo era considerado como un caso único, con pertinencia y dulzura, en una cura de larga duración que exigía, además de tiempo, espacio, ciencia y trabajo. La Casa de Salud sustituía el hogar que los enfermos habían perdido y, consciente de que las familias ricas no sabían qué hacer con sus locos, y que, por proteger su propia reputación, no se resignaban a dejarlos errar por las calles como hacen los pobres con los suyos, hubiesen deseado encontrar un lugar que pudiese acogerlos, el doctor tuvo la idea de abrir su Casa: fue tal vez la primera de ese género en todo el territorio americano,

Desde antes de su inauguración el número de familias postulantes fue asombrosamente elevado, y si bien todas eran de Buenos Aires, a los pocos meses de empezar a funcionar, comenzaron a llegar pedidos de las provincias, del Paraguay, del Perú y del Brasil, lo cual mostró la gran necesidad que existía en América de un lugar donde se trataran, con los últimos adelantos de la ciencia, la frenitis, la manía, la melancolía y otras dolencias del alma más o menos conocidas. A decir verdad, hasta que llegamos el doctor Weiss y yo a tratar de curarlas, esas enfermedades no parecían existir entre las clases superiores de América, que es lo que corresponde inferir del silencio que imperaba en todo el continente sobre el tema, a menos que, no existiendo la ciencia capaz de identificarlas, esas enfermedades hayan sido tomadas como rasgos normales del temperamento, lo que podría explicar quizás muchos hechos incomprensibles de nuestra historia. Lo cierto es que la Casa estuvo casi llena al poco tiempo de abrir y que al año siguiente nomás el doctor empezó a evocar la construcción de un ala suplementaria.

Esa buena acogida se explica con facilidad: para quien no sabe llevarlos, los locos, si rara vez se muestran peligrosos, son siempre cansadores. Aun cuando pongan buena voluntad y sobre todo mucha paciencia, al cabo de cierto tiempo las familias terminan exhaustas. Tratar de conseguir que un loco se comporte como todo el mundo, es como querer torcer el curso de un río: no digo que sea imposible, pero únicamente un buen ingeniero, sin poseer desde luego ninguna garantía anticipada de que lo logrará, puede intentar que el agua corra en otra dirección. Para el común de la gente, el comportamiento extravagante de los locos es pura y simplemente obstinación, cuando no mendacidad. Impermeables al sentido común y a la razón, los que insisten demasiado en querer redimirlos, terminan ellos mismos viendo sus propios juicios alterados. Hay que tener en cuenta también que cuanto más rígidos son los principios del ambiente en el que viven, más sobresale la rareza de los lunáticos, y más absurdos parecen sus dislates. Entre los pobres, obligados, para sobrevivir, a profesar

principios más flexibles, la locura parece más natural, como si contrastara menos con la sinrazón de la miseria. Pero una de las pretensiones mayores de los poderosos, aquella que justamente quiere fundar la legitimidad de su poder, es la de encarnar la razón, de modo que, en su seno, la locura representa un verdadero problema para ellos. Un loco pone en peligro una casa de rango desde el techo hasta los cimientos, y hace perder respetabilidad a sus ocupantes, lo que explica que en general se escondan las enfermedades del alma como si fueran males oprobiosos. *También allá debe haber muchas familias que no saben qué hacer con sus locos*, me dijo un día en Madrid el doctor Weiss, en la época en que esperábamos las autorizaciones de la Corte para abrir nuestra casa en el Virreynato. Para la ciencia que ha hecho de ellos su objeto, los locos son un enigma, pero para las familias en el seno de las cuales viven, un problema. Es obvio que estas complicaciones surgen cuando los signos exteriores de demencia son demasiado evidentes, porque, en los casos en que pasa desapercibida, que son mucho más frecuentes de lo que se cree, la sinrazón misma puede erigirse en principio y manejar, con la conformidad de casi todos, los hilos del mundo.

Como me doy cuenta de que en muchas de mis palabras trasunta aún hoy la influencia de mi venerado maestro, creo que es conveniente evocarlo en forma más detallada. De su físico, baste decir que delataba a primera vista al hombre de ciencia: alto, un poco grueso, las profundas entradas que dejaba en su frente rojiza un pelo rubio ceniciento, siempre revuelto, revelaban la constante actividad interior de la cabeza, un poco más grande que lo normal y bien asentada entre los hombros vigorosos. Detrás de unos quevedos enmarcados de oro que, cuando no estaban encaramados en su nariz, bailoteaban contra su pecho suspendidos de una cadenita de oro que colgaba alrededor del cuello, brillaban sus ojos de un azul clarísimo, móviles y perspicaces, ligeramente irónicos, y que, en los momentos de gran concentración, desaparecían detrás de los párpados que se entrecerraban delatando la ocupación máxima de la mente. Su cara rubicunda y franca se ensombrecía un poco cuando examinaba a un enfermo, pero a la hora de la cena, después de una jornada de intenso trabajo, el vino y la conversación eran sus placeres principales. A casi diez años de su muerte, no cometo ninguna infidencia escribiendo que su pasión por el sexo femenino, aun a una edad avanzada, era más que ordinaria y que, como ocurre a menudo en los pueblos septentrionales, las razas oscuras merecían su predilección. Los lupanares no lo amedrentaban, más aún, ejercían sobre él una fascinación desmedida, y de las mujeres casadas parecían emanar para su sensualidad incomprendibles atractivos suplementarios. Como yo era su interlocutor principal, su ayudante, su discípulo fiel, y me encontraba tan a menudo a su lado que hubiese podido confundírseme con su sombra, me convertí por razones obvias en su confidente, de modo que considero con toda tranquilidad de conciencia ser la persona que, por lo menos en el último tercio de su vida, mejor lo conoció. Después que la Casa de Salud dejó de existir y que, de regreso a Europa, por causas ajenas a nuestra voluntad, debimos separarnos, y él regresó a Amsterdam mientras que yo entraba como interno en el hospital de Rennes, del que en la actualidad soy subdirector, hasta el día de su muerte seguimos escribiéndonos y mezclando en nuestra correspondencia, con soltura y jovialidad, los tópicos

científicos con los personales. Su higiene corporal era meticulosa y, si el tiempo era cálido, le gustaba vestirse impecablemente de blanco, de modo que cuando estaba en Buenos Aires, en las noches de verano, cuando después de la cena salía a ejercer su pasatiempo favorito, no era raro que, desde los umbrales oscuros, desde las habitaciones en penumbra, por las ventanas abiertas de par en par buscando crear una imaginaria corriente de aire, al verlo pasar, alguna voz masculina murmurara en la oscuridad, entre socarrona y comprensiva: *ái va el doctor rubio a buscar putas*. Creo que la mejor manera de describir al doctor Weiss tiene que ver con esa capacidad que poseía de practicar libremente sus vicios a la vista de todos sin perder respetabilidad. Probablemente la razón fuese que nunca mezclaba los placeres con el trabajo y que era hombre de palabra: jamás le oí decir una mentira ni prometer nada que no estuviese dispuesto a cumplir. Su gusto inmoderado y misterioso por las mujeres casadas lo obligaba a veces a no pocos malabarismos morales, y en dos o tres ocasiones, empujado por las circunstancias a una inevitable duplicidad, lo vi renunciar con resignación a goces que ya le estaban asegurados. De sus inclinaciones había hecho un estilo de vida, una disciplina del saber y del vivir, casi una metafísica. En una carta del último período me escribió: *El instante, respetado amigo, es muerte, sólo muerte. El sexo, el vino y la filosofía, arrancándonos del instante, nos preservan, provisorios, de la muerte*. Si bien no parecía establecer ninguna distinción entre sanos y enfermos, era a los enfermos a quienes trataba con mayor probidad; parecía considerar que les debía más respeto que a los sanos. Y en cierto sentido era exacto: abandonados por sus familias, que rara vez venían a verlos, los locos estaban enteramente en nuestras manos, de modo que para ellos representábamos el último puente con el mundo. Al inaugurar la Casa de Salud, el doctor Weiss nos había advertido, a mí y a los otros miembros del personal, que mentirles a los locos era un acto insensato, y que si lo hacíamos seríamos percibidos por los enfermos igual que las personas sanas perciben a esos locos que hacen todo lo posible por disimular su locura, sin darse cuenta de que son esos esfuerzos los que los traicionan. Según el doctor Weiss el engaño es superfluo porque la locura, por el solo hecho de existir, vuelve a la verdad problemática. Un detalle que me intrigaba cuando lo oía dialogar con los enfermos era que muchas veces, ante las afirmaciones más descabelladas de los locos, en sus ojos azules más que en sus labios, que se apretaban un poco, se encendía fugaz una sonrisa de aprobación.

Las enfermedades, y no únicamente las del alma sino también las del cuerpo, que aunque capaz de tratarlas con igual habilidad se abstenía de hacerlo para no malquistarse con los otros médicos de la ciudad, a los que no quería sacarles la clientela, no eran el único centro de interés de mi maestro: la naturaleza entera en sus más variadas manifestaciones, desde el giro periódico de los astros hasta las florcitas más insignificantes de la llanura, que coleccionaba en un herbario cuidadoso, despertaba en él la misma curiosidad, estimulando sus dones de observación y de razonamiento. Un insecto, la brisa benévola de octubre, el comportamiento de un caballo o las fases de la luna, tenían el mismo valor para él como objetos de reflexión, y más de una vez le oí decir que, a diferencia de lo que habían producido los hombres, no había jerarquías en la natu-

raleza, y que en cada fenómeno natural estaban implícitas las leyes que rigen al universo entero, de modo que explicando correctamente el salto de una pulga por ejemplo —le gustaba ejemplificar con lo nimio— se entendía el funcionamiento del sistema solar, pero que de todas maneras la interpretación correcta de un hecho natural era imposible, porque a medida que iba aumentando el conocimiento aumentaba también el lado oscuro de las cosas.

Era un hombre ameno y servicial, o tal vez más que ameno y servicial: proclive a la compasión. Ese rasgo de su carácter era mucho más meritorio en él que en ningún otro, si se tiene en cuenta que, en materia religiosa, nunca vi ateo más convencido. En una de sus cartas desde Amsterdam me decía: *Como Dios no existe nos toca a nosotros los hombres corregir las imperfecciones del mundo. ¡Cómo me hubiera gustado dejarle la tarea —al fin de cuentas, si existiese, el mal sería su responsabilidad— y poder dedicar todo mi tiempo a la única cosa perfecta que ha sabido crear, el sexo femenino!* Su ateísmo me dejaba a veces perplejo: daba la impresión de considerar la inexistencia de Dios como una circunstancia euforizante. Aunque yo compartía sus convicciones, debo confesar que no pocas veces, en la intimidad de mi pensamiento, la situación me parecía más bien desalentadora, menos por la nada infinita que acechaba a mi propio ser, que a causa del despilfarro increíble que suponía la existencia de un universo tan inmenso, variado y colorido, que había irrumpido un buen día porque sí para, en cualquier momento, fletado generosamente como estaba, brusco, derrumbarse y desaparecer. Al doctor Weiss esa eventualidad no lo impresionaba sino que, por el contrario, parecía estimularlo, y creo que si hubiese estado en la boca de un volcán en erupción —aventura que por otra parte creo que vivió en Nápoles unos años antes de conocerme—, en vez de emprender la fuga se hubiese frotado las manos preparándose a estudiar la materia ígnea que estaría a punto de abrasarlo. Para los catorce años que duró nuestra Casa de Salud, ese símil no es inadecuado. Por todas partes lava hirviendo nos amenazaba: indios, bandidos, ingleses, godos, en ese orden creciente de ferocidad, para no hablar de tormentas, inundaciones, sequías, langostas, denuncias, pleitos, guerras y revoluciones. Nuestro hospital-laboratorio, como lo llamaba el doctor, que habíamos concebido blanco y apacible, terminó siendo la ruina miserable que, según me ha informado un amigo, existe todavía hoy día entre la maleza. Al parecer, después de la dispersión trágica de nuestros pupilos —los buscamos sin resultado durante semanas— dos de ellos volvieron al año siguiente y se instalaron en las ruinas, sin que ninguna familia los reclamara. (Hasta su muerte, los indios los veneraban y les traían de comer todos los días. Después se supo que eran unos indios cristianizados de Areco que, en secreto, practicaban una especie de culto hacia los dos locos, a los que trataban bien para que los preservaran de las fuerzas del mal.)

La política y el dinero son sin duda útiles, pero distraen de lo esencial: así es como las guerras sucesivas y la avaricia de ciertas familias, que pagaban los costos del primer año para desembarazarse de sus enfermos, y una vez que los confiaban a la Casa se olvidaban de seguir pagando, terminaron con nuestra empresa. En cuanto a las autoridades, si bien algunas personas esclarecidas nos estimulaban, muchos gobernantes, en general hombres de negocios, leguleyos, hacendados, eclesiásticos y militares, casi todos ellos ávidos, oscurantistas y sin

instrucción, nos vigilaban de un modo constante y ponían toda clase de obstáculos a nuestro desenvolvimiento. Únicamente aquéllos que tenían trato directo con el doctor Weiss nos eran incondicionales, por haber percibido a través de ese trato su bondad, su sinceridad y su eficacia. Y tal vez porque dependían de él y más de una vez él había sabido calmar sus sufrimientos, los enfermos lo idolatraban. Pretendiendo que los tenía prisioneros sin ninguna razón y que los torturaba, trato que ni siquiera a los locos furiosos era capaz de darles, aun los enfermos que lo consideraban como su enemigo y que no se abstendían de injurarlo o de amenazarlo, le tenían a pesar de sí mismos un respeto evidente, del que tal vez ni se daban cuenta, y cuando simulaban estar convencidos de que el doctor era la causa de todos sus males se notaba en sus palabras y en sus actitudes que no creían mucho en lo que afirmaban. Con sus insultos calumniosos, que el doctor soportaba con su sonrisita impasible, llegando a veces a sacudir de un modo afirmativo la cabeza como si los aprobara, parecían querer obligarlo a darles, de un modo u otro, un signo de que estaban equivocados, o tal vez un suplemento de atenciones o un interés exclusivo. También las personas que trabajaban en la Casa, a las que él mismo fue formando, le eran devotas. En su mayor parte se trataba de personas sin mucha instrucción, pero el doctor pensaba que los atributos que requería su trabajo, inteligencia, dulzura, fuerza física y paciencia, no dependían de la instrucción. Algunas damas de la ciudad quisieron colaborar gratuitamente, por beneficencia, con el trabajo de la Casa, pero, con habilidad diplomática, el doctor las convenció de que era un trabajo peligroso, lo cual en algunos casos, rarísimos, podía ser cierto, y cuando logró desembarazarse de ellas, me comentó en forma confidencial, con su habitual sonrisita y el chispeo de sus ojos clarísimos: *Gratuitamente, es otro tipo de servicios el que les pediría a las más jóvenes.*

El mismo concibió y ejecutó los planos de la Casa. De una sola planta, de forma rectangular, consistía en una serie de galenas que encerraban tres patios. El frente daba hacia el río, como *en la patria de Empédocles el templo de la Concordia hacia el mar*, ironizaba el doctor. Las paredes de adobe espeso, siempre de un blanco inmaculado; el enrejado bajo de las ventanas imitaban las mansiones coloniales, pero las hileras de cuartos que se abrían hacia los patios cuidados, evocaban el convento, la cofradía, o una rústica Academia. Únicamente en la última galería del último patio las puertas tenían llave. En las otras, incluida la de mi maestro, esa protección era superflua. Vivíamos en comunidad con nuestros locos. En cuanto a las personas que trabajaban en la Casa, sólo se encerraban bajo llave las que lo deseaban, que eran escasísimas. Las habitaciones del fondo estaban destinadas a los enfermos que atravesaban períodos de excitación grave. A la febrilidad constante de ciertos locos los demás terminan por habituarse o resignarse, pero los ataques súbitos de algunos taciturnos suelen ser los más violentos. En esos casos, el encierro se hacía necesario, y los dejábamos a solas hasta que los ganara otra vez la melancolía. En rigor de verdad, con nuestro método, es decir el método del doctor Weiss, rara vez en catorce años tuvimos casos de locos furiosos, que hubiesen puesto en peligro a nuestra comunidad o a alguno de sus miembros. Cuando la violencia los tentaba, era más bien contra sí mismos que la empleaban. A veces, sin razón aparente, alguno, en

forma repentina, corría a darse un cabezazo contra la pared, que lo dejaba sangrante y atontado. Otro, sin previo aviso, decidía tajarse el cuerpo entero con un cuchillo. Pero en catorce años, tuvimos que lamentar únicamente tres suicidios. Un muchacho brasileño constante e irresistiblemente atraído por el agua, terminó por tirarse al río; un viejo se colgó de un árbol en el segundo patio, una mañana de invierno, y una mujer se envenenó. (Se había dado a sí misma seis meses para sanar y, como lo explicaba en la carta que dejó, ya había llegado a la Casa con el veneno escondido y la determinación de usarlo si el tratamiento del doctor, que era su última tentativa de curarse, no daba resultado.)

El personal, mezclado con los enfermos, estaba distribuido en los tres grupos de galerías, que formaban en realidad tres cuadrados, con dos lados interiores comunes. Construidos en hilera, y en un solo cuerpo, los tres cuadrados formaban un rectángulo. El cuadrado del medio compartía los lados transversales con el cuadrado inferior de la entrada y el cuadrado del fondo: en materia de arquitectura, el doctor era afecto a la geometría. El primero de esos lados transversales del cuadrado del medio era un largo salón que servía de comedor y en uno de cuyos extremos estaba instalada la cocina. El cocinero era un empleado, pero sus ayudantes y los mozos que servían a la mesa, eran locos. Siguiendo instrucciones del doctor Weiss, si alguno de ellos deseaba cocinar, el cocinero ponía la cocina a su disposición. Al cabo de un tiempo, el cocinero se iba a visitar a su familia por dos o tres días, del otro lado de Buenos Aires, dejando la cocina a cargo de algún enfermo. En las galerías laterales opuestas del cuadrado inferior, inmediatamente después de la entrada, él a la izquierda y yo a la derecha, el doctor Weiss y yo teníamos cada uno nuestra habitación, que era al mismo tiempo nuestro lugar de trabajo.

En nuestra Casa de Salud, había a decir verdad muy pocos remedios. Según el doctor Weiss, de las causas variadas que podían explicar la locura, las que provenían del cuerpo eran las más improbables, y puesto que se trataba de enfermedades del alma, era en el alma donde había que buscar la causa. *Pero esa mezcla de sentimientos, pasiones, imaginación y pensamiento, mentira y verdad, bien y mal, amor y odio, crimen y arrepentimiento, deseo y renunciamiento que es el alma, como me decía el doctor en una de las primeras cartas que me mandó desde Amsterdam, no facilita nuestro trabajo. En cierto sentido, el cuerpo es para los hombres una región remota de sí mismos, y si logran hacerlo responsable de todos sus males, adscriben estos últimos al dominio de la naturaleza, que es para ellos sinónimo de fatalidad. En cambio, en lo que llaman el alma, están ellos mismos íntimamente implicados. En la inmensa mayoría de los casos el comercio con los demás no se hace a través del cuerpo, sino del alma. El cuerpo es una tierra incógnita que unos pocos privilegiados pueden pisar o contemplar, mientras que el alma está en comercio constante en la plaza pública, y los que se jactan de conservar un alma virginal y secreta no saben hasta qué punto esa propiedad que ellos creen recóndita y etérea puede llegar a ser manoseada por los otros. Por eso es que casi todo el mundo prefiere encontrar la causa de todos los males en el cuerpo.* Demás está decir que el método principal del doctor Weiss consistía en mantener con los enfermos relaciones idénticas a las que mantenía con las personas sanas y que sólo en los casos extremos se intentaba algún tipo de tratamiento, en general temporario, como la prescripción de ciertos medicamentos por ejemplo, el encierro, o los baños fríos o calientes. En muy escasas oportu-

tunidades nos vimos obligados a recurrir a la camisa de fuerza. En cuanto a los baños, formaban parte de nuestra rutina, y el lugar en el que los enfermos los tomaban era una construcción aparte, cercana al río, tan blanca y cuidada como el edificio principal. Las enfermedades del cuerpo, las tratábamos según los métodos habituales, y para los casos más o menos graves el doctor no vacilaba en hacer venir a algún colega de Buenos Aires con el fin de proceder a una consulta. Pero debo consignar, si quiero atenerme a la verdad más estricta, que en su inmensa mayoría los numerosos enfermos que estuvieron bajo nuestro cuidado parecían gozar de una salud excepcional desde el punto de vista físico. Instalados en un mundo propio, enteramente creado por su imaginación delirante, y a menudo incomprensible para los demás, parecían al abrigo de las contingencias naturales que deben soportar los que gozan de, como se dice, su entero discernimiento. En ese mundo propio enquistado en el de las apariencias, daban la impresión de echar raíces y sufrían, no la corrupción que espera a toda materia, sino un desecamiento interminable, una calcinación lenta cuyo tiempo de cocción no podría quizás medirse con instrumentos conocidos. Las porciones de sí mismos que se iban desprendiendo, cabellos, dientes, piel, a veces un ojo que parecía volatilizado detrás de un párpado incapaz de abrirse, algunos dedos seccionados en algún accidente, una pierna que se ponía rígida y se negaba a caminar obligándolos a arrastrarla todo el tiempo como a un mueble viejo, parecían las partes de un envoltorio que, a causa de los trajines de un viaje, se desgarran sin que sin embargo el objeto que protegen sufra el menor daño.

En los trabajos domésticos, cada uno colaboraba según sus necesidades y según su deseo, y las reparaciones, la pintura, la huerta y la jardinería, así como el mantenimiento del corral, que estaba fuera del edificio, más allá de las tres grandes acacias que dan nombre al lugar, y las tareas de la cocina, que ya he mencionado, se repartían, a medida que la necesidad se iba haciendo evidente, entre los voluntarios que se presentaban, y de los que no estaba excluido ni siquiera el doctor Weiss. Más de una vez lo vi atender a un enfermo mientras iba carpiendo la huerta, o mientras pintaba las paredes de adobe, la preservación de cuya blancura inmaculada, al mismo tiempo que la limpieza meticulosa de las galerías y de las habitaciones, así como el cuidado del corral y de los patios arbolados, ocupaba la mayor parte del trabajo cotidiano. En relación con estas tareas domésticas efectuadas en común, debo decir que no resultaban de la aplicación de una disciplina sino más bien, por parte de los enfermos, del capricho de los voluntarios, y este sistema de trabajo, razonado con cuidado especial por el doctor Weiss, demostró una vez más su proverbial realismo y su infalible perspicacia. Si la locura podría definirse por el delirio mismo que la pone en evidencia, y si el sufrimiento puede estar ausente de los enfermos en muchos casos, es evidente que su otro rasgo constante es la ingobernabilidad: la razón, que es capaz de imponer su disciplina hasta a los rayos que caen del cielo, es sin embargo inadecuada para domesticar el delirio. Cuando se pretende tratar con él, es más prudente apelar a su capricho que a su obediencia, y a menudo nuestros locos seguían no las normas que dicta lo exterior, sino las que les imponía su propio delirio, a veces con la previsible consecuencia de que lo exterior, hasta entonces supuestamente inapelable, terminaba plegándose a ellas. Recuerdo

que en mil ochocientos once, un funcionario de la Revolución que tuvo a su cargo una inspección de nuestro establecimiento, y que hubiese podido contarse entre nuestros enemigos, si a los pocos días de su visita un tropezón imprevisto de su caballo no lo hubiese mandado al otro mundo como se dice, comentó al final de su visita, no sin alguna pertinencia, que durante su recorrido por la Casa le había costado todo el tiempo distinguir los locos de los que no lo eran, a lo cual mi venerado maestro respondió, con el chispeo habitual en sus ojos de un azul clarísimo, pero sin obtener del otro ni la más leve sonrisa de connivencia, que cuando él se paseaba por las calles o por los salones de Buenos Aires lo asaltaba con frecuencia la misma perplejidad.

El objeto de esta memoria no es relatar en detalle la vida en la Casa de Salud, sino nuestro viaje de mil ochocientos cuatro, cuyas escasas cien leguas fueron multiplicadas por los obstáculos, previsibles o inesperados, que demoraban nuestro avance, por los fenómenos naturales que desordenaban nuestros planes, y por ciertos episodios poco comunes que nos condujeron más de una vez al borde del desastre. Pero antes de referirlo, quisiera hacer algunas consideraciones sobre las circunstancias que motivaron la desaparición de la Casa.

La facilidad con que obtuvimos en Madrid las autorizaciones necesarias para instalarnos puede explicarse por el hecho de que la Corona consideraba que toda institución nueva que se fundara en las colonias contribuía a consolidar su presencia en ellas, y también por la ignorancia de casi todos los funcionarios de la Corte sobre la disciplina que profesábamos y el modo en que pensábamos ejercerla, aunque el doctor Weiss se haya inspirado en parte del ejemplo de algunos médicos de Valencia, que durante el siglo pasado practicaron un tratamiento más humano de la locura. A esto habría que agregar quizás la circunstancia de que debíamos pagar un impuesto, hecho que, teniendo en cuenta el estado de las finanzas de prácticamente todas las monarquías europeas, aceleraba siempre todos los trámites. Por otra parte, convencidos de que todo aquello de lo que no se ocupan no existe, los funcionarios pensaban que en América no había locos cuyas familias pudiesen pagar para que alguien se ocupase de ellos, de modo que en su fuero interno no dudaban de que el doctor Weiss y yo éramos dos ingenuos dispuestos a dilapidar su fortuna en una empresa descabellada destinada de antemano al fracaso. Pero cuando el largo rectángulo blanco abrió sus puertas al pie de las tres acacias, y los enfermos comenzaron a afluir, los funcionarios locales empezaron a tomarnos en serio, y cuando nuestros métodos novedosos se difundieron, la opinión pública se dividió en lo relativo a su seriedad, a su eficacia, y aún a su decencia. La Iglesia por ejemplo, que en las colonias se otorga atribuciones que ya no se atrevería a acordarse en la Metrópoli, pretendía opinar sobre el modo en que se debía tratar a los enfermos, lo que exigía del doctor Weiss una paciencia inagotable y una habilidad siempre lista para sortear las dificultades. Durante nuestras deliberaciones privadas, el doctor me decía que por el momento era infructuoso y no exento de peligro un enfrentamiento directo con el clero y que la mejor manera de combatirlo era proseguir sin concesiones nuestro trabajo científico, pero al mismo tiempo, aun cuando debíamos evitar las provocaciones, no estaba dispuesto a renegar de sus ideas. Cuando años más tarde la Revolución llegó, tuvimos la esperanza de que

también llegaría para nosotros y que nuestro trabajo sería por fin reconocido, pero muchos de sus partidarios no diferían en casi nada de sus enemigos en cuanto a sus ideas políticas, científicas y religiosas se refiere. Las guerras que siguieron no hicieron más que agravar las cosas: en las guerras de independencia ya estaban en gestación las guerras civiles, y hasta podría decirse que los primeros enfrentamientos en las guerras de independencia fueron una suerte de guerra civil, porque los que se mataban mutuamente eran los mismos que cinco o seis años antes habían combatido juntos contra los ingleses. Durante los años de guerra, aunque a decir verdad la región nunca fue demasiado tranquila, veíamos pasar a menudo, por agua o por tierra, compañías de soldados que a veces se desviaban de su camino para venir a golpear a nuestra puerta, por curiosidad o en visita de reconocimiento, o a veces a pedir un poco de agua y hasta algo de comer. En general, cuando comprobaban que se trataba de un hospital, y sobre todo cuando descubrían la clase de enfermos que tratábamos, se apresuraban a dejarnos tranquilos: ya es sabido que la locura, cuando no hace reír, suele generar la incomodidad y más que nada el espanto.

No todo era incompreensión y amenaza en el mundo que nos rodeaba, y debo reconocer que en los catorce años de existencia de la Casa de Salud del doctor Weiss, un grupo de amigos y de defensores, procedentes de todas las clases sociales y de todos los sectores políticos, incluyendo funcionarios de los gobiernos sucesivos, científicos y hasta miembros del clero, apoyaron por todos los medios nuestra experiencia. Una buena parte de las familias de nuestros locos, aunque más no fuese por no tener que verlos reaparecer un día de vuelta en sus casas si nuestra institución cerraba, pagaba con toda puntualidad, y como todos sin excepción formaban parte de las clases acomodadas que, cualquiera fuese la fracción a la que pertenecían, eran las únicas que se otorgaban el derecho de gobernar, utilizaban por todos los medios su influencia para que no se nos molestara. Pero no pocas veces rencores, rivalidades y conflictos de interés estuvieron a punto de perdernos. Cuando empezaron las guerras de independencia, los revolucionarios nos acusaban de realistas y los realistas de revolucionarios. Como nos habíamos instalado con una autorización de la Corona, los gobernantes criollos nos acusaban de espionaje, y algunos pretendían incluso que únicamente admitiéramos en la Casa a los enfermos provenientes de familias adeptas a la causa de la Revolución. Lo más absurdo de esa situación era que el doctor Weiss y yo habíamos sido desde siempre revolucionarios convencidos —él había estado en las calles de París en el noventa y tres—, pero como estuvimos obligados a disimularlo durante el virreynato para poder sobrevivir, los revolucionarios pretendían que fingíamos defender su causa por oportunismo o, peor todavía, con el fin de ejercer con mayor eficacia nuestro supuesto oficio de espías. Lo que sucedía en realidad era lo que sucede en todas las revoluciones, es decir que entre los dirigentes un pequeño grupo, que termina siempre por perder, se compone de revolucionarios convencidos, mientras que el resto está formado por una parte de hombres influyentes del gobierno anterior que cambian sobre la marcha y por la otra de individuos que no están ni con unos ni con otros y que se limitan a aprovecharse de las circunstancias inesperadas que los han llevado al poder. Aparte de las familias que nos habían con-

fiado a alguno de sus miembros, y de algunos científicos que se interesaban sinceramente por nuestro trabajo, nadie entendía lo que hacíamos, de modo que padecíamos el eterno flagelo que amenaza a los que piensan, o sea soportar el recelo de aquellos para quienes todo lo que ellos no entienden es sospechoso.

Me han dicho que en la actualidad (*1835 más o menos según mis cálculos*. Nota de M. Soldi) se degüella fácil por esas tierras; en mi época, era el fusilamiento lo que parecía estar de moda. De ese final luctuoso y, en resumidas cuentas, bastante degradante, nos salvó un aliado imprevisto, el cónsul inglés, el cual pensaba de nosotros —se me perdonará que por hacer más fluido mi relato le atribuya a un diplomático, inglés por añadidura, la facultad de pensar— que éramos un par de charlatanes, aunque en realidad sospechaba, con justa razón por otra parte, que el doctor Weiss y yo, que solíamos cruzarlo a menudo en las reuniones mundanas, nos dábamos algunas panzadas de risa a su costa. Poco tiempo después de haberse instalado de nuevo en Amsterdam, el doctor me escribió: *Hé nos aquí sanos y salvos otra vez en Europa, y eso gracias a mister Dickson. El pobre, dividido como está entre su odio a España por razones comerciales y su odio a todo lo que es revolucionario por idiosincrasia nacional, se encuentra siempre sirviendo a dos amos a la vez sin tenerle simpatía a ninguno. Y sin embargo, su sentido del honor, sin ningún asidero en la realidad, nos salvó la vida*. No creo ofender a nadie explicando, veinte años más tarde, las alusiones que contiene la carta del doctor.

Desde hacía unos meses, en la Casa se encontraba internado un joven chileno enfermo de melancolía, cuyo padre, por haber elegido la causa de España, había sido ejecutado bajo el cargo de alta traición en Valparaíso. Un espía del gobierno informó a un jefe militar de Buenos Aires sobre la presencia del joven chileno en *Las tres acacias*, y el jefe militar sostenía que el doctor y yo, pretextando su enfermedad, lo manteníamos en la Casa para protegerlo, que en realidad no estaba enfermo sino prófugo, lo cual probaba según ese militar que, como algunos lo sospechaban, éramos espías del rey de España. El joven, presa de la más honda melancolía, estaba enfermo grave y, como es natural, nos negamos a entregárselo. Pero cuando los emisarios del militar se retiraron, el doctor Weiss, con expresión preocupada, me explicó que tanto él como el militar sabían que el joven chileno no era más que un pretexto, y que las verdaderas razones eran las sospechas inconfesables del militar de que su mujer lo engañaba con el doctor: *sospecha calumniosa*, suspiró el doctor, *porque Mercedes y yo ya hace seis meses que hemos dejado de vernos*. En cierto sentido, fue la incomprensible inclinación de mi querido maestro por las mujeres casadas lo que estuvo a punto de llevarnos ante el pelotón de fusilamiento.

Dos o tres días más tarde nos arrestaron, amenazando al personal para obligarlo a volverse a sus casas. Dos hombres nobles que, preocupados por los enfermos, volvieron clandestinamente a la Casa, fueron azotados, estaqueados, y enrolados por fuerza en el ejército. Con saña y deliberación el edificio fue saqueado y destrozado mientras que, aterrados, los enfermos se dispersaron. El doctor y yo estuvimos presos en el campamento del jefe militar durante tres semanas hasta que un día, al alba, nos vinieron a buscar, y haciendo bromas y diciendo que nos iban a fusilar, nos llevaron al campo, y después de darnos unos golpes nos montaron semidesnudos en un solo caballo en pelo —yo lleva-

ba las riendas — y nos liberaron.

En Buenos Aires, el doctor fue a pedir cuentas al gobierno por la conducta imperdonable de ese militar, y de esa manera nos enteramos del detalle más horrible de nuestra aventura: a pesar de su enfermedad, el joven chileno había sido arrestado por orden del militar, y fusilado al día siguiente bajo el cargo no menos ignominioso que falso de traición. La pena y la furia nos tironeaban, haciéndonos vacilar entre el agobio y la venganza, pero lo más urgente era salir en busca de los enfermos que la soldadesca había dispersado, de modo que, con el apoyo de nuestros protectores, formamos una partida y salimos a la inmensidad de la llanura para tratar de encontrarlos. El fiel Osuna, para quien los años no parecían pasar, nos guiaba por ese espacio uniforme y, como él, siempre idéntico a sí mismo, en el que él solo era capaz de distinguir los detalles y los matices. Pero durante las semanas en que los buscamos día y noche, ni un solo rastro descubrimos de los enfermos que los militares habían dispersado. Años más tarde, hasta el día de su muerte a decir verdad, el doctor y yo seguíamos especulando en nuestra correspondencia sobre las explicaciones posibles de esa desaparición total y repentina.

Por primera vez pude observar en las facciones del doctor el reflejo de una pasión hasta entonces desconocida en él, el odio, y un sentimiento que me entristecía todavía más: el remordimiento. Durante varios días, deambuló silencioso y sombrío por entre el desorden enconado que la soldadesca había dejado en la Casa, el huerto y los jardines pisoteados, las plantas arrancadas de cuajo, los vidrios rotos, los muebles hechos pedazos, los libros deshojados y chamuscados, los papeles dispersos. Los años más fecundos de nuestra vida acababan de ser destruidos sin razón alguna por la barbarie que, para disimular sus instintos inconfesables, pretendía erigirse en orden y en ley. Debo hacer notar también que de los pensionistas que acogía la Casa blanca del doctor Weiss, a pesar de que hasta sus propias familias los habían repudiado, ninguno hubiese, abandonados por la razón y todo como estaban, cometido esos actos incalificables, lo que podría probar — argumento que le escuché varias veces formular al doctor — que la razón no siempre expresa lo óptimo de la humanidad.

Esa noche dormimos en las ruinas, y al día siguiente nos instalamos en Buenos Aires con lo que logramos salvar del desastre; algunos libros, cinco o seis páginas de un herbario, el busto de Galeno que por milagro quedó intacto. Pero la pesadumbre sin fondo que parecía haberse apoderado del doctor duró poco, porque tres o cuatro días más tarde una determinación nueva, y tan intensa que me inspiraba un poco de pavor, apareció en su cara. Cuando estuvo convencido de que la pondría en práctica, una chispa de satisfacción grave, casi solemne, se instaló en su mirada. Una noche, de vuelta de una fonda, con la locuacidad que le daba el vino, me explicó su plan: retaría a duelo al militar. Esa idea insensata, que equivalía a un proyecto de suicidio, el doctor me la expuso con su claridad lógica acostumbrada, y tan satisfecho de su evidencia racional, que daba la impresión de haber olvidado sus numerosos años de práctica médica, durante los cuales su preocupación principal había sido la de dismantelar, con paciencia y penetración, las falacias alucinatorias de los enfermos de las que ellos, igual que el doctor ahora, eran incapaces de ver por sí mismos la concate-

nación descabellada. Según el doctor, el militar no dejaría de perseguirnos, lo cual era sin duda exacto, y no teníamos más alternativas que huir o enfrentarlo. Pero era evidente que no podíamos ir a buscarlo a su campamento, en el que la superioridad numérica de sus tropas era un obstáculo insalvable, ni asesinarlo en la vía pública, ni denunciarlo a las autoridades, de las que de todos modos formaba parte y sobre las que tenía una fuerte influencia. Tampoco podíamos tenderle una emboscada (no hago más que enumerar las opciones, a cual más absurda, que iba proponiendo el doctor). Según él, el ofenderlo delante de testigos, obligándolo a batirse a duelo, presentaba dos ventajas fundamentales: primero, el incidente contribuiría a difundir en la población, y quizás en todo el mundo civilizado, el vandalismo del militar, la destrucción de la Casa, el fusilamiento del joven chileno y la dispersión de los enfermos y, segundo, y esto lo expresó con el orgullo un poco pueril de quien acaba de construir un silogismo sin fallas, el duelo era la única opción que autorizaba una esperanza lejana de salir vivos de la aventura. Al mismo tiempo, la provocación haría recaer toda la responsabilidad sobre su persona, poniéndome al abrigo de represalias. (Este desvelo delicado por mi seguridad, era desde luego una confesión tácita del origen galante de todo el conflicto.)

Tan inatacable le pareció al doctor el programa suicida que acababa de exponerme que, frotándose las manos, me dijo con su habitual falta de hipocresía que una vuelta por el lupanar le refrescaría las ideas y me dejó en la calle oscura y fangosa, aterrado por lo que se avecinaba. La huida me parecía, sin ninguna duda posible, la más sensata de las soluciones. Es verdad que el doctor no era de aquéllos que, con el pretexto del estudio, descuidan el mantenimiento del cuerpo, pero ya no era un hombre joven, y además su adversario, en tanto que militar, era un verdadero profesional de la muerte. El desenlace de ese combate desigual era inequívoco. Pero el brillo satisfecho en la mirada del doctor Weiss me privaba de antemano de toda veleidad de disuadirlo.

Ideas tan descabelladas como las suyas empezaron a acosarme. Nada estimula más el desvarío que enfrentar una situación para la que no se estaba preparado; tan inmanejable como para el salvaje el minué, para el avaro el despilfarro, eran para nosotros, hombres de aulas y de bibliotecas, el poder arbitrario y la violencia. Se me ocurrió que podía adelantarme al doctor y provocar yo mismo un duelo con el militar, del que mi juventud me acordaría más posibilidades de salir victorioso, pero si por si acaso hubiese llegado a costarme la vida, hasta el día de hoy estoy seguro de que nadie hubiese podido disuadir a mi maestro de provocar a su vez al causante de todos nuestros problemas, de modo que mi sacrificio no hubiese servido de nada. Convencerlo de huir hubiese supuesto un esfuerzo agotador, pero sobre todo inútil: sólo alguien que como yo conociera la ductilidad elegante de su pensamiento podía ser capaz de distinguir su determinación de la mera testarudez. Una vez que tomaba una decisión era poco probable, por no decir imposible, que algo o alguien pudiese impedirle ponerla en práctica. Avanzando casi a tientas por las calles fangosas de Buenos Aires, muchas soluciones igualmente imposibles y fragmentarias me asaltaban en confusión y parecían eficaces durante algunos segundos hasta que, mostrando su carácter absurdo, con la misma febrilidad con que se habían eri-

gido en el interior de mi cabeza, fugaces, se desmoronaban. Únicamente cuando recuperé la tranquilidad de mi cuarto y, sobre todo, la posición horizontal, y el cansancio del día empezó a disiparse, mis ideas fueron haciéndose más claras, permitiéndome concebir la solución que, no por ser la más novelesca, dejaba de ser la más sensata: ir a hablar con la esposa del militar.

Naturalmente, si lo hacía, no podía dejar traslucir que estaba al tanto de sus relaciones con el doctor, y debía hablar en nombre de la ciencia, de los enfermos martirizados, apelando a su caridad cristiana, etcétera. Por nada del mundo, el doctor Weiss debía enterarse de mi diligencia, porque eso impediría la realización de mi plan. Unos meses más tarde, desde Rennes le escribí a Amsterdam contándole mi intervención (me faltó coraje para hacerlo durante nuestra travesía del Atlántico) pero, para mi sorpresa, él me respondió que estaba al tanto de todo, que una misiva reciente de Mercedes, llegada a sus manos nada menos que a través de los servicios secretos ingleses, contenía las explicaciones que yo le daba en mi carta, y algunas otras como se verá más adelante.

Después de efectuar las averiguaciones necesarias, le hice llegar a la esposa del militar un mensaje discreto. Durante dos días, como la respuesta se hacía esperar, temí que la soldadesca irrumpiera en nuestra pensión para arrastrarnos ante el pelotón de fusilamiento, pero a la mañana del tercero una sirvienta negra me trajo una invitación para un chocolate en una quinta de las afueras. Un esclavo negro vino a buscarme esa misma tarde a las cinco en punto, para guiarme hasta el lugar de la cita.

En un jardín, los dueños de casa, patriotas intachables como lo descubrí al llegar, me confirmaron lo que ya había adivinado durante los primeros minutos de conversación, a saber que eran parientes de uno de nuestros enfermos, extraviado y, en el minuto mismo en que conversábamos, quizás ya muerto en la llanura. Cuando llegó la esposa del militar, después de las presentaciones se demoraron un poco con nosotros para intercambiar algunas frases de cortesía, pero al cabo de unos minutos se retiraron con mucho tacto. Mientras le exponía la situación, como la señora Mercedes me escuchaba con los párpados entornados, no me abstuve de estudiarla, para comprobar hasta qué punto en su persona estaban reunidos muchos de los atributos femeninos que constituían las preferencias del doctor Weiss: formas generosas, calma y dominio de sí, pelo negro brillante, y sobre todo esa piel oscura y tensa que tantas veces le había hecho perder la cabeza, ese embrujo repetido que, apenas aparecía, con la insoportable y al mismo tiempo deliciosa peculiaridad de pertenecer a algún otro, era para mi maestro fuente de exaltación y al mismo tiempo de peligrosas complicaciones. Una y otra vez esos atributos, reunidos en una forma suave y caliente, por alguna insondable y arcaica afinidad, imantaban su energía y, con la regularidad férrea de las constelaciones, lo hacían girar en espiral hacia su centro. Cuando terminé de referirle los hechos sus párpados se alzaron y sus ojos, enormes y oscuros, se clavaron en los míos, mostrando de un modo tan elocuente los estremecimientos íntimos de una pasión intensa y orgullosa que, no sé si por delicadeza o por prudencia, tuve que desviar la mirada. La señora Mercedes me afirmó con vehemencia que la vida del doctor Weiss era para ella más preciosa que la suya propia, y me dijo que haría lo necesario para proteger-

la.

Por primera y única vez, en más de tres décadas que duró nuestra amistad, me vi en la triste obligación de mentirle a mi querido maestro, hallándome en la situación deplorable del médico que, para no revelarle la gravedad de su mal, debe ocultarle la verdad a un viejo y querido amigo. Por otro lado, el encuentro con la señora Mercedes, a pesar del aire decidido con que se comprometió a tomar las riendas del asunto, no logró tranquilizarme, ya que no volví a saber más nada de ella. El doctor, esperando la ocasión de ofender en público a nuestro enemigo para obligarlo a batirse a duelo, iba a ejercitar su puntería al campo todas las mañanas, y de tarde tomaba clases de esgrima, para perfeccionar sus dotes, inexistentes por otra parte, en esa actividad. Si la destrucción de la Casa y la dispersión de los enfermos, más la ejecución del joven chileno y nuestra inminente liquidación física en un futuro nada lejano no la hubiesen vuelto tan seria y trágica, hubiese podido reírme de una situación que presentaba más de un aspecto ridículo. Únicamente las horas de estudio lograban calmarnos un poco; encerrados en nuestras respectivas habitaciones, la luz de una vela, acompañándonos a veces con su claridad vacilante hasta el alba, formaba un aura exigua de cosas visibles que, por las horas que duraba nuestra lectura callada, parecía frenar la inmensa penumbra exterior en la que reptaban tantas emociones confusas y tantas amenazas desdichadamente ciertas.

Por fin el desenlace se produjo: nos invitaron a una fiesta a la que asistiría "todo Buenos Aires", es decir los miembros del gobierno revolucionario y otras autoridades, militares, eclesiásticas, etcétera; los ricos que, como dije antes, eran más o menos los mismos que las ya citadas autoridades, y los diplomáticos extranjeros, sobre todo franceses, ingleses y norteamericanos. A causa de las muchas fracciones que luchaban abierta o solapadamente para obtener el poder, también nosotros fuimos invitados a pesar de nuestra reciente desgracia. Algunos miembros del gobierno, comerciantes ricos, y varios intelectuales esclarecidos, estaban de nuestro lado por razones científicas y políticas, e incluso en ciertos casos por razones privadas, porque el doctor había atendido y curado, en la Casa de Salud, años antes, a algunos miembros de sus familias. (Por desgracia, en el momento de la destrucción de la Casa, ninguno de nuestros pensionistas provenía de familias de Buenos Aires; en dos o tres casos solamente, se trataba de parientes lejanos.)

Aun si como creo haberlo dicho el doctor Weiss era por naturaleza cuidadoso en el vestir, ese día sus cuidados se multiplicaron: se estuvo acicalando durante horas, como si se considerara el invitado de honor de esa reunión, o como si estuviese por asistir a su propio casamiento, a su propia apoteosis o incluso, pensaba yo con espanto, a su propio entierro. Durante todo ese tiempo, traté en vano de disuadirlo de ir a la fiesta, hasta que la reprobación bondadosa de sus miradas me indujeron a aceptar en silencio lo que se avecinaba.

Era a decir verdad una gran fiesta. Como hacía mucho calor, la casa estaba abierta de par en par, y había muchas mesas dispersas en el interior y en el jardín, donde habían instalado un gran toldo por si se levantaba tormenta. También en el jardín brillaban algunas luces, pero las habitaciones refulgían a causa de la iluminación excepcional que se derramaba hacia los patios a través de las

puertas y de las ventanas abiertas. Una orquesta entonaba, o desentonaba más bien, una danza de moda, y muchas parejas bailaban en grupo sobre el pasto del jardín y en los salones iluminados. Como en Buenos Aires las casas de alto son escasísimas, todo está más o menos a ras del suelo, en el mismo nivel que la inmensa llanura en cuyo borde oriental, a la orilla del río ancho y cimarrón, la ciudad se encuentra agolpada. Entrando en la fiesta, atravesando el patio, tuve la impresión curiosa de que la casa con sus habitantes y sus invitados, más la ciudad en penumbras que la rodeaba, eran como un bocado diminuto entre las mandíbulas de una boca sin fin, el río y la llanura inmensos, húmedos y negros, el firmamento inacabable, un bocado asentado en una cavidad oscura y ávida, listo para ser devorado. Esa idea extraña me distrajo durante unos segundos de la situación crítica en la que nos encontrábamos, pero observando al doctor Weiss me di cuenta de que ninguna consideración, por romántica que fuese, podría desviarlo del objetivo que se había propuesto, y del que resultaba difícil decidir si se trataba de la venganza o del suicidio.

Nunca sucede nada importante —el nacimiento, la muerte, la vida de todos los días son incoloros y poco interesantes— pero cuando de verdad sobreviene algo fuera de lo común, parece todavía menos real que una alucinación, y transcurre con la delgadez y la lejanía de un sueño impreciso. Como no vio a nuestro enemigo en el jardín, a pesar de que su vivida mirada celeste escrutaba el rostro de cada uno de los presentes, el doctor se encaminó hacia la casa, con mi inquieta y modesta persona pisándole los talones. El militar no estaba en la antesala, pero cuando traspusimos la puerta del salón principal, lo descubrimos en la parte opuesta a la puerta de entrada, conversando en un grupito del que también formaba parte la señora Mercedes, bajo un gran espejo de marco dorado adosado a la pared. Nos detuvimos tan de golpe que dos o tres invitados que estaban cerca de la puerta nos miraron con curiosidad: los ojos celestes del doctor se clavaron en los del militar que, alertado por un instinto del que los hombres están privados pero que sin duda poseen los animales feroces, cuando entramos en el salón levantó la cabeza y nos reconoció de inmediato. A pesar de lo grave del momento, un detalle me maravilló: a su lado, la señora Mercedes siguió conversando como si tal cosa, sonriendo con volubilidad mundana, sin siquiera levantar la cabeza, aunque hasta el día de hoy estoy convencido de que de todas las personas presentes en la fiesta, ella fue la primera en percibir nuestra presencia. En la cara del militar, la sorpresa dio paso a una especie de alegría salvaje que se deleitaba de antemano por la maldad que, sin haberlo deseado expresamente, le íbamos a dar la oportunidad de cometer. Creo que en un segundo comprendió la situación y que, viéndonos caminar con paso resuelto en su dirección, se preparó para recibirnos como estaba convencido de que lo merecíamos. A medida que avanzábamos hacia él, yo iba adquiriendo la férrea convicción de que en el otro extremo del salón, en el que las parejas que bailaban se hacían a un lado con asombro e inquietud para dejarnos pasar, llegaban a su fin nuestras vidas azarosas cuando, de repente y, lo repito, con la inverosimilitud risible de los sueños, lo inesperado se produjo: Dickson, el cónsul inglés, interceptándonos y obligándonos a detenernos, murmuró que tenía algo importante y urgente que decirnos, de parte de la señora Mercedes, y como el

doctor Weiss se negaba a escucharlo, Dickson se aferró a su chaqueta y le dijo en voz baja, pero con vehemencia inusitada, que el mensaje que traía contribuiría a una mejor realización del plan del doctor, y que si intentábamos llevarlo a cabo como estaba previsto estábamos condenados al fracaso porque se nos había tendido una emboscada. Yo sentía correr el sudor por mi cara, por mi cuello y por mi espalda, y viendo las gruesas gotas que brotaban en la frente de Dickson y que corrían por los pliegues de su cara rojiza prematuramente ajada, podía imaginar, comparándolo con la causa de mis propios sudores, cuál era su estado de ánimo en ese momento. Después de vacilar un momento, el doctor aceptó y se dejó llevar por Dickson y por mí al exterior de la casa. Antes de salir eché una mirada fugaz en dirección del militar y vi la decepción pintada en su cara, pero cuando observé con discreción a la señora Mercedes, antes de volver la cabeza, y la vi por última vez en mi vida, pude comprobar que ni un solo instante había interrumpido la conversación sonriente con sus interlocutores que, estoy seguro, no se habían dado cuenta de nada.

Cuando salimos al jardín no soplaban ninguna brisa en la noche bochornosa, pero una sensación de frescura, probablemente imaginaria, me invadió. Dickson nos pidió que lo acompañáramos hacia el puerto, donde el esclavo de la señora Mercedes nos esperaba con un mensaje de su ama. A tientas en la ciudad oscura, entre nubes de mosquitos que zumbaban a nuestro alrededor, hostigándonos, atravesamos las calles desiertas. En una ventana iluminada, detrás de una reja, un hombre, desnudo hasta la cintura, comía un pedazo de sandía en forma de medialuna. Alzando la vista nos reconoció, y, con sorna tranquila y familiar, preguntó: *¿Va de putas, doctor?*, ante lo cual, con su venerable bonhomía, mi querido maestro se paró y, echándose a reír, lo que pareció fastidiar a Dickson, le lanzó esta respuesta inolvidable: *No necesariamente*. El hombre sacudió la cabeza mientras le daba un mordisco a la sandía, como si hubiésemos dejado de interesarle, y cuando reanudamos la marcha, a pesar de lo grave de la situación, la risita ahogada del doctor seguía resonando en la oscuridad, irresistiblemente contagiosa, de modo que cuando llegamos al puerto, nuestras galeas se sacudían contra la claridad ligera de la noche que parecía difundir el gran espacio abierto del río, del que el olor inconfundible, el chapoteo rítmico de la orilla y una real frescura de la atmósfera delataban la proximidad. Dickson, que no había perdido su seriedad a pesar de nuestro buen humor por cierto injustificado, nos ordenó que nos detuviéramos y que hiciésemos silencio, y cuando le obedecimos, empezó a silbar para advertir a alguien de nuestra presencia. De pronto, a unos treinta metros de nosotros, una luz empezó a mandar señales, de manera que nos encaminamos en su dirección. Cuando llegamos, seis o siete hombres comenzaron a discutir susurrando en inglés con Dickson; estábamos todos apretujados alrededor del farol, estudiándonos con desconfianza y curiosidad unos a otros hasta que el cónsul, señalándonos al doctor y a mí, se alejó unos pasos y se borró en la noche. De golpe, la oscuridad total me invadió, pero tardé apenas una fracción de segundo en darme cuenta de que me habían echado un paño en la cabeza —una bolsa quizás— y que entre dos o tres hombres me estaban maniatando. Las protestas ahogadas y los jadeos del doctor me revelaron, en esa oscuridad total en la que estaba sumido, que a él le estaba ocu-

rriendo exactamente lo mismo. Traté de forcejear pero fue inútil. Dos poderosos brazos escoceses —detalle del que me enteré más tarde—, me alzaron en vilo, y fue en ese preciso momento que mis pies dejaron de pisar para siempre, o en todo caso hasta el día de hoy, el suelo de mi patria.

En la carta que me mandó tiempo más tarde desde Amsterdam, el doctor me dio algunas explicaciones suplementarias, puesto que las principales las obtuvimos ya en alta mar, acerca de lo sucedido, aclarándome los motivos exactos de la intervención del cónsul inglés: *Por el desenlace de nuestra aventura, puede juzgar, estimado doctor Real, de la discreción y de la sutileza de la señora Mercedes, dos atributos que tenemos que agregar a los encantos innegables que posee y que usted, creo, ha tenido alguna ocasión de admirar de visu. La explicación de la conducta de Dickson, a quien siempre le fuimos tan antipáticos, es la siguiente: tiempo después de nuestra ruptura Mercedes, para intentar, según ella vanamente, olvidarme, empezó a frecuentar, sin pasar a mayores a estar con lo que ella afirma en su carta, al cónsul inglés, que, desde luego, nunca estuvo al tanto de nuestras relaciones. Mercedes convenció a Dickson de que su marido, que se creía engañado, se había equivocado de blanco, y se había vengado en nosotros creyendo que yo era el amante de su mujer. Dickson se vio entonces obligado a intervenir. Así es como nos salvaron la vida el servicio diplomático, los agentes secretos y la marina de guerra de la gran nación insular que posee la hegemonía indiscutida de los mares y que, como otros la peste negra, propaga el libre comercio por donde pasa.*

Sofocados por las bolsas con las que nos habían encapuchado y con los brazos inmovilizados contra el cuerpo por las sogas que nos maniataban, fuimos depositados en una embarcación, el ruido periódico de cuyos remos nos acompañó durante unos veinte minutos, y más tarde izados como fardos a la cubierta de un barco, y por fin, habiéndonos retirado las bolsas, pero volviendo a maniatarnos por las muñecas, con los brazos en la espalda, y por los tobillos, tratamiento vejatorio que, reconozco, fue efectuado con firmeza pero sin brutalidad, abandonados en un camarote silencioso y envuelto en la más densa oscuridad. Voces y ruidos lejanos llegaban hasta nosotros, y al fin nos dimos cuenta de que el barco en el que yacíamos secuestrados había levado anclas y navegaba a velocidad regular, hacia un destino que ignorábamos. En las horas que duró nuestro encierro el doctor, que no perdía ni el hábito ni la capacidad de razonar con paciencia metódica, elaboró una serie de hipótesis sobre los hechos extraordinarios que acababan de producirse, de modo que cuando oímos la puerta que se abría y la voz calma de un hombre bien educado empezó a disculparse en inglés por el trato que se habían visto obligados a darnos, el doctor, detalle revelador si se tiene en cuenta que estaba atado de pies y manos y tirado en alguna parte en la oscuridad, le respondió con perfecta tranquilidad en un inglés perfecto que comprendíamos (también perfectamente) lo que había sucedido, y que estábamos agradecidos por la prontitud con que el gobierno inglés había actuado para salvarnos la vida. Cuando las luces se encendieron comprobamos que estábamos en el elegante camarote para huéspedes de una fragata de guerra inglesa cuyo capitán, un escocés tostado y afable, esperó que los dos marineros que lo acompañaban desataran nuestras ligaduras y nos ayudaran a ponernos de pie antes de darnos, jovial, la bienvenida. Un mes más tarde, arruinados y todavía un poco sacudidos más por los acontecimientos de los últimos tiem-

pos que por la inestabilidad gris y rugosa del océano, y sin que el capitán haya podido ganarle al doctor Weiss una sola de las muchas partidas de ajedrez que jugaron durante la travesía, una mañana triste y lluviosa desembarcamos en Liverpool.

Me he extendido refiriendo la creación de la Casa de Salud y, de un modo sumario, he dado cuenta de los métodos de tratamiento del doctor Weiss, de su carácter y de su filosofía, así como del embate de la barbarie que en unas pocas horas dejó en ruinas el trabajo no ya de años, sino de la vida entera de mi maestro. Crear una institución de la nada, sobre todo en tiempos revueltos, fue obra superior, a la cual mi única contribución original fue ese viaje de un mes largo por la llanura, en condiciones demasiado difíciles, y que constituye el tema principal de esta memoria. (En todo caso, ese viaje fue para mí una experiencia única, de la que, como se verá más adelante, también soy deudor al doctor Weiss, y espero que mi lector, disculpando el egoísmo que supone presentarme como protagonista de mi relato, tenga a bien considerar que se trata para mí de la aventura más singular de mi vida.)

Los enfermos que debimos trasladar desde esa ciudad, situada frente al lugar de mi nacimiento, pero en la orilla opuesta del gran río, a unas cien leguas más o menos al norte de *Las tres acacias*, esas personas perturbadas en la intimidad de su ser por los estragos de la demencia, requerían un cuidado especial porque el viaje a través de la llanura desierta suponía para ellas una circunstancia agravante de su estado, pero a la vez, su alienación era en sí misma perturbadora, y con su presencia singular contribuía a romper el equilibrio de las antiguas leyes no escritas del desierto. Enfermos, indios, mujeres de mala vida, gauchos, soldados y hasta animales domésticos y de los otros, debimos convivir durante muchos días en el desierto que, si ya por definición es hostil, vio su hostilidad acrecentada por una acumulación imprevista de calamidades.

Pero es mejor que empiece por el principio. Por lo común, cuando alguna de las familias del por aquel entonces Virreynato deseaba colocar en la Casa de Salud a alguno de sus miembros, el traslado del enfermo corría por su cuenta, y los acuerdos necesarios se llevaban a cabo a través de mensajeros: en un par de meses, todos los detalles quedaban arreglados, y el paciente nos era entregado en, por decirlo así, la puerta de nuestro establecimiento, que una vez franqueada por él lo ponía en nuestras manos y bajo nuestra entera responsabilidad. Tal era la norma invariable que regía su hospitalización. A principios de mil ochocientos cuatro sin embargo, cuatro pedidos simultáneos de internación nos llegaron de regiones diferentes, y después de negociaciones laboriosas, menos de orden financiero que práctico, aceptamos la concentración de los enfermos en esa ciudad a la que yo, habiéndolo decidido así el doctor Weiss, iría a buscarlos, por hallarse dicha ciudad más o menos a mitad de camino entre los lugares de donde provenían esos enfermos y *Las tres acacias*. Nada parece demasiado caro y ningún esfuerzo excesivo cuando se trata de desembarazarse de un loco, ya que es difícil encontrar algo en este mundo que genere más incomodidad, de manera que con los esfuerzos reunidos de las cuatro familias, una de las cuales era para ser más precisos una comunidad religiosa, pudo organizarse un hospital ambulante del que yo sería una especie de director por lo que durase la tra-

vesía del desierto. (Desierto relativo por otra parte, ya que, instaladas a cada diez o quince leguas más o menos, una serie de postas, aunque miserables en su mayoría, aliviaban un poco el trayecto. Por desgracia, las circunstancias nos privaron de ellas.)

Ese convoy singular que constituíamos, y los episodios que se fueron produciendo a lo largo de nuestra ruta, merecen a mi juicio un relato detallado, y si me abstengo por ahora de publicarla, esta memoria presentará, espero, para algún lector futuro, no únicamente un atractivo pintoresco, sino también un genuino interés científico. Es este último aspecto por otra parte el que me impide la publicación inmediata de estas páginas, ya que mi descripción del comportamiento de los alienados y de otros miembros de la caravana, y la transcripción de su lenguaje exento de vana retórica, obedece a una preocupación escrupulosa de exactitud, lo cual podría chocar a ciertas almas sensibles, pero no así al espíritu científico familiarizado con la realidad de la demencia, con los verdaderos motivos de los actos humanos y animales, y con la falsedad más que relativa de ciertas nociones que se pretenden racionales, y que sólo imperan en los salones mundanos. Esas descripciones fieles, cuya ausencia me sería reprochada en un tratado científico, pueden parecer ofensivas en una memoria en la que intervienen también experiencias personales, pero en esta fidelidad a lo verdadero, indiferente a los prejuicios y a la reprobación de la mayoría, no hago más que seguir el ejemplo del doctor Weiss, que hizo en todo momento de esa fidelidad un principio de ciencia y de vida.

Salimos entonces una madrugada de junio: Osuna, que era nuestro guía, dos soldados que nos escoltaban, y yo que, todavía enredado en el sueño de la noche impaciente que acababa de transcurrir, castañeteando los dientes a causa del frío, como en ciertas madrugadas de mi infancia, no lograba afirmar el galope de mi caballo para ponerme a la par de mil compañeros de viaje. Siempre adelantándonos un poco, envuelto en su poncho a rayas verdes y coloradas Osuna, rígido sobre su silla, mantenía el galope regular de su caballo sin que ninguna actitud visible desde el exterior denotara su dominio sobre el animal. De las vicisitudes variadísimas que constituyeron nuestro viaje, esa imagen sin contenido particular, neutra por decirlo así, treinta años más tarde, es la que con más frecuencia, nítida, me visita: Osuna galopando paralelo al sol naciente que, al subir desde el lado del río, nimbaba de rojo el costado derecho del jinete y del caballo mientras el perfil izquierdo permanecía todavía borroneado en la sombra. Esa imagen es más y menos que un recuerdo ya que, independiente de mi voluntad, vuelve con su nitidez primera en las situaciones más diferentes y en los momentos más inesperados del día, y si algunas noches, cuando yazgo en la oscuridad con la cabeza apoyada en la almohada, la cortina negra del sueño, antes de cerrarse del todo, es lo último que deja entrever, ciertas mañanas, cuando después de tanto tiempo de haber desertado de mí ya la tenía casi olvidada, es lo primero que aparece, con tanta fuerza renovada que podría decirse que es ella la que arrastra consigo al universo entero, haciéndolo bailotear, por lo que dure el día, en el teatro de la vigilia. (La constancia de esa imagen primordial — lo primero que vi en la luz del día al comienzo de mi viaje — se explica por el estado de exaltación en que me encontraba, causado por la confianza

que el doctor Weiss había depositado en mí al poner en mis manos la suerte de esos enfermos. Más tarde me enteraría de que el doctor obró en ese sentido con sabia deliberación. Las tribulaciones del viaje no desmintieron la exaltación de la partida, pero al regreso, en no pocas oportunidades, mi entusiasmo fue mitigado por la circunspección.)

A veces, desviándonos un poco hacia el este, nos acercábamos al río, y a veces era el río el que se acercaba a nosotros. La crecida de invierno era visible en la anchura inusitada del lecho y en la corriente que bajaba hacia el sur, arrasando islas de camalotes, troncos, ramas, animales ahogados. De tanto en tanto alguna embarcación avanzaba a duras penas río arriba, y alguna balsa cargada de mercaderías, alejándose de la orilla donde había sido amarrada para pasar la noche, era dirigida por sus tripulantes hacia el centro del río para dejarla arrastrar por la corriente. Aún con el sol alto, el frío no disminuía, y hasta media mañana podíamos sentir los cascos de los caballos quebrar la escarcha y las briznas de pasto grisáceo vitrificadas por el frío. Hacia el oeste, cada mañana, incluso cuando ya habíamos llegado, al cabo de varios días, cerca de nuestro destino cien leguas al norte, casi hasta mediodía los campos vacíos seguían espolvoreados de una capa blanca de helada. Dos veces dormimos a la intemperie o, mejor dicho, intentamos dormir; apretujados alrededor de un fuego insignificante que el sereno helado daba la impresión de asfixiar, al cabo de algunas horas, cuando nos parecía que los caballos habían descansado lo suficiente, ateridos y soñolientos, nos pusimos en marcha otra vez. En la oscuridad de la noche, el firmamento gélido en el que las estrellas coaguladas por el frío ni siquiera titilaban, nos envolvía por todos lados, tan inmediato y aplastante, que una noche tuve la impresión inequívoca de que estábamos en uno de sus rincones más remotos, insignificantes y efímeros. Apenas despuntaba el alba, el aire de un rosa azulado parecía inmovilizarnos en el interior de una semipenumbra glacial, sensación que contribuía a acrecentar la monotonía adormecedora del paisaje, pero el sol ya alto lo volvía cristalino, y todo era preciso, brillante y un poco irreal hasta el horizonte que, por mucho que galopáramos, parecía siempre el mismo, fijo en el mismo lugar, ese horizonte que tantos consideran como el paradigma de lo exterior, y no es más que una ilusión cambiante de nuestros sentidos.

Una sola perspectiva me martirizaba aunque, desde luego, traté por todos los medios, para no perder autoridad, de que no transparentara hacia el exterior: que alguno de los balseros, que en los pequeños ríos que afluyen desde el oeste al Paraná transportan a los viajeros de orilla a orilla, estuviese ausente, porque en ese caso me vería obligado a cruzar a nado o en una de esas inmanejables pelotas de cuero que se dan vuelta al menor movimiento. Pero si no había balseros en todos los ríos, las balsas estaban en su lugar, y de las postas en las que pernoctamos, dos no estaban lejos del agua. De esas postas, una sola era un verdadero albergue, poco confortable por cierto, pero por lo menos instalado en un rancho limpio, grande y sólido, porque los otros eran no más estables que una ruina y sin duda más sucios y destartalados. En uno de ellos el puestero estaba enfermo de borracho y tuvimos que sacudirlo varias veces para que se enterara de nuestra presencia, que al parecer lo estimuló un poco y le dio suficiente energía como para ponerse de pie. El alcohol, que ya lo había quemado

por dentro, estaba también carcomiéndolo por fuera, de modo que pensé que vivía en un estado de terror corriente en esa clase de borrachos, porque se pasaba todo el tiempo mirando hacia la puerta y cualquier ruido lo hacía sobresaltar, e incluso tres o cuatro veces en menos de una hora salió del rancho y se puso a escrutar el horizonte, pero después, con los primeros tragos de aguardiente que volvían al parco Osuna conversador y a veces hasta charlatán, el guía me explicó que el puestero, que estaba totalmente solo en medio del campo, tenía miedo de que los indios lo atacaran.

Al día siguiente en la posta grande, comiendo un buen asado que el puestero preparó en el patio, además del frío y de la crecida de invierno, que ya estaba amenazando todas las postas instaladas a lo largo del río, la conversación versó en especial sobre el cacique Josesito, un indio mocobí que se había alzado tiempo atrás con un grupo de guerreros y andaba atacando los puestos, las poblaciones y las caravanas. La gente de la posta y los viajeros que pernoctaban en ella conocían muchas historias del cacique, de las que era difícil saber si habían ocurrido de verdad o eran meras leyendas que se le atribuían. Después de oír varias anécdotas, uno de los soldados que nos escoltaban declaró, con una especie de orgullo estimulado por el aguardiente, que él había conocido a Josesito en las Barrancas, cuando el cacique era todavía manso, y que tres años antes, cuando una compañía de soldados había escoltado a unos frailes y a varias familias hasta Córdoba, Josesito, que por aquel tiempo era un cristiano ferviente, y vivía en una reducción al sur de San Javier, formaba parte de la escolta. Según el soldado, cuyo lenguaje áspero y un poco confuso traduzco a un idioma más claro y coherente, era a causa de una especie de querrela religiosa que Josesito había desertado de la civilización declarándole la guerra a los cristianos. Osuna, que cuando había tomado y se ponía a hablar y a contar historias no veía con buenos ojos que alguien lo interrumpiera y, sobre todo, que se convirtiera a sus expensas en el centro de la reunión, se empecinó en contradecirlo, negando con la cabeza mientras el otro hablaba, y cuando por fin recuperó la palabra, afirmó que Josesito, con el que se había cruzado varias veces, tenía la costumbre de aliarse por interés y después disputarse por las mismas razones con los cristianos, y que él, Osuna, aparte de los caballos, de las mujeres blancas y del aguardiente no le conocía otra religión. Terciando mientras hacía pasar con los dientes de una comisura de los labios a la otra el cigarro que emergía de una barba blanca y bien recortada, bastante limpia si se tienen en cuenta los hábitos de la región, el puestero dijo que el cacique era valiente y, por lo que creí entender de lo que contaba, muy desconfiado y susceptible, que desde criatura había sido muy sensible a la arrogancia de los cristianos, de los que el más mínimo gesto o palabra que él consideraba fuera de lugar lo ofendía. Según se desprendía de las palabras del puestero, el hecho mismo de que esos cristianos existiesen ya le parecía humillante al cacique: con su mero existir, los blancos instalaban, para todos los que no fuesen ellos, a estar con Josesito, el desprecio. El, el puestero, lo conocía casi desde que había nacido, porque el padre, el cacique Cristóbal, que sí era manso y quería que a Josesito lo educaran los curas, solía venir seguido al puesto de compras y lo traía con él. Pero desde chico nomás Josesito no quería saber nada con los blancos. Ya a los trece o catorce años, si cuando venía al ne-

gocio algún blanco hacía alguna alusión a su persona o lo abordaba de un modo que a él le parecía incorrecto, le dirigía una mirada asesina. No toleraba ninguna familiaridad y, desde luego, no le tenía miedo a nadie ni a nada. Ya de grande —el puestero hacía como treinta años que lo conocía—, se había vuelto irritable, hosco y, cuando, según las propias palabras del puestero, *se le iba la mano con el aguardiente*, brutal y pendenciero. Pero era inteligente y, con la gente que apreciaba, pacífico. Como se había puesto de un modo voluntario al margen de la sociedad, y como su mal carácter era legendario, la gente le atribuía todas las crueldades que cometían los indios alzados, los desertores y los matreros. Con los curas había aprendido a tocar el violín, y a pesar de que a los quince o dieciséis años, a la muerte de su padre, desapareció de la reducción y se volvió al desierto por primera vez para vivir a la usanza india, aunque después volvió con los blancos y se volvió a ir, y así varias veces, nunca se separaba de su instrumento, para el que había hecho una agarradera de cuero a un costado de la silla, y cuando montaba en pelo lo llevaba terciado en la espalda. Después del asado, el porrón de aguardiente pasaba de mano en mano mientras conversábamos, sentados en el rancho alrededor de un enorme brasero, tapados con dos o tres ponchos de entre cuyos pliegues de tanto en tanto salían pares de manos rugosas de callos y sabañones y se estiraban con las palmas hacia abajo por encima de las brasas. Cuando el puestero dejó de hablar, durante unos segundos nadie, ni siquiera Osuna, lo siguió en el uso de la palabra, y ese silencio prolongado y un poco molesto parecía tener una explicación que se me escapaba, pero cuando por fin alguien lo rompió, comprendí que, salvo yo, todos los que acababan de oírlo consideraban que el puestero había hecho de Josesito, quien sabe por qué razón, una pintura demasiado favorable. Cuando se lo comenté al día siguiente, apenas nos pusimos en camino, Osuna, que se había vuelto otra vez lacónico gracias a tres o cuatro horas de sueño que le habían hecho pasar el efecto del aguardiente, sugirió en forma de lo más elíptica y sibilina que el puestero debía comerciar con el cacique y que por eso lo defendía. La noche antes, cuando el puestero había hecho silencio, y nos quedamos todos un poco cohibidos en la luz insuficiente y triste de los faroles, el desacuerdo de la asistencia con lo que acabábamos de escuchar se puso de manifiesto cuando tomó la palabra uno de los presentes, un viajero arropado en su poncho gris y cuyos ojos llameaban, tal vez por el reflejo de las brasas, bajo el ala del sombrero negro encajado hasta la mitad de la frente. Instalado inmóvil junto al fuego, como si su cuerpo excesivamente abultado por las prendas superpuestas que lo cubrían para protegerlo del frío fuese una porción más densa de la penumbra que los faroles no lograban disipar, únicamente la boca y el espeso bigote negro que le cubría el labio superior flanqueando curvo las comisuras se estremecían mientras sin contradecir de un modo explícito al puestero, quizás por cortesía ya que después de todo, y aunque a cambio de dinero, el puestero le estaba dando hospitalidad, o por pura timidez quizás, como si estuviese refiriéndose a otra persona y no al mismo indio que el puestero acababa de evocar, empezó a contar sucesos relativos al cacique Josesito que, si bien confirmaban de un modo general lo que el puestero había dicho de su temperamento, echaban por tierra en cambio su pretendido comportamiento pacífico. Es verdad que existían cier-

tas estancias, ciertas caravanas y ciertos puestos que las bandas del cacique no atacaban, dijo el hombre, pero no había que ver en eso ninguna prueba de buena voluntad o de compasión, sino un cálculo puramente táctico que estaba en relación con sus movimientos de ataque y de retirada, con sus planes de ilusión destinados a engañar a las autoridades, y con sus necesidades de abastecimiento. Si no incendiaba ciertas estancias y ciertos puestos era porque le servían para abastecerse en pequeña escala en sus correrías, y al mismo tiempo podía utilizarlos para mostrarse en ellos y dar de ese modo una imagen pacífica de su persona. Pero los tres o cuatro afortunados que habían escapado por milagro y que eran los únicos sobrevivientes de sus masacres, incontables y particularmente odiosas, lo habían visto dirigir los ataques, reconociéndolo justamente por el estuche de violín terciado en la espalda. Uno de los sobrevivientes, que era músico, circunstancia que le salvó la vida pero que le valió un cautiverio de ocho meses, del que se libró por pura casualidad, contó a las autoridades que después de alguna matanza Josesito acostumbraba pasearse entre las ruinas humeantes y los cadáveres mutilados y todavía calientes, tocando el violín. Según el músico, dijo el hombre, Josesito tocaba muy bien y tenía un repertorio de lo más variado, que había aprendido con los curas de la reducción, y junto con el violín conservaba con mucho cuidado una buena cantidad de partituras. Según el hombre, el relato del músico confirmaba lo que había dicho el puestero, a saber que era un indio hosco, susceptible, atormentado. Rara vez se lo oía reír, y aun con sus guerreros, que sin embargo lo idolatraban y se encaminaban sin vacilar a la muerte por él, era receloso y distante. Según el hombre el cacique era por demás extraño, y el músico había contado que una noche, borracho, Josesito había empezado a amenazarlo y a referirse con desprecio a la música de los cristianos, simulando que iba a tirar las partituras al fuego y que iba a hacer pedazos el violín. El hombre dijo que según el músico, al indio parecía ponerlo furioso no que la música de los cristianos fuera tan mala como él pretendía, y que gozara de una reputación inmerecida, sino más bien que fuese buena y que a él, Josesito, le gustara tanto, poniéndolo en una situación humillante, como un vicio o una debilidad.

Al rato nos tiramos a dormir lo más cerca posible del brasero, en camas improvisadas en el suelo bien barrido del rancho, contra la tierra que el frío intenso y seco endurecía y, como pude comprobarlo a la mañana, volvía lustrosa y azulada. Antes de acostarme, para desembarazarme de los efectos del aguardiente que, por cortesía, hubiese sido impensable rechazar, salí a refrescarme un poco en el aire de la noche. Había una luna redonda y clara que, blanqueando la llanura, creaba una ilusión perfecta de continuidad entre el cielo y la tierra; la luz abundante y pálida producía una penumbra al mismo tiempo grisácea y brillante y las pocas cosas que, puestas en su lugar por manos humanas —un árbol, un aljibe, los troncos horizontales, irregulares y paralelos del corral—, interferían el espacio vacío parecían cobrar en esa ilusión de continuidad una consistencia diferente de la habitual, igual que si los átomos, que según el ilustre sabio griego y el meticoloso poeta latino, maestros de mi maestro y por lo tanto míos, las componen, hubiesen perdido cohesión, delatando el carácter contingente no únicamente de sus propiedades, sino sobre todo de mis nociones

sobre ellas y quizás de todo mi ser. De nítidos que podían presentarse a la luz del día, bien perfilados y constantes en el aire transparente, sus contornos se volvían inestables y porosos, agitados por un hormigueo blancuzco que parecía poner en evidencia la fuerza irresistible que inducía a la materia a dispersarse para irse a mezclar, reducida a su más mínima expresión, con ese flujo impalpable y grisáceo en el que se confundían la tierra y el cielo. Un tumulto me sacó de mi ensueño: en el corral, los caballos se movían, alarmados quizás por mi presencia, pero cuando avancé unos pasos cortando el aire frío en su dirección pude comprobar que mi persona les era indiferente, porque el breve rumor que habían creado unos segundos antes, no sólo no creció, sino que pareció calmarse con mi proximidad. Me quedé un rato inmóvil, cerca de ellos, tratando de no hacer ningún ruido para no alarmarlos, escrutando la penumbra plateada a la que mis ojos se habituaron poco a poco, y pude comprender que lo que de tanto en tanto los hacía removerse, resoplar con levedad y producir un rumor apagado de cascos indecisos, era el intento que hacían de apretujarse un poco más unos contra otros para protegerse mutuamente del frío, formando una masa oscura y anónima de aliento, carne y palpitaciones, no tan distinta al fin de cuentas de la que habíamos formado los jinetes un rato antes alrededor del brasero, solidarios en la misma sinrazón que nos había hecho existir porque sí, frágiles y percederos, bajo la luna inexplicable y helada.

Al día siguiente al atardecer, llegamos por fin a la ciudad. Ni una nube, en el azul palidísimo del cielo, nos acompañó en nuestro último día de viaje, pero cuando íbamos llegando, hacia el oeste unos celajes finos, inmóviles contra el disco enorme y rojo del sol que se hundía en el horizonte, fueron cambiando de color, amarillos primero, anaranjados, rojos, violetas y azules hasta que, cuando alcanzamos, después de cruzar los dos brazos en que se divide el río Salado cuando va a volcarse en el Paraná, los primeros ranchos miserables de las afueras, el aire estaba negro porque todavía no había subido la luna y en los aleros o en el interior de los ranchos empezaban a brillar los primeros faroles. Después de acompañarme a la casa en la que me alojaría, que encontramos sin dificultad por ser sus propietarios una de las principales familias de la ciudad, Osuna y los soldados se dirigieron al cuartel donde estaba previsto que les darían cama y comida por lo que durase nuestra estadía. La familia Parra me esperaba sin saber el día exacto en que llegaría, y debo reconocer que la acogida que sus miembros me brindaron, aun sabiendo que debería permanecer en su casa varias semanas, fue de lo más agradable, a lo que contribuía quizás el alivio de saber que venía a llevarme al primogénito, caído en estado de estupor desde hacía meses, para internarlo en *Las tres acacias*. Como llegué cuando ya era de noche, el joven estaba durmiendo, de modo que pospuse el examen para el día siguiente, y después de la cena y de un interrogatorio exhaustivo por parte de los demás miembros de la familia acerca de las novedades eventuales que podía traer de Buenos Aires e incluso de la Corte, me condujeron por fin a una habitación limpia y ordenada donde me habían preparado una cama confortable. Meditando antes de dormirme sobre la hospitalidad casi indiscreta de tan efusiva que me brindaban, y que durante toda mi estadía resultó de lo más agradable, me di cuenta de que el tedio de la vida monótona que llevaban en ese caserío

que parecía perdido en el fin del mundo debía ser una de las causas principales.

A la mañana siguiente, me levanté bastante temprano, feliz de saber que ese día no me esperaban horas de cabalgata y, como los dueños de casa al parecer seguían durmiendo, me fui a pasear por la ciudad. Cruzando el gran río en varias horas de navegación, ya la había visitado tres o cuatro veces en compañía de mi padre, diez o quince años antes, viniendo desde la Bajada Grande del Paraná, más allá de la red atormentada de islas y riachos que separan, a algunas leguas de distancia, las dos orillas principales. Como mi lugar natal era un caserío exiguo amontonado en la cima de la barranca que dominaba el río, a cada visita la ciudad me parecía grande, agitada y colorida, y sus habitantes personas distinguidas, bien instaladas en el mundo y entregadas todo el tiempo a ocupaciones importantes, pero ahora que volvía después de tantos años, habiendo hecho un rodeo por Madrid, Londres, París y aun Buenos Aires, mi mirada, ante la que tantas verdaderas ciudades habían desfilado, la reducían a sus justas proporciones; y como suele ocurrir con casi todo, la ciudad de la que me había quedado una imagen invariable en la memoria, había ido achicándose en la realidad, como si las cosas exteriores viviesen a la vez en varias dimensiones diferentes. La ciudad real eran unas cuantas manzanas tendidas alrededor de la plaza, formando calles rectas de arena, la mayoría sin veredas, que corrían paralelas o perpendiculares al río; un par de iglesias, un cabildo, un edificio largo que era a la vez aduana, cárcel, hospital y destacamento de policía, casas de una planta con techo de tejas y ventanas con rejas tan bajas que parecían salir del suelo mismo y también árboles frutales, naranjos, mandarinos y limoneros cargados de frutos, higueras y durazneros pelados por el frío, nísperos, campitos de tunas, acacias enormes, jacarandáes, lapachos, palos borrachos, ceibos, y muchos sauces llorones que delataban la omnipresencia del agua. Huertos y corrales se abrían en los patios traseros. En las afueras, las casas de ladrillo o adobe y tejas eran más escasas, y los ranchos más espaciados, más sucios y más miserables, pero en el centro, en las inmediaciones de la plaza, se abrían varios comercios, y las calles que formaban el perímetro de la plaza estaban empedradas. En la vieja iglesia de San Francisco, que indios convertidos habían contribuido a levantar y a decorar, había un convento, y cinco o seis cuadras atrás del cabildo, una casa que albergaba algunas monjas. De los cinco o seis mil habitantes, muy pocos parecían haber salido de sus casas esa mañana, a causa del frío quizás, pero como sabía que toda la riqueza de que disponía la ciudad, ganado, madera, algodón, tabaco, pieles, provenía del campo, era evidente que a esa hora temprana había poco y nada que hacer en las calles heladas y desiertas. Alrededor de la plaza, todos los comercios estaban todavía cerrados. Fui a pasear por el lado del río, y vi unos hombres que pescaban a caballo, entrando en el agua con una red extendida por dos jinetes que la arrastraban contra el fondo y después, plegándola con un movimiento vigoroso, la tiraban hasta la orilla, donde dejaban caer los pescados que se retorcían en la arena. Uno de los pescados efectuó una contorsión tan violenta y desesperada que, elevándose hasta una altura considerable, cayó otra vez en el agua y no volvió a aparecer, lo que le pareció a los pescadores un hecho de lo más cómico que celebraron con carcajadas interminables y ruidosas.

Mi paseo había sido demasiado matinal, porque cuando volví a casa de los Parra apenas si eran las ocho y media, y la familia recién se estaba levantando. Nos instalamos, el señor Parra y yo, en una habitación grande, contigua a la cocina, que servía sin duda de comedor para los días ordinarios, y una joven negra nos cebaba mate y nos iba trayendo pasteles tibios desde la cocina. La noche anterior habíamos cenado en un comedor un poco más lujoso, que debía servir para las grandes ocasiones, pero en la habitación más modesta en que estábamos desayunando, la proximidad de la cocina hacía que la atmósfera fuese más caldeada y agradable, a causa de los fogones contiguos que en invierno debían estar casi siempre prendidos. Apenas abordamos el tema de su hijo Prudencio, el señor Parra se prestó con franqueza y docilidad a mi interrogatorio.

El joven Prudencio Parra, que acababa de cumplir los veintitrés años, había caído desde hacía algunos meses en un estado de estupor intenso que a decir verdad era el punto culminante de una serie de ataques que con el tiempo fueron volviéndose cada vez más graves. El joven Prudencio había empezado a comportarse de manera singular a partir de la pubertad, pero sólo en los últimos dos o tres años su conducta podía ser considerada como un estado de alienación. Lo que al principio habían sido simplemente rarezas fueron degenerando poco a poco en locura. A los trece o catorce años se encerraba días enteros en su cuarto y llenaba cuadernos y cuadernos de reflexiones morales como él las llamaba, para, unos meses más tarde, hacer con ellos y otros papeles ennegrecidos por su escritura casi ilegible una enorme fogata en el fondo de la casa y declarar que a partir de ese día iba a dedicarse con todo su ser a las obras de beneficencia, pero esas alteraciones de humor no habían inquietado a la familia, que las atribuía a los excesos súbitos pero efímeros de pasión que son propios de la juventud. La propensión a los saltos de humor parecía por otra parte inherente a su temperamento, ya que desde la primera infancia, sus cambios repentinos, que nadie tomaba en serio, habían sido observados no únicamente por la familia, sino también por los criados —que, esclavos o no, estaban prácticamente incorporados a la familia— a tal punto que la inestabilidad del joven había pasado a formar parte de la tradición de anécdotas humorísticas de la casa. Pero a partir de los dieciocho años más o menos, las cosas se habían vuelto más serias, y la gravedad de su estado se hizo evidente. Sus accesos de melancolía fueron volviéndose cada vez más frecuentes y más agudos. Varios médicos, instalados en la ciudad o de paso por la misma, lo habían examinado y puesto en tratamiento, sin obtener ningún resultado visible. El señor Parra era un hombre demasiado sensato como para creer en los rumores de posesión diabólica o de brujería que corrían por la ciudad, y no precisamente entre las capas menos acomodadas de la población, pero fue lo bastante escrupuloso como para no ocultármelos e incluso comunicarme todos sus pormenores, lo que me permitió comprobar una vez más cómo con los esfuerzos de la ciencia por sacar a los hombres del dolor y de la ignorancia, conviven todavía, no únicamente en las regiones apartadas del planeta, sino también hasta en los reinos supuestamente esclarecidos de Europa, la superstición y el oscurantismo que, en el caso del joven Prudencio, como si no bastara con su penosa enfermedad, añadían la difamación y la calumnia. Según el señor Parra un frenesí de estudios filosóficos

se apoderó de Prudencio, de modo que se lo pasaba leyendo noche y día, y cuando hubo agotado las bibliotecas locales, que no eran ni muchas ni muy variadas, encargaba libros de Córdoba, de Buenos Aires o de Europa, con tales deseos de recibirlos que cuando estaba esperando algunos iba todos los días al puerto a preguntar en los barcos que llegaban si no estaban sus libros. Pero al cabo de cierto tiempo, una especie de desaliento se apoderó de él, y lo que antes había sido puro entusiasmo, energía y exclamaciones, se transformó en desganado, en abatimiento, en suspiros. Empezó a quejarse de que la naturaleza no le había otorgado las facultades que requiere el estudio de la ciencia y la filosofía, y que únicamente un orgullo insensato y desmedido lo había hecho incurrir en el error de compararse con los grandes genios benefactores de la humanidad como Platón y Aristóteles, Santo Tomás y Voltaire. Según pude deducir del relato del señor Parra, el tema de su ineptitud para el estudio atormentó a Prudencio durante varios meses, y poco a poco atribuyó a esa supuesta ineptitud una serie de faltas irreparables que imaginaba haber cometido, de modo tal que al cabo de un tiempo empezó a sentirse responsable de las desgracias o meros contratiempos que ocurrían en la ciudad, así como también de aquellos de los que se enteraba por las gacetas que llegaban de Buenos Aires o de la Corte. Cuando ese sentido excesivo del deber no lo agobiaba hasta el punto de llevarlo a un estado de postración que duraba semanas enteras, y durante el cual no había forma de sacarlo de su habitación y algunas veces hasta de la cama, le daban verdaderos ataques de febrilidad, en los que por todos los medios le parecía necesario actuar de inmediato para impedir que ciertas catástrofes, sobre las que era imposible obtener de él más explicaciones, se produjeran. Varias veces, según el señor Parra, había buscado prendas harapientas y sucias, de preferencia aquéllas que habían pertenecido a los esclavos pero que se encontraban en tal estado que los esclavos mismos habían dejado de usarlas, y, descalzo y con la cabeza descubierta, se iba por las calles a leer en las esquinas algún escrito supuestamente filosófico que él mismo había redactado en términos incomprendibles; según el señor Parra, la escritura de Prudencio había cambiado por completo y su caligrafía diminuta y aplicada, y aun así ilegible, de la adolescencia, se había transformado en una letra enorme, inconexa, tan suelta, inflada y temblorosa que no más de veinte o treinta palabras entraban en un folio. En general la gente se apiadaba de él y lo traía de vuelta a la casa, pero una vez unos sujetos mal entretenidos que no tenían domicilio fijo y vagabundeaban por las afueras, lo habían llevado con ellos para divertirse a su costa, y lo abandonaron después en medio del campo, donde había errado toda la noche, porque la partida que salió a buscarlo recién logró dar con él al día siguiente. Me dijo el señor Parra que cuando lo encontraron, Prudencio no parecía de ningún modo contrariado por los vejámenes a que lo habían sometido, sino que más bien era la suerte de los vagabundos lo que lo inquietaba e insistía mucho, emocionándose casi hasta las lágrimas, sobre la miseria que los había obligado a ponerse al margen de la sociedad. Cuando una semana más tarde la policía atrapó a dos miembros de la banda que habían vuelto a la ciudad como si nada pero que unos vecinos reconocieron, y que después de recibir unos buenos latigazos fueron estaqueados en un campito de los arrabales, Prudencio fue a visitarlos y a

implorar a las autoridades para que los largaran. Con el tiempo, esos accesos fueron pasando, y una tristeza cada vez más honda se apoderó de él. (El señor Parra me precisó que durante ese período su caligrafía volvió a cambiar, empequeñeciéndose otra vez, pero de un modo tan exagerado que se volvió ilegible. Desde ese momento por otra parte dejó de escribir por completo, me informó el señor Parra.)

No se lavaba, no se vestía, y a veces ni siquiera salía de la cama, y una especie de indiferencia lo fue ganando; a pesar de sus rarezas, de chico había sido muy afectuoso, no únicamente con los miembros de su familia, sino también con los vecinos, los esclavos y hasta los desconocidos, a tal punto que a veces sus demostraciones resultaban exageradas e incluso molestas para ciertas personas que sólo estaban de paso en la casa, pero esa afectuosidad había ido desapareciendo, como si el mundo real en el que había vivido hasta ese momento hubiese sido sustituido por otro en el que todo le resultaba ajeno y gris. Los problemas, las enfermedades e incluso la muerte de personas que antes le habían sido muy queridas no le producían ningún sentimiento o emoción, y si de tanto en tanto sus suspiros, y a veces sus gemidos delataban en él un sufrimiento inequívoco, era imposible saber lo que lo causaba, aunque se adivinaba que los motivos no estaban en ningún acontecimiento exterior sino más bien en unos pocos pensamientos dolorosos que parecían ser siempre los mismos, y que rumiaba de manera constante. Hubo que empezar a obligarlo a salir de la cama, a vestirse, a comer, a dar algún paseo o por lo menos a salir a la galería o al patio, sobre todo cuando hacía buen tiempo, y si al principio protestaba al final, dócil, se dejaba llevar. Su facundia, que en períodos de febrilidad utilizaba para tratar de convencer a sus semejantes de que una catástrofe confusa pero inminente los amenazaba, empezó a perder fuerza y sus discursos vehementes fueron haciéndose cada vez más deshilvanados y carentes de convicción, y si al principio los acompañaban ademanes y gestos que los subrayaban y, sobre todo, que daban por sobreentendido el secreto que su vehemencia pretendía transmitir a sus semejantes sin revelárselo del todo, poco a poco al desmembramiento de sus peroratas, en las que las exclamaciones habían dado paso a frases incompletas y dubitativas, se sumaba la rigidez de sus expresiones y la inmovilidad blanda de sus miembros. Al final sólo abría la boca para responder, únicamente con monosílabos, alguna pregunta que se le dirigía. Si de tanto en tanto hacía un esfuerzo para dar una respuesta un poco más circunstanciada, formaba dos o tres frases entrecortadas y confusas que profería débilmente como si toda energía lo hubiese abandonado. Y, en los últimos meses, su postración había sido total, pero un detalle curioso había venido a sumarse a su conducta ya por demás extraña: había cerrado la mano izquierda, y desde entonces mantenía el puño fuertemente apretado. Cuando se le preguntaba la razón de su gesto volvía la cabeza y apretaba también los labios para dar a entender que no estaba dispuesto a contestar, y dos o tres veces en que para ver qué pasaba, e incluso en ciertas ocasiones únicamente por bromear, algunos miembros de la familia habían intentado obligarlo a abrir el puño, él se había resistido con tanta desesperación que, compadecidos, sus familiares habían terminado por dejarlo en paz. Un día, alguien advirtió que la mano sangraba, cayendo en la cuenta de

que en todo ese tiempo las uñas habían seguido creciendo, clavándose en la carne blanda de la palma, de modo que hubo que obligarlo en serio a abrir el puño para cortarlas y curarlas. Según el señor Parra el joven Prudencio empezó a aullar y a revolcarse en el suelo tratando de impedir que le abrieran el puño, y armando tal escándalo que los vecinos llegaron corriendo, creyendo que en la casa se había cometido algún crimen, y a pesar del estado de debilidad extrema en que a causa de su postración y de su inapetencia el joven Prudencio se encontraba, fue tan grande su resistencia que se necesitaron tres o cuatro hombres vigorosos para inmovilizarlo, abrirle el puño y mantener abierta la mano mientras le cortaban las uñas y le curaban las heridas que ya estaban infectadas. Mientras duró toda esa operación, Prudencio aullaba o gimoteaba con tal expresión de terror que la gente se compadecía de él, pero varios de los presentes observaron que Prudencio miraba con aprensión el techo y las paredes de la habitación como si temiese que se le vinieran encima. Al señor Parra toda la escena le había recordado una vez en que siendo él mismo (el señor Parra) niño, había despertado de una espantosa pesadilla llorando a los gritos, y ante los rostros de sus familiares que se inclinaban solícitos hacia él, y que trataban de calmarlo con palabras, caricias y ademanes incomprensibles e inútiles, él había tenido la sensación de que, a pesar de la contigüidad aparente de los cuerpos, estaban en dos mundos diferentes, ellos en el irreal de las apariencias y él en el bien real que la pesadilla acababa de revelar. Según el señor Parra, por fin su hijo pareció calmarse un poco y aunque los sollozos se fueron haciendo cada vez más espaciados el gimoteo continuó, entrecortado de vez en cuando por algún suspiro. Echado en la cama, sólidamente aferrado por su padre y dos esclavos, mientras el médico le curaba las heridas, pidió por señas que le liberaran la mano derecha, y cuando obtuvo lo que deseaba la acercó, un poco encogida, a la mano llagada que le estaban curando, de tal manera que cuando estuvo tan cerca que ya casi le impedía al médico trabajar, hizo un gesto sobre la palma herida con la mano sana, como cuando se recoge una mosca al vuelo, y cerró el puño de la mano derecha, lo que pareció calmarlo del todo. Mientras le conservaron las vendas en la mano izquierda, según el señor Parra, Prudencio mantuvo cerrado el puño derecho, pero cuando unos días más tarde se las retiraron, volvió a cambiar de mano. Desde entonces aceptaba abrir el puño cada diez o quince días para dejarse cortar las uñas, pero antes de abrirlo, realizaba la extraña operación de recoger al vuelo con la otra mano algo que al parecer por nada del mundo debía dejarse escapar. El señor Parra me aclaró que esa curiosa manipulación era llevada a cabo por su hijo con seriedad absoluta y extremo cuidado, y todas las veces que él pudo observarla comprobó que era realizada con la exactitud minuciosa de un ritual.

Antes de conducirme a la habitación de su hijo, el señor Parra, contestando a una pregunta mía, me informó acerca de los tratamientos que los sucesivos médicos que lo fueron examinando le prescribieron, sin obtener el menor resultado. Los dos médicos autorizados por el Cabildo a ejercer de modo permanente en la ciudad lo habían tratado de manera regular, pero ya casi no venían a verlo durante sus visitas y afirmaban estar ante un caso incurable. También dos o tres médicos que habían estado de paso en la ciudad fueron consultados, y

uno de ellos había recomendado baños en el río Salado, afirmando que por la calidad de sus aguas y sobre todo de su barro eran muy recomendables en el tratamiento de la alienación. El señor Parra me comunicó que aunque a Prudencio lo aterrorizaba la inmersión en el río aceptaba de buena gana ser recubierto enteramente con el barro rojizo de la orilla y dejarse extender al sol para que el barro se resecase sobre su cuerpo, a tal punto que casi siempre había que forcejear un buen rato con él para poder retirar la capa de barro seco que lo cubría. El último verano sin embargo, su estado de estupor había alcanzado tal gravedad que había sido imposible sacarlo de su cuarto para llevarlo hasta la orilla del río.

El señor Parra me condujo a la habitación de su hijo. Un olor a encierro, a sustancias extrañas, mezcladas y maceradas, a abandono, flotaba, a pesar del orden que reinaba en ella, en la pieza amueblada con sobriedad y demasiado caldeada por un brasero, instalado cerca de la ventana, y que debía haber ardiendo toda la noche. El joven Prudencio se hallaba instalado en la cama, hundido hasta los hombros bajo las frazadas y la cabeza, recubierta por un gorro blanco de dormir, apoyada sobre una pila de almohadas. La cama parecía recién hecha, aunque su ocupante tenía los ojos cerrados, pero el señor Parra me explicó que la inmovilidad total del joven no se modificaba durante el sueño, de modo que la cama daba siempre a la mañana la impresión de estar recién hecha. La cara de Prudencio tenía una palidez amarillenta que resaltaba todavía más bajo la barbita rala que le cubría las mandíbulas y el mentón, y a causa también de la extrema delgadez de sus rasgos. Una especie de hendidura vertical que iba desde el pómulo hasta casi la mandíbula le cortaba en dos la mejilla izquierda, en tanto que la derecha se hundía en un hoyuelo desmesurado que la ocupaba entera, semejante a un territorio derrumbado y chupado hacia el interior de la tierra por alguna catástrofe geológica. A pesar de su juventud, la piel amarillenta estaba ajada como un cuero usado y, pegándose a los pómulos, hacía resaltar sus contornos adquiriendo un brillo cartilaginoso. Pero sobre todo llamaba la atención su frente, atravesada por profundas arrugas horizontales, y el entrecejo, en el que una arruga curva en forma de herradura, como si una pequeña marca se hubiese incrustado en su carne, unía las dos cejas con un surco profundo. Contra la almohada, por debajo del gorro de dormir, salían unos manojos de pelo largo y rígido que acentuaban todavía más la delgadez de su cara. Por alguna razón misteriosa de sus orejas emergían las puntas de dos trapitos blancos metidos en los orificios. A pesar de los ojos cerrados una expresión doliente se mostraba en su cara, a causa de las arrugas profundas desde luego, pero también de la boca entreabierta y de los párpados entornados. Ese dolor insondable y, a decir verdad, un poco teatral, como si sus expresiones lo exageraran para hacerlo más evidente, parecía agregarle a sus recientes veintitrés años décadas de desaliento, de adversidad y de aflicción. A pesar de los párpados entornados, era difícil saber si dormía o si simulaba dormir, pero su inmovilidad era tan grande que no parecía fingida y, sumada a la palidez amarillenta, lo hacía parecerse a un cadáver. Pero cuando me incliné para retirar las frazadas y examinar el resto de su cuerpo, plegó los párpados con lentitud, como quien diría en varias etapas, y, dejando resbalar su mirada sobre mí con indife-

rencia, la posó en algún punto impreciso del vacío entre la cama y la puerta. Me asombró descubrir que era menos flaco de lo que podía esperarse, a menos que el camión blanco que le llegaba hasta las rodillas no me indujera a formarme una impresión engañosa, pero su cuerpo parecía más espeso que su cara y sus pantorrillas, que terminaban en unos pies enormes, apoyados apaciblemente uno junto al otro, con los dedos de yemas carnosas muy separados entre sí, no parecían delgadas ni frágiles. El brazo derecho, con la mano abierta, reposaba a lo largo del cuerpo, pero el puño izquierdo, apoyado contra el abdomen, estaba tan fuertemente cerrado que el esfuerzo empalidecía todavía más la piel amarillenta en la protuberancia de los nudillos. Con la blandura general de su cuerpo, los estragos de la cara, el abandono algodonoso de sus miembros, la pasividad de sus grandes pies inertes, la mirada perdida y la expresión doliente, contrastaba la determinación del puño cerrado, en el que parecían concentrarse todas las energías de su persona, de modo que era fácil adivinar, en ese gesto que para muchos no representaba más que una obstinación irrazonable y quimérica, una cuestión de vida o muerte que hubiese sido de mi parte, ahí sí, locura ignorar. Yo sé también que únicamente la locura se atreve a representarse aquellos límites del pensamiento que a menudo la cordura, para seguir justamente siendo cordura, prefiere ignorar, lo que vuelve a los locos distantes, empecinados, irrecuperables. Algo espantosamente grave parecía depender de ese puño, y la determinación dolorosa de su gesto inducía a creer que si por si acaso la concentración disminuía y la tensión aflojaba permitiendo a la mano, blanda otra vez, ir entreabriéndose de a poco, comenzaría a soplar, arrastrando al universo entero a su paso, un viento de apocalipsis. Lo estudié durante unos segundos sin percibir en todo su cuerpo el menor movimiento; una vez replegados, los párpados no volvieron a bajar, demostrando una vez más la observación frecuente de mi maestro, a saber que los alienados son capaces de hacer con su cuerpo cosas que a las personas sanas les están vedadas y, para verificar más a fondo esa máxima, me concentré con el fin de descubrir los signos exteriores de la actividad respiratoria, tales como el murmullo de la expiración y de la inspiración, o la expansión y la contracción del tórax, pero al cabo de varios segundos tuve que admitir que en la habitación reinaba un silencio total y el cuerpo mantenía una perfecta inmovilidad. De un modo paradójico, de esa inmovilidad emanaba, no una sensación de muerte, sino por el contrario una impresión de lucha, de fuerzas antagónicas que estaban en conflicto perpetuo, y que habían elegido el cuerpo y el alma de ese joven como campo de batalla. Los ojos demasiado abiertos y fijos, la inmovilidad total del cuerpo y el puño apretado contra el abdomen daban la impresión de que todo su interés se concentraba en alguna región remota de su interior, donde el combate decisivo tenía lugar, para captar hasta los más mínimos detalles de ese tumulto lejano.

Cuando salimos de la habitación el señor Parra me interrogó con la mirada para conocer mi opinión sobre el estado de su hijo, y con toda sinceridad le respondí que como la experiencia había demostrado que los estados de estupor no se prolongaban demasiado, y que como a primera vista las condiciones físicas del joven Prudencio no parecían demasiado deterioradas, tal vez se podía esperar en los meses venideros alguna mejoría. (A decir verdad, esa mejoría se veri-

ficó apenas emprendimos el viaje hacia la Casa de Salud, ya que, casi en el momento mismo en que abandonamos la ciudad, nuestro paciente salió del estado estuporoso. Más adelante consignaré en detalle su extraña evolución.)

El señor Parra me mostró su casa, ya que no había podido hacerlo la noche anterior por la hora tardía de mi llegada y yo, por discreción, me había abstenido de recorrerla esa mañana mientras los dueños dormían. Las clásicas hileras de habitaciones abriéndose sobre galerías que formaban patios cuadrados — en las habitaciones de atrás dormían los esclavos— no me reservaban ninguna sorpresa, pero en los fondos había una quinta bien cuidada aunque asolada por el frío excesivo y un buen plantel de árboles frutales, del que sobresalían mandarinos, naranjos y limoneros cargados de fruta. Conversando, comimos unas mandarinas dulces y heladas al pie del árbol, y cuando volvimos al interior, la sorpresa que no había podido darme la construcción convencional de la casa, la recibí entrando en una de las habitaciones, contigua al comedor, amueblada con bastante gusto y dotada de una abundante biblioteca. Algunos paisajes locales, ejecutados por una mano hábil pero sin genio, adornaban las paredes, y un busto de Voltaire nos observaba desde una repisa. Comprendí de pronto que había tenido la suerte de hospedarme en casa de una familia ilustrada y moderna, situación rarísima en esas provincias apartadas y en aquella época. (*La situación no ha mejorado actualmente.* Nota de M. Soldi.) La discreción, por no decir la timidez del señor Parra, lo inducía a no mostrarlo demasiado, y acaso también mi reputación en tanto que colaborador del doctor Weiss y mis estudios en Europa, pero durante las semanas en las que las circunstancias me obligaron a parar en su casa, pude descubrir la vivacidad y la sensatez de sus ideas y el clima agradable que reinaba en el seno de su familia, a la que la enfermedad del joven Prudencio había causado una sincera tristeza. Los cuadros de la biblioteca eran de mano del propio señor Parra lo cual, cuando lo supe, me hizo juzgarlos de manera más favorable, y no sé si me parecieron mejores porque habían sido ejecutados por un aficionado que nunca había realizado estudios de pintura, o por la simpatía que me merecían el autor y su familia. Las múltiples actividades comerciales del señor Parra, que le habían permitido adquirir una fortuna considerable, no le impedían cultivarse a sí mismo al mismo tiempo que su huerto y su jardín, y su modestia genuina era injustificada si se tiene en cuenta el acierto de sus opiniones generales, rasgo rarísimo en un hombre de fortuna, ya que me ha sido posible observar más de una vez, por haberlos frecuentado en dos continentes, que los ricos sustentan una alta opinión de sí mismos y que, por una inexplicable transposición, están convencidos de que su habilidad para ganar dinero los autoriza a pontificar tantos temas que desconocen, ya sean artísticos, políticos o filosóficos.

Mientras el señor Parra se iba a cumplir con sus obligaciones, me dirigí al cuartel para averiguar si mis compañeros de viaje estaban bien instalados. Los dos soldados, habituados a la vida militar, ya se habían fundido con el resto de la tropa — nombre quizás demasiado pretencioso para el puñado de hombres mal armados y casi en harapos que la constituían— pero Osuna estaba de mal humor y pretendía no haber dormido en toda la noche, a causa del ruido y del ajeteo constante que reinaban en la cuadra. Lo que llamaban la cuadra era un

antiguo edificio de adobe y tejas, en bastante mal estado pero lo suficientemente amplio como para permitir que durante las noches unos cuarenta hombres pudiesen extender sus pertrechos rotos en el suelo apisonado y echarse a dormir ya que, como lo sabría más tarde, los casos especiales, como los enfermos o los desertores, eran expedidos al hospital o a la cárcel, instalados en un edificio un poco más grande que se encontraba a cien metros del primero. El descontento de Osuna parecía justificado, porque las condiciones de alojamiento eran de lo más precarias pero, por venir frecuentándolo desde tiempo atrás, yo sabía que el carácter un poco especial de nuestro guía podía inducirlo, sin que él mismo se diese cuenta, a exagerar los motivos de sus protestas. Debe quedar claro para mis futuros lectores, si los tengo alguna vez, que esta observación no rebaja en nada las muchas y excelentes cualidades de Osuna, de quien la lealtad, la eficiencia sin par, la inteligencia, el sentido práctico y la abnegación sobresalen entre tantas otras, pero que, no sé si por deformación profesional o por alguna otra cosa, me es imposible no conjeturar sobre los rasgos de carácter que motivan, más allá de las razones verídicas que ellas mismas aducen, las opiniones y los modos de actuar de las personas con las que trato. El innegable saber de Osuna en todo lo relativo a la inmensa llanura, que a los treinta y cinco años más a menos que tenía para esa época ya conocía al detalle hasta en sus rincones más apartados, lo ponía en una situación ventajosa pero incómoda, que el sabio o el artista quizás puedan comprender ya que, semejante a la ciencia del desierto que practicaban Osuna u otros como él, el sabio y el artista deben tratar la mayor parte del tiempo con gente que, si bien saca provecho de su actividad, es incapaz de estimarla en forma correcta. Dejando de lado el hecho de que los otros no se detenían a pensar en los sacrificios que había costado su adquisición, ese saber, que en Osuna constituía una verdadera ciencia de lo invisible, lo ponía a veces en situaciones bastante forzadas, tales como tratar con superiores que, o bien no le acordaban el respeto que merecía y se limitaban a aprovecharse de su saber, o bien por el contrario le tenían una consideración excesiva, dándole un trato especial que lo aislaba entre los soldados y la gente de su medio. A causa de las muchas incomodidades que le acarreaban sus conocimientos, Osuna se había formado un carácter especial, que lo hacía sentirse oscuramente distinto de los demás, induciéndolo a separarse de ellos y a concentrarse, como si fuera un ideal ascético, en los mil detalles de lo exterior. Por haberlo tratado durante años, he podido notar que únicamente en el desierto se encontraba a gusto. Lo que me asombraba de él era ver, cuando hacíamos noche en algún puesto y se dejaba tentar por el aguardiente, cómo la fachada de impasibilidad iba resquebrajándose en su cara oscura y filosa, mientras sus ojitos achinados emitían unos destellos rápidos y cambiantes que delataban las pasiones que durante el día disimulaba tan bien, la vanidad, la arrogancia incluso en lo relativo a su oficio, los celos que le impedían reconocer que algún otro guía de calidad, aparte de él, existiese en la llanura, sus esfuerzos, bastante torpes por otra parte, por ser todo el tiempo el centro de la reunión, los aires de superioridad con que escuchaba y observaba a los otros gauchos, soldados, etcétera, que podían compartir un pedazo de carne asada con los viajeros en las noches vacías de la llanura. Pero mucho más me asombraba, a la mañana siguiente, verlo

montar, fresco y bien dispuesto, con decisión su caballo; lacónico, enérgico, sin dejar transparentar en su cara, a diferencia de unas horas antes, ninguna emoción, ningún sentimiento, como no sea la voluntad de retomar el camino, avanzando gracias a los mil mensajes, únicamente legibles para él, que le mandaba a cada paso lo real. Igual que cada vez que se quejaba de algo ante mí, Osuna me respondió que no valía la pena cuando le propuse remediar la situación: al parecer, con que yo escuchara sus quejas le bastaba.

La duración de nuestra estadía en la ciudad dependía de la llegada de dos enfermos, uno que venía de Asunción del Paraguay y el otro de Córdoba, que se sumarían a los dos de la ciudad, el joven Prudencio Parra y una religiosa que, según nos informó por carta la madre superiora, había caído en la demencia después de haber sido violentada por el jardinero del convento. El hombre estaba en la cárcel y la hermana seguía en el convento, pero su estado de agitación constante convenció a las autoridades religiosas locales de que debían recurrir al doctor Weiss para resolver el problema. En los últimos meses, una correspondencia abundante había sido intercambiada entre *Las tres acacias* y las familias de los cuatro enfermos, para llegar a un acuerdo definitivo sobre las condiciones de traslado, internación, tratamiento, honorarios, etcétera, y esas largas negociaciones habían motivado nuestra venida a la ciudad de donde, una vez reunidos los cuatro pacientes, más la escolta y todo lo necesario para el viaje, partiría la caravana. Al principio se había proyectado realizar el viaje por agua, pero el cargamento especial que debíamos transportar disuadió a los pocos marinos italianos cuyos barcos disponían de algunas comodidades para hacerlo. También nosotros éramos reticentes al traslado de los locos por vía fluvial porque, a menos que los mantuviésemos encerrados todo el tiempo en la bodega, ese río imprevisible podía ser peligroso para los enfermos. Finalmente, con el acuerdo explícito de las familias, y como resultado de negociaciones llevadas personalmente por el doctor Weiss, se adoptó la solución del viaje por tierra, sin dudar ni un instante de que, creciendo durante semanas hora tras hora, el río, cuya compañía habíamos rechazado, saliendo de su lecho, vendría a buscarnos por propia iniciativa para imponernos sus leyes rigurosas.

Para comodidad de los enfermos, habíamos alquilado cinco carretones de éstos que utilizan los viajantes que recorren los espantosos caminos de ese inmenso territorio, para ir a comerciar desde Buenos Aires hasta Chile, del otro lado de la cordillera. Esos carretones, tirados no por un par de bueyes como las carretas de carga sino por caballos, dotados hasta de puerta y ventanas, están arreglados en su interior como pequeños recintos que son a la vez dormitorio y sala de estar, de lo más estrechos y elementales por supuesto, pero con las comodidades necesarias para soportar las travesías sin término del desierto, y sobre todo permitir un descanso más o menos razonable en cada alto del camino. Cuatro de esos carretones estaban destinados a los enfermos y el quinto me correspondía, aunque me hubiese conformado con una tienda de campaña para compartir la suerte de la tropa que nos acompañaría. Esos carretones pertenecían todos al mismo propietario, un hombre de negocios de Buenos Aires que comerciaba con el Tucumán, Córdoba y Mendoza, con varias ciudades chilenas, y con todas las del litoral, donde debía competir con el transporte fluvial, hasta

Asunción del Paraguay, de donde su familia era originaria. Las condiciones de alquiler fueron muy favorables, porque uno de los enfermos pertenecía a la familia del propietario. Una parte de la escolta partiría de la ciudad, que se encontraba a mitad de camino entre Asunción y Buenos Aires, y como también el camino de Córdoba pasaba muy cerca, esa ciudad era el punto obligado de reunión. Calculamos que el viaje hasta la Casa de Salud duraría unos quince días, ya que trataríamos de no forzar demasiado la marcha para no fatigar más de lo razonable a nuestros pacientes, pero los distintos obstáculos que se fueron presentando, y las graves vicisitudes que nos desviaron de nuestro camino, que nos inmovilizaron y que hasta nos hicieron retroceder, multiplicaron casi por tres esa duración.

Esa misma tarde mandé un mensaje al convento anunciando mi llegada para el día siguiente. La madre superiora, una cincuentona de expresión severa, me recibió a las once de la mañana en una habitación limpia y helada, y con las primeras frases que intercambiamos comprendí que mi profesión le inspiraba una profunda desconfianza, pero que el caso de sor Teresita, la monja de la que debía ocuparse el doctor Weiss, aparentaba ser más grave de lo previsto, y sin duda les traía no pocos inconvenientes, ya que de otro modo no se hubiesen resignado a recurrir a nosotros. En el transcurso de la conversación sin embargo, creí entender que la orden de contratar los servicios del doctor Weiss había venido desde Buenos Aires. Durante mi entrevista con la madre superiora, no pude abstenerme de sonreír en mi fuero interno, ante esa nueva prueba de que la locura, con su sola presencia, trastoca e incluso desbarata los proyectos, las jerarquías y los principios de la gente llamada cuerda. La madre quería obtener de mi parte una absurda promesa explícita de discreción, y ante su insistencia tan poco pertinente, que involucraba casi una ofensa, debí responderle con frialdad que una promesa explícita en ese caso particular resultaba superflua, ya que la discreción, desde Hipócrates, era el principio mismo de nuestra ciencia. Sin reaccionar ante la firmeza de mi respuesta, pero entornando los párpados para que nuestras miradas no se encontraran mientras durase su relato, la madre superiora me refirió, con muchos sobreentendidos y circunloquios, luchando a duras penas contra un pudor en ella más que comprensible por el carácter penoso de los hechos que me refería, la historia de sor Teresita. Esa monja, que había venido de España al Perú primero, y que por disposición de su orden, las Esclavas del Santísimo Sacramento, había sido transferida a la ciudad, era según la madre superiora una persona bastante ingenua y muy devota, incluso proclive a ciertos excesos místicos que le habían valido algunas amonestaciones y llamadas al orden. De origen humilde, y a pesar de no haber recibido más educación que la indispensable que requería su formación religiosa, tenía una fuerte propensión literaria con la que expresaba, según la madre superiora, su devoción a Cristo y al Santísimo Sacramento. Una de las principales tareas de la orden era ocuparse de las mujeres de mala vida que, por desgracia según la madre superiora y, pensaba yo para mis adentros, para beneplácito de mi maestro, abundaban en América, apostolado al que la hermanita se había dedicado, igual que con todo lo que emprendía, con un ardor excesivo, llegando a frecuentarlas con demasiada asiduidad y familiaridad, lo que dio lugar a ciertos

malentendidos. El temperamento vehemente de la hermanita, que se manifestaba siempre de manera demasiado espontánea, había alimentado las comidillas de la ciudad, donde el ocio casi permanente de los habitantes, según la madre superiora, originaba de un modo fatal esa propensión a ocuparse de la vida ajena. Pero todo eso según la madre superiora no era grave en comparación con el verdadero drama que había tenido lugar a fines del año anterior. Un hombre que habían conchabado para ocuparse del jardín, del huerto y del corral, ya que había tantos desocupados en la ciudad según la madre superiora que era más seguro emplearlos en algo porque de otra manera se transformaban en vagabundos y delincuentes, y que venía trabajando para el convento desde hacía varios meses, empezó a abusar en secreto de la hermana, sometiéndola a toda clase de vejámenes bestiales, y amenazándola de muerte si se atrevía a contárselo a alguien. Como es natural, la madre superiora suprimió los detalles demasiado penosos, pero no me costó mucho comprender, por las manchas rojas que se encendieron en sus mejillas, que el recuerdo de esos detalles despertaba en ella una viva emoción. Un día, a la hora de la siesta, ella misma, la madre superiora, los había sorprendido en la capillita, tirados en el suelo al pie del altar, sumando según ella a la satisfacción bestial de los instintos carnales el sacrilegio. El jardinero fue arrestado de inmediato, y seguía todavía en la cárcel, pero en sor Teresita las consecuencias habían sido devastadoras, hasta hacerle perder la razón. La hermanita era frágil por naturaleza, y en los meses previos a lo sucedido, ella, la madre superiora, había podido observar en sor Teresita los signos de una perturbación más fuerte que de costumbre, sin embargo llegar a imaginar en ningún momento que esos leves estados de agitación, esa inestabilidad atenuada pero constante, esos pasajes súbitos de la risa a las lágrimas y esa devoción excesiva al Crucificado, exacerbados por el drama sórdido que le tocaría vivir, terminarían precipitándola en la demencia. Si bien en medio de su agitación surgían períodos de calma, y si la mayor parte del tiempo su aspecto exterior no revelaba en nada la presencia de la locura, siguió explicándome la madre superiora, eran tales y tan inesperados sus cambios bruscos de conducta, la alteración en los modales y en el lenguaje, que al principio algunos miembros de la Iglesia habían creído hallarse ante un caso de posesión diabólica, debatiendo la posibilidad de referirla a la Inquisición, pero el cura exorcista de la ciudad, teniendo en cuenta los vejámenes de que la hermanita había sido víctima, consideró que había una causa conocida precisa en su manera de actuar y que las cosas debían ponerse en manos de la justicia y de la medicina. Las autoridades eclesiásticas de Buenos Aires se habían expedido sobre el caso de la misma manera. Entre las personas que la madre superiora citó reconocí dos que, contra la opinión bastante generalizada entre los miembros influyentes del clero, eran favorables a la institución y a los métodos terapéuticos del doctor Weiss. A mi modo de ver, la opción por la interpretación nosológica del caso a expensas de la interpretación demonológica, era menos una prueba de sentido común por parte de las autoridades eclesiásticas, que de una voluntad de discreción, ya que muchas veces habíamos conversado con el doctor Weiss acerca de un hecho innegable, a saber que en Europa, en los últimos dos siglos, muchas mazmorras en los hospitales de alienados habían sido ocupadas con dis-

creción por desdichados que hubiese sido demasiado ruidoso mandar a la hoguera. Pero de ese triste papel de cárcel vergonzante que muchas familias pensaban que era nuestro designio interpretar, nos ponían al abrigo nuestra formación en los hospitales de París, y la reflexión constante que se hacía en la Casa, bajo la dirección esclarecida de mi maestro, sobre la evolución necesaria de nuestra disciplina. Para nosotros, el ejercicio riguroso de la ciencia médica era la única forma posible de caridad.

Al cabo de esa larga conversación, para nada cómoda por otra parte, ya que en su transcurso se hicieron patentes nuestras mutuas reticencias, comprendí que no podría hacerme una idea precisa del estado de sor Teresita mientras no se presentase la ocasión de estimarlo por mí mismo, de modo que expliqué a la madre superiora que mi deber profesional me ordenaba realizar una visita inmediata a la enferma, a lo que terminó por acceder no sin visibles dudas y vacilaciones. La enferma estaba en una habitación del fondo de la casa, encerrada bajo llave. Lo primero que noté de ese cuarto estrecho era que la ventana, protegida por una reja, daba a la galería y al patio, pero no a la calle. Como los postigos estaban entornados, la habitación se encontraba en penumbras en ese momento, y como veníamos encandilados por la luz del mediodía claro de invierno, durante unos segundos no vi gran cosa a no ser una mancha gris que emergió vivaz de un rincón y avanzó hacia nosotros, deteniéndose en medio de la habitación. Yo seguía parpadeando en el umbral, pero la madre superiora entró y, dirigiéndose a la ventana, entreabrió con prudencia los postigos. Un rayo de luz entró a través de la abertura e iluminó a la muchacha con la intensidad de un farol de teatro. Era más bien menuda y tenía el cabello muy corto, y no llevaba los hábitos de la orden sino una especie de camión gris que la cubría desde el cuello, donde se abotonaba, ciñéndolo, hasta los tobillos. A pesar de que la habitación estaba helada, vi que los pies que se apoyaban en los ladrillos del piso estaban descalzos, pero que el frío no parecía incomodarla. Notando mi mirada de desaprobación, la madre superiora se apresuró a explicarme que la hermana no soportaba los braseros, ya que tenía violentos accesos de calor y afirmaba que el frío no le hacía ningún efecto. Busqué la mirada de sor Teresita para obtener una confirmación de lo que acababa de oír, pero me fue imposible encontrarla, ya que se había inmovilizado con los ojos bajos y una sonrisa tímida en los labios, las manos que emergían de los puños grises del camión apoyadas blandas una sobre la otra a la altura del vientre. Esa timidez demasiado evidente no me era desconocida: no me fue difícil identificar en ella una actitud de simulación frecuente en ciertos enfermos mentales, que cuando se encuentran por primera vez ante un médico intentan persuadirlo, adoptando una pose teatral, de que sería una pérdida de tiempo injustificada ocuparse de personas tan a simple vista normales como ellos. Había también en esa presentación de su persona tan plácida y recatada, una tentativa de seducción, muy eficaz por otra parte, y al fin de cuentas innecesaria, porque debo confesar que su presencia enérgica y vivida, sin permitirme olvidar las fuertes posibilidades que existían de que se tratase de una enferma, supo captar de inmediato mi simpatía. No demoré en comprender que sor Teresita trataba de establecer conmigo algún vínculo privado, no sólo al margen de la madre superiora sino quizás tam-

bién del convento e incluso del mundo entero, tal vez con el fin de probarles, y también de probarse a sí misma, que su persona y su manera de actuar podían ser de una vez por todas interpretadas en su justo sentido.

Cuando me acerqué a ella, desplegó los párpados y me miró: tenía unos ojitos grises y redondos, demasiado movedizos entre una frente amplia y convexa y una nariz diminuta, un botoncito esférico, casi sin tabique, y también blanco, única protuberancia carnosa sobresaliendo por encima de los labios finos, todo eso encerrado en una carita blanca y diminuta que dibujaba un círculo desde el nacimiento de los cabellos en lo alto de la frente comba, formando la línea exterior de las mejillas espolvoreadas de rosa y cerrándose en el mentón blando y casi inexistente. Era difícil no quererla de inmediato, con el mismo amor con que se quiere por ejemplo a un conejito, sabiendo que su existencia caliente y nerviosa en cuyos móviles, tan diferentes de los nuestros, los nuestros no cuentan para nada, nos traerá más complicaciones que alegrías apenas lo adoptemos. Me pareció percibir, cuando nuestras miradas se encontraron, unas chispas fugaces de burla en la suya, esa especie de burla tácita que, en presencia de terceros, nos conceden ciertas personas que creen compartir con nosotros un mismo punto de vista sobre las cosas, y que en realidad es una búsqueda, casi siempre sin esperanza, de complicidad. La madre superiora no tardó en advertirlo y, más preocupada por la moralidad que por la salud de su pupila, se acercó a sor Teresita y le rodeó la espalda con un brazo que la manga ancha del hábito negro disimulaba, no dejando exponer a este mundo de pecado y de corrupción más que una mano blanca y un poco ajada que se posó sin violencia pero con decisión sobre el hombro izquierdo. Un detalle que atrajo casi de inmediato mi atención, aunque el comercio frecuente con la locura me había acostumbrado a ese tipo de incongruencias, era el contraste que podía observarse en la monjita, entre los terribles vejámenes que había soportado durante meses, y el buen humor, el aire saludable y la energía decidida que trasuntaba su persona. Cuando empecé a interrogarla del modo más afable posible, comprendí que, adoptando una actitud infantil y modosa, se acurrucaba contra el pecho de la madre superiora, para incitarla a responder en su lugar a mis preguntas, echándome de tanto en tanto unas miradas de reojo, entre provocativas y burlonas. Como las respuestas de la madre superiora no añadían ninguna novedad a lo que ya me había comunicado al recibirme, preferí diferir la entrevista para los días siguientes, dedicándome unos segundos a echar una ojeada por la habitación, para comprobar que un orden meticuloso reinaba en ella: la cama estaba arreglada sin una sola arruga, con una especie de capa negra desplegada con cuidado a los pies, y había también una mesa con un candelabro triple del que ni una sola gota de cera había caído fuera del pedestal, dos libros del mismo tamaño puestos uno encima del otro, un tintero de metal labrado con dos o tres plumas acostadas en la muesca horizontal de la base, un montoncito rectangular de hojas blancas bien alineadas del que ninguna sobresalía, y una silla de madera cruda cuyo asiento de paja estaba metido bajo la mesa. Incluso el almohadón del sillón de mimbre del que se había levantado al vernos entrar no parecía tener ninguna arruga, ningún hueco, como si el cuerpo de la muchachita que unos instantes antes había estado apoyado en él hubiese sido ingravido y

sin materia.

Cuando expresé el deseo de retirarme, anunciando que vendría unos días más tarde para ultimar los preparativos de la partida, la madre superiora, tal vez aliviada, retiró el brazo de los hombros de sor Teresita y se acercó a mí con la intención de acompañarme hasta la puerta de calle. La monjita no se movió de donde estaba pero, abandonando la actitud vulnerable que había adoptado un momento antes, se irguió de tal modo en el rayo de sol que entraba por la ventana que de pronto pareció más grande y más fuerte. Un ruido que al principio no logré identificar empezó a oírse en la habitación, hasta que me di cuenta de que, apretando los dientes e inflando un poco las mejillas, la monjita estaba acumulando y haciendo chirriar saliva en el interior de la boca, y todavía estaba preguntándome la razón, cuando vi que retorció de un modo obsceno la lengua, moviéndola en todas direcciones, lamiéndose los labios, entrándola y sacándola rítmica y rígida de la boca, y que había estado juntando saliva a propósito para, al mismo tiempo que efectuaba esos movimientos, hacerla chorrear y chirriar ruidosamente. Una expresión exagerada de éxtasis apareció en su cara, ya que entrecerró otra vez los ojos y, al mismo tiempo que echaba el bajo vientre hacia adelante y hacia atrás, sacudía despacio y con arrobo la cabeza mientras, a los costados del cuerpo, las manos hacían unos extraños movimientos lentos. Toda esa actividad súbita, excepción hecha quizás de los retorcimientos de lengua, me recordaron ciertas danzas colectivas que había visto algunas veces bailar a los esclavos africanos en el puerto de Buenos Aires, y tardé unos segundos en comprender que la sensación de extrañeza que causaban las contorsiones de la monjita, asimilables de algún modo a una danza, provenía de que, aparte del chirrido entrecortado de la saliva, las realizaba en medio del más completo silencio. El rosa de sus mejillas se encendió más todavía y, a causa del esfuerzo que le costaba producir saliva se propagó por toda su cara, pero cuando me volví hacia la madre superiora, que había abandonado todas sus reticencias respecto de mi persona y me miraba con una expresión de impotencia y de súplica, me fue fácil comprobar que el tinte rojizo, de vergüenza y de confusión quizás en el caso suyo, había ganado también su cara. El exabrupto de sor Teresita me fue de todas maneras de gran utilidad, ya que me permitió mostrar ante la madre superiora una gran calma, que no me abstuve de exagerar, para sugerirle lo corriente que parecía, ante los ojos de la ciencia, la conducta de la monjita. Cuando vi que a pesar de su pretendido éxtasis la hermanita de cuando en cuando nos observaba con disimulo para ver el efecto que su manera de comportarse producía en nosotros, me eché a reír, lo que desconcertó a la madre superiora pero no así a la monjita que abandonó su extraña actitud y después de contemplarnos durante unos instantes satisfecha y jovial, avanzó hacia nosotros. Han pasado treinta años desde aquella mañana, pero todavía hoy veo patente en mi recuerdo su manera curiosa de desplazarse, arqueándose de un modo imperceptible, echando el torso hacia adelante y las nalgas ligeramente hacia atrás, los brazos plegados con los codos hacia afuera y las manos que se cruzaban rítmicas a la altura del ombligo, contoneándose un poco, y a pesar de la fragilidad aparente de sus formas, adoptando, a causa de sus movimientos, de su expresión y de su agilidad, el aire viril de un muchachito. Se

plantó con desparpajo a un metro de nosotros y, sacudiendo el índice de la mano izquierda encogido hacia adentro para significarme que me acercara, tratando con firmeza afable de convencerme, como cuando se le habla con paciencia a un niño que no parece dispuesto a obedecer, me dijo: *Ven que te la chupe*. Con una exclamación, entre excedida y horrorizada, y aunque ya debía haber asistido a escenas semejantes muchas veces, la madre superiora se precipitó fuera de la habitación, pero con los locos yo había conocido situaciones mucho peores, y debo confesar que había algo cómico en el contraste entre la crudeza de la monjita y el recato excesivo de la madre superiora, incapacitada para ver las cosas desde un ángulo médico de modo que, sin inmutarme en lo más mínimo, y tratando de no mostrarme para nada escandalizado, encaré a la monjita con mi mejor sonrisa, explicándole que no había venido para eso, sino para ocuparme de ella en tanto que médico, y que como íbamos a vivir juntos de ahora en adelante era mejor que mantuviéramos buenas relaciones. Echándose a reír, sacó otra vez la lengua y, golpeteándosela un poquito con un dedo, me dijo después de hacerla desaparecer en la boca: *¿Así que no... ?* Le prometí que pasaría a verla esa semana y salí de la habitación. Mientras la madre superiora cerraba con llave, sor Teresita fue a colocarse en la ventana, detrás de la reja y, con tono alegre y juguetón, como si se tratase de un secreto que compartíamos los tres, empezó a decir en voz baja una serie espantosa de obscenidades, describiendo actos voluptuosos que supuestamente la madre superiora y yo nos disponíamos a cometer y de los que, sin haberlo merecido, ella estaba excluida. Cuando llegamos a su habitación, vi que la madre superiora tenía los ojos llenos de lágrimas y, apiadándome de ella, traté de consolarla explicándole que la demencia no debía ser juzgada por la moral ni considerada con nuestras categorías habituales de pensamiento. Al cabo de un momento, la madre superiora pareció sosegar y al despedirme de ella noté que su actitud hacia mí había cambiado, ya que daba la impresión de haber depuesto su desconfianza. Sin embargo, cuando nos separamos, persistió en mí la sensación desagradable de que la madre superiora no me había dicho toda la verdad acerca de la monjita.

Un testimonio inesperado me lo confirmaría unos días más tarde. Enterado de mi presencia en la ciudad, el doctor López, un médico local amigo de la familia Parra, me invitó a visitarlo, por cortesía por cierto, pero también para debatir conmigo algunos temas importantes para el ejercicio correcto de nuestra profesión, y con el fin de efectuar una consulta sobre un par de casos difíciles que él venía tratando desde tiempo atrás en el hospital. Ese hospital, que había sido de los jesuitas, y que desde su regreso a América, si mis informaciones son exactas, les fue restituido, estaba en aquellos años a cargo de los franciscanos, que lo habían por decir así anexado al convento vecino. Si algo puede dar una idea de la pobreza general que reinaba en esa ciudad, y de la que sólo unas pocas familias estaban al abrigo, es el hecho de que el Cabildo, el hospital y la cárcel funcionaban en el mismo edificio, un largo chorizo, como suele llamar la ironía idiomática local a toda construcción de una planta que, paralela o vertical a la vereda, se prolonga en una interminable fila de habitaciones, o en dos, separadas por un patio y unidas al frente por el cuerpo principal del edificio. En este edificio, en forma entonces de U recta, la fachada, en la que estaban insta-

lados el gobierno, la administración y un pequeño destacamento de policía, ocupaba una cuadra entera sobre la plaza principal, y de las dos alas que se extendían en los fondos hacia el río, una alojaba el hospital y la otra, que era como su reflejo más sombrío del otro lado de patio, la cárcel y la aduana.

Una vez que terminamos de examinar, entre una quincena de enfermos con los cuales no había problemas porque a simple vista se advertía que no habría de todos modos solución, los dos o tres casos espinosos que habían requerido una consulta, mi colega, un hombre ya mayor que me impresionó por su evidente experiencia y por su perspicacia, mirando a su alrededor como si temiese cometer una indiscreción, me dijo que había otro caso que quería someterme, pero que lo examinaríamos en una habitación contigua a la sala común, donde tenía el consultorio. Dicho esto, le hizo una seña a un enfermero de quien caí en la cuenta que, mientras efectuábamos la visita a la sala común, había estado rondándonos con insistencia. El enfermero salió de inmediato del consultorio y, a través de una ventana, lo vi cruzar rápido el patio en dirección a la cárcel. Apenas estuvimos instalados en su consultorio, mi colega me explicó las razones de tanto misterio: como ya todo el inundo sabía que yo había venido a la ciudad a buscar a sor Teresita para internarla en *Las tres acacias*, el enfermero, que era primo del supuesto violador de la monja, había suplicado al doctor que escuchara la versión, muy diferente de la que habían difundido las autoridades eclesiásticas, que daba de los hechos el jardinero del convento. Únicamente esas versiones contradictorias habían aplazado el fusilamiento del jardinero, pero los que lo defendían no habían logrado alejar de un modo definitivo esa amenaza. El doctor López estaba convencido de que el jardinero decía la verdad, y tenía total confianza en el primo, que era su colaborador principal desde hacía años. Una pequeña fracción del clero, sobre todo entre los franciscanos, lo sostenía, pero la Iglesia se negaba a admitir que la conducta de la monjita, puesto que la hipótesis de una intervención del demonio había sido rechazada, se debiese a causas por decir así naturales aunque inexplicables y prefería, tal vez con el fin de que el pecado de alguien exterior a la Iglesia explicara los hechos, sostener la culpabilidad del jardinero. El médico me dijo que el jardinero reconocía haber tenido relaciones carnales con la monjita, pero negaba del modo más enérgico, por no decir con horror, haberla violentado y, sobre todo, insistía en que, si se había encontrado en circunstancias que podían considerarse sacrílegas, había sido en forma inesperada y contra su voluntad.

A los pocos minutos pude escuchar, con mayores detalles, esa versión de los hechos de la boca misma del jardinero. A pesar de los meses de cárcel que llevaba padeciendo, su aspecto era el de un hombre vigoroso y sus maneras las de un individuo honrado, y debía ser más joven de lo que su aire agobiado por la situación lo hacía aparentar. Su relato me resultó bastante verosímil, sobre todo en su descripción del modo de actuar de la monjita, ya que coincidía mucho con varios casos similares que habíamos tratado con el doctor Weiss, y el jardinero no podía haber inventado por sí mismo ciertos detalles característicos de ese tipo de alienación. En la transcripción que haré de sus palabras me veré en la obligación, como creo haberlo ya advertido más arriba, de emplear algunos términos y giros que pueden sonar demasiado crudos a ciertos oídos que,

con no poca indulgencia hacia sí mismos, se consideran respetables, pero es necesario tener en cuenta que, en las enfermedades del alma, el vocabulario y la conducta de los sujetos que las padecen difieren por completo de los de las personas sanas. (El uso del latín, apropiado para un tratado científico, me parece inapto en el caso de esta memoria personal, que se dirige a lectores hipotéticos de los que no puedo prejuzgar si serán o no hombres de ciencia, detalle por otra parte secundario en lo relativo al presente manuscrito. Pero como reflexión más general: ¿cuál puede ser el objeto de poner en latín ciertas partes del cuerpo y ciertos actos que, al margen no sólo del latín sino de todo lenguaje, humanos y animales utilizan y realizan todos los días?)

El jardinero, desde el principio mismo de su relato, dio varias pruebas de sinceridad, al reconocer por ejemplo sus relaciones carnales con sor Teresita y también al referirse siempre a la monja sin la menor animosidad, como si a pesar de todo lo que había pasado y de la delicada situación en la que se encontraba, conservara hacia ella los más vivos sentimientos de simpatía. Para el jardinero, era la madre superiora la que se negaba a ver los hechos de frente, tal como habían ocurrido. Y otro detalle importante que parecía confirmar la sinceridad del jardinero, era la justificación que daba de su conducta: según él, le llevó mucho tiempo darse cuenta de que la monjita actuaba de manera extraña, y que las cosas que decía o que hacía, si él las había atribuido en un principio a una lubricidad exagerada, había en realidad que atribuírselas a la locura. El jardinero afirmaba que, durante todo el tiempo, era él quien se había sentido bajo la influencia de la monjita y que a veces incluso había tenido la sensación de que ella lo sometía a una especie de violencia. Esa incapacidad de reconocer la locura, no es de ningún modo algo poco corriente, y hasta me atrevería a afirmar que constituye más bien la norma, y que no se trata de un fenómeno que concierne a individuos aislados, sino a naciones enteras que, como la historia lo ha mostrado ya repetidas veces, bajo un influjo semejante al que invocaba el jardinero, se dejaron conducir al abismo por la extraña capacidad de persuasión que posee la lógica en apariencia sin defectos del delirio, aunque toda ella sea en sí defeción.

El jardinero dijo que llevaba ya unos meses trabajando en el convento sin siquiera haber reparado en la monjita que, excepción hecha de la juventud, no poseía ningún atractivo especial, y que las cosas hubiesen continuado sin duda de esa manera si las miradas insistentes de ella, que se volvían de lo más sugestivas cuando estaban solos, según nos lo dijo el jardinero en un lenguaje un poco más tosco que el que empleo treinta años más tarde para escribirlo, no hubiesen atraído su atención, intrigándolo bastante primero, sin pensar para nada en lo que ocurriría un poco más tarde, pero atrayéndolo después en esa dirección. Cuando le hizo algunas confidencias al primo que trabajaba en el hospital, hecho que el primo, que se hallaba presente, confirmó de inmediato, el primo le dijo lo poco que sabía de sor Teresita, a saber que si las Esclavas del Santísimo Sacramento tenían entre sus principales misiones la de ocuparse de las mujeres de mala vida, algunas personas murmuraban en la ciudad, en la que, como en todas las ciudades chicas si no todo se sabe todo cree saberse, que la hermanita, por una familiaridad excesiva con las mujeres de mala vida, y por ciertas extra-

vagancias en el lenguaje y en el modo de actuar, tenía una tendencia a extralimitarse en el ejercicio de su misión. Pero todo el mundo reconocía en ella una práctica auténtica de la caridad, y era muy popular entre los pobres, sobre todo aquellos que se habían entregado a la mala vida, no únicamente rameras que ejercían su comercio en los ranchos de las afueras o acompañaban a los soldados en sus expediciones, sino también desertores, cuatreros, ladrones, vagabundos, asesinos. Algunos afirmaban haberla visto fumando un cigarro, sentada a la puerta de un rancho, conversando y riendo con dos o tres rameras. Otros decían que no se negaba a tomar una caña si a alguien se le ocurría invitarla, e incluso había dos o tres que pretendían haberla visto una vez, con las mangas del hábito arremangadas, jugando a la taba con algunos gauchos y soldados, en el patio de una pulpería. Pero no eran más que rumores. De todos los que los hacían circular, ni uno solo había que, si lo apuraban, hubiese podido afirmar que había sido testigo de lo que contaba. El jardinero dijo que, al principio, la monjita le era sólo simpática; pero que un día, entrando de improviso en la capilla, la había visto trepada en el altar, pasando la mano por el paño del Cristo crucificado, a la altura de la entepierna. Al ver la escena, en la penumbra de la capilla, a la que había entrado estando todavía un poco deslumbrado por la claridad exterior, pensó que la monjita había estado limpiando la estatua, pero después vio que irguiéndose en puntas de pie sobre la silla en la que se había encaramado para llegar mejor a la altura que quería alcanzar, la monjita se puso a lamer el paño en el mismo lugar por el que acababa de pasar la mano. Sin querer, el jardinero hizo un ruidito que la incitó a darse vuelta, escrutando un poco la penumbra hasta que lo descubrió en el fondo de la capilla. Dijo el jardinero que él esperaba que la monjita, al verse sorprendida, iba a pasar un mal rato o a enojarse con el intruso que la estaba espiando, pero que, para su sorpresa, le sonrió sin mostrar el menor signo de turbación, y encaramada y todo en la silla como estaba, le hizo señas para que se acercara lo cual, cuando el jardinero me lo contó, me recordó el índice encogido y la sonrisa llena de sobrentendidos con los que, unos días antes, la hermanita me había incitado a dar unos pasos en su dirección.

Con la sinceridad precipitada y llena de detalles probatorios de quien, abogando por sí mismo, juega su última carta, el jardinero nos relató, con el apoyo de repetidos cabeceos de aprobación por parte de su primo y del doctor López, sus relaciones con sor Teresita, que habían comenzado a los cinco minutos del primer encuentro, en el suelo mismo de la capillita, al pie del altar. Según el jardinero, él se había resistido en un primer momento, a causa justamente del lugar en el que se encontraban, pero la monjita lo había convencido diciéndole que en ninguna parte del Evangelio o de las doctrinas de la Iglesia, el acto que iban a realizar y sobre todo el hecho de realizarlo donde se disponían a hacerlo, estaban condenados por algún texto, lo cual podía quizás ser cierto, aunque es necesario agregar que, a causa de su enormidad misma, hasta a los más puntillosos Padres de la Iglesia, a los que pocas circunstancias posibles del pecado se les escapaban, debe haberles parecido superfluo condenarlos de un modo explícito. Más aun: según la monjita, Cristo le había ordenado varias veces consumir la unión carnal con la criatura humana, y la unión divina con el

Espíritu Santo, para alcanzar de esa manera la perfecta unión con Dios, ya que después de la resurrección y la subida al reino de los cielos, el principio divino y el elemento humano de Cristo, que se habían reunido en la Reencarnación, estaban de nuevo separados, y mientras que el primero se había instalado a la diestra de Dios, el segundo se hallaba disperso entre los hombres.

Es obvio que el jardinero hubiese sido incapaz de expresar lo que antecede en tales términos, de modo que debo aclarar que, para redactar estos detalles, me baso en los escritos de la propia sor Teresita, un rollo de papeles atados con una cinta celeste que la monja le confió en secreto al jardinero cuando estalló el escándalo y que el jardinero, que no sabía leer, le entregó a su primo el enfermero, el cual lo depositó finalmente en el consultorio del doctor López. El manuscrito de la monjita, titulado *Manual de amores*, consigna con muchos detalles un período de delirio místico, anterior en algunos meses a los episodios que nos narra el jardinero, y es una mezcla de prosa y poesía en la que sor Teresita describe la pasión mutua que vivieron ella y Jesucristo desde que él se le apareció por primera vez en el Alto Perú. Vale la pena hacer notar que los enfermos mentales, cuando poseen cierta educación, tienen casi siempre la tendencia irresistible a expresarse por escrito, intentando disciplinar sus divagaciones en el molde de un tratado filosófico o de una composición literaria. Sería erróneo tomarlos a la ligera, porque esos escritos pueden ser una fuente inapreciable de datos significativos para el hombre de ciencia, que en la palabra escrita tiene a su disposición, al abrigo de la fugacidad del delirio oral y de las acciones fugitivas, una serie de pensamientos disecados, semejantes a los insectos inmovilizados por un alfiler o a la flora seca de un herbario en los que concentra su atención el naturalista. Nada le pareció más normal a mi colega por lo tanto que confiarme en forma definitiva los escritos de sor Teresita. (La consideración de la mística, aun partiendo de la hipótesis de la inexistencia del objeto que la provoca, justifica de todos modos su estudio, porque si bien el objeto es imaginario, el estado que suscita la creencia en su realidad es indiscutiblemente auténtico. En el miedo a los fantasmas por ejemplo, los fantasmas son desde luego inexistentes, pero el miedo es bien real, y merece un estudio detenido, al igual que los fenómenos ópticos o la posición de los astros.)

Resumida, la doctrina del *Manual de amores* es una especie de dualismo, que se basa en la separación de lo divino y de lo humano después de la resurrección de Cristo, y en la creencia de que el amor, en la constitución de cuya esencia participan los dos elementos, es la única fuerza capaz de ponerlos en contacto y realizar de nuevo la unidad. Sor Teresita pretendía que su doctrina le había sido revelada por el propio Cristo en el Alto Perú, y como sus tentativas de unión carnal con el Crucificado estaban imposibilitadas por la separación metafísica de los dos mundos, practicando el amor físico con la mayor cantidad posible de seres humanos, y puesto que el amor participa de la doble esencia, se podía realizar la unidad. Cada ser humano que practicaba el amor, espiritual y físico, era durante el acto una reencarnación de Cristo. A decir verdad, toda la primera parte del *Manual* difiere poco y nada de la mayor parte de los escritos místicos cristianos, e incluso diría que sor Teresita los imita demasiado, lo que explica cierto arcaísmo en su estilo, pero a medida que se avanza en la lectura,

se tiene la penosa impresión de que la autora del tratado se detiene demasiado explicando las similitudes del amor espiritual y del amor carnal con el solo fin de regodearse en la descripción del amor físico en todas sus variantes, y hacia el final, en las últimas páginas (el texto está inacabado), las ideas son cada vez más incoherentes, las descripciones más procaces, y las oraciones se transforman en meras listas repetitivas de vocablos obscenos. No son por cierto las especulaciones teológicas de sor Teresita, puesto que la superstición oficial difunde todos los días sofismas mucho más descabellados, las que la pusieron en manos del doctor Weiss, sino el vocabulario rebuscadamente salaz de la última parte, y la frenética traducción en actos de su teología. Unos meses después de haber ingresado en la Casa de Salud, empezó a producirse en sor Teresita una curiosa evolución, que la llevó a tener una conducta en todo opuesta a la que había requerido su internación: su pasión por Cristo se fue transformando poco a poco en un odio desmedido, y no podía ver un crucifijo o una efigie representándolo, sin entrar en un acceso de furor que la inducía a cubrirlos de injurias y a pisotearlos hasta hacerlos pedazos. Al mismo tiempo, su inclinación frenética por la obscenidad, la fornicación, etcétera, se fue transformando en un rechazo violento, y su energía jovial, que tanto me había llamado la atención la primera vez que la vi, se transformó en una especie de pasividad bovina, aumentada por el hecho de que una voracidad enfermiza se apoderó de ella. Al cabo de tres años, la Iglesia, que mandaba regularmente visitantes a la Casa para seguir la evolución de su enfermedad, decidió que estaba curada, y la criatura que retiraron para mandar de vuelta a España era una especie de bola de carne cubierta por el hábito negro, una mujer de edad incierta, silenciosa, que se movía con la lentitud y la torpeza de una vaca, de ojos remotos y apagados, y en la que el único signo exterior de vida eran las mejillas rojas, lisas y brillantes, en un rostro redondo tan inflado que parecía a punto de reventar.

Pero el orden de mi relato se pervierte. El caso del jardinero prueba con claridad un hecho muchas veces observado: nada puede llegar a ser más contagioso que el delirio. Del relato de ese hombre simple, más perplejo que aterrado por la situación en la que se encontraba, podía inferirse sin demasiado esfuerzo que, si se había dejado arrastrar con pasividad incomprensible por esa pendiente de lujuria y sacrilegio, era menos a causa de su temperamento voluptuoso que de su credulidad. Agustín —era el nombre del jardinero—, encandilado por los argumentos teológicos, el entusiasmo místico y, como he podido comprobarlo tantas veces, la simpatía comunicativa de sor Teresita, había creído sinceramente en la necesidad religiosa de sus actos y, durante meses, se había prestado a todos los caprichos voluptuosos de la monjita. Si se tiene en cuenta que el primer acto lo habían realizado al pie del altar, y según el jardinero la hermanita acostumbraba hablar con Cristo por encima de su hombro mientras lo realizaban, es fácil suponer que, a partir de ese primer sacrilegio, lo que vino después no podía ser sino mucho más frenético y descabellado. Por curioso que parezca, todavía en el momento en que Agustín nos detallaba esas increíbles aberraciones que estaban llevándolo ante el pelotón de fusilamiento, daba la impresión de seguir creyendo en el valor religioso de todos sus actos, y no parecía dudar ni de la sinceridad ni de la necesidad que habían llevado a sor Tere-

sita a empujarlo a su realización. También ella parecía conservar, hasta que dejó la Casa de Salud y se fue a España, un afecto particular por el jardinero, y cuando se refería a él lo hacía siempre con deferencia amistosa. Durante el viaje a la Casa de Salud, la hermanita me dijo un día, bajando la voz y adoptando un tono confidencial, que a Agustín lo habían metido preso y lo querían fusilar *porque la tenía así de grande*, y acompañó su declaración realizando un ademán obsceno, consistente en poner las palmas de las manos a unos treinta centímetros una frente a la otra y a sacudirlas verticalmente y las dos al mismo tiempo de un modo significativo. Era evidente que, después de ese trato íntimo que se prolongó durante meses, cada uno se había convencido de la inocencia del otro, y trataban de convencer de eso a los demás. El jardinero, con su argumentación circunstanciada, abogaba a la vez por su propia persona y por sor Teresita, y si la monja parecía tener una certidumbre inquebrantable en cuanto a la fuente de la que emanaba la legitimidad de su misión, lo cual la eximía de disculparse o al menos explicarse sobre su conducta, haciéndola adoptar una actitud de total indiferencia, más aún de jovial lubricidad ante sus acusadores, en cada uno de sus gestos y palabras mostraba su evidente confianza en Agustín, del que hablaba siempre no como de un amante, sino más bien de un amigo, lo que tal vez exponía todavía más al jardinero a la animosidad de sus acusadores, pero que para cualquier observador imparcial arrojaba una luz nueva sobre sus relaciones. Después de tanto ejercer mi profesión en varios hospitales de Europa, mi contacto con religiosas y otros miembros del clero ha sido más que frecuente, y si he encontrado a menudo entre ellos personas abnegadas, inteligentes, serviciales y de buena fe, debo consignar aquí que si tuviese que encontrar un rasgo común en todas ellas, ese rasgo es la evidente carencia de todo elemento religioso en su manera de pensar y de actuar, lo cual dicho sea de paso facilitó mucho nuestras relaciones. Esas personas compasivas, eficaces y sensatas, gracias a la constitución resistente que les había otorgado la naturaleza, estaban al abrigo de todo lo que los sentimientos y las ideas religiosas tienen de disolvente y de devastador y, en vez de lamentarlo, tendríamos que estar agradecidos de que el temperamento religioso sea un fenómeno rarísimo. Así como el mundo está lleno de buenos y de malos poetas, de pensadores obvios y pertinentes, de científicos inoperantes, de falsos profetas y de pretendidos hombres providenciales, así también ha sabido ser avaro en religiosos auténticos, y debo declarar que, a mi juicio, la única persona verdaderamente religiosa que conocí en mi vida fue sor Teresita, y lo fue sólo durante un tiempo limitado, porque cuando dejó la Casa de Salud, apagada y gordinflona, con el botoncito rojo de la nariz perdido entre los cachetes carmín ya no lo era. El amor que sentía por Cristo era intenso y sincero, y especular sobre si lo manifestaba en forma adecuada es ocioso, porque a mi modo de ver si ese objeto tan alto de adoración existe de verdad, aunque yo pondría más bien al azar en el trono que se le tiene asignado, sería difícil determinar cuál es la correcta entre las tantas formas diferentes de adorarlo que sus fieles han imaginado.

La historia que el jardinero nos contaba en el consultorio del doctor López anunciaba, como desenlace, la catástrofe que no tardó en producirse: un día los sorprendieron en pleno acto de sacrilegio en el suelo de la capillita, frente al

altar, de modo que la aventura, cuando el tribunal del Santo Oficio tomó cartas en el asunto, terminó en el mismo lugar en el que había comenzado. Después de muchas deliberaciones y ante la obstinación de sor Teresita en afirmar que todos los actos cometidos le habían sido ordenados por el propio Cristo en el Alto Perú con el fin de restablecer la unidad del amor divino y del amor humano que habían sido separados después de la resurrección, las autoridades religiosas dictaminaron que sor Teresita había perdido la razón como consecuencia de las violaciones y otros vejámenes reiterados a los que la había sometido el jardinero, al que habían metido en la cárcel, donde esperaba desde hacía varios meses el proceso que lo condenaría con toda seguridad a la pena capital. (Un tiempo más tarde, una carta del doctor López me informó que, unos días antes de que el juicio tuviese lugar, el jardinero logró evadirse de la cárcel, y como tantos otros que tenían, debidas o no, cuentas que arreglar con la Justicia, desapareció en la llanura. Recibí la noticia con alivio y me apresuré a transmitírsela a la monjita que, como único comentario, me hundió repetidas veces el índice diminuto de la mano derecha en el estómago, a modo de felicitación o de reconocimiento, como si la evasión de Agustín hubiese sido obra mía, y aprobó con lentas sacudidas de cabeza.)

Un proyecto íntimo durante ese viaje profesional había sido, si mis ocupaciones me lo permitían, cruzar un día a la Bajada Grande para visitar los lugares en que había transcurrido mi infancia. Ningún vínculo afectivo, como no fuesen los recuerdos todavía frescos de mis primeros años, me ligaba a la orilla opuesta, porque, al retirarse mi padre de los negocios, mi familia se había vuelto a España el año anterior a la instalación de *Las tres acacias*, pero la idea de cruzar el gran río, y divisar desde el agua al ir llegando, como lo había hecho tantas veces con mi padre cuando navegábamos entre las islas, las barrancas que caen a pique en el agua rojiza, templaba por anticipado mi exaltación. Por desgracia, la misma causa que me demoró más de lo debido en la ciudad, dilatando hasta el hartazgo el ocio requerido para realizarla, desbarató mi proyecto de excursión: la habitual crecida de invierno de esos ríos que bajan hacia el sur, en general muy grande, vino ese año insidiosa, bárbara y desmesurada. Insidiosa porque de hora en hora, de minuto en minuto, durante meses, sus aguas iban subiendo de nivel y cubriendo poco a poco, de un modo imperceptible, cada vez más lejos de las orillas habituales, las tierras costeras; bárbara porque, a pesar de su crecimiento subrepticio, alguna subida brusca, desbordando los límites de las tierras anegadas, sumergía de golpe, arrasando todo a su paso, un vasto territorio, y también porque, modificando la vida originaria de las tierras generalmente secas, y desplazando hasta la exageración las orillas, trastocaba las costumbres, el arraigo y el vivir entero de hombres, animales y plantas, arrancándolos con violencia de su lugar habitual y dispersándolos hasta depositarlos, con anacronismo salvaje, en los rincones más inesperados de la región; y desmesurada porque, en razón de ese crecimiento largo y constante, el agua enturbada por los nuevos suelos que irrigaba a su paso, adquiriendo un color incierto que según los lugares podía ser amarillo sulfuroso, marrón rojizo o negruzco atravesado de filamentos verdosos, fue ganando las tierras en dirección oeste hasta cubrir la llanura, por mucho que un observador se desplazara en ella a pie

o a caballo, en todo el horizonte visible.

La inundación retrasaba a los enfermos que esperábamos, provenientes de Córdoba y del Paraguay, y al mismo tiempo nos confinaba en la ciudad. Todo estaba trastocado: los correos, los coches de posta, el transporte de mercaderías. Las horas y los días de partida y de llegada, en general inciertos, se volvieron caprichosos, por no decir extravagantes. Ciertas mercancías que no se producían en las inmediaciones, como el azúcar, la yerba y el vino por ejemplo, empezaron a escasear. Previsor, el señor Parra había acumulado de todo un poco en un cuarto que hacía las veces de depósito y de despensa, y cuya llave estaba en manos de una esclava que tenía a su cargo todo lo relativo a las cuestiones de víveres y de cocina. El señor Parra me explicó que habiendo tantas personas que dependían de él, familiares, empleados y esclavos, era su obligación prever con mucha anticipación hasta los detalles más insignificantes para ir evitando las contrariedades a medida que se presentaban. En aquellos años, el aislamiento de esos poblados, a muchas leguas de distancia unos de otros, dispersos en esos desiertos inacabables y salvajes, obligaba a sus habitantes a estar todo el tiempo alertas para enfrentar los peligros más variados, a los que ese lugar poco civil los exponía a cada momento. (Hoy, según me han informado algunos amigos, las amenazas no vienen del desierto y los terrores no los dispensan los elementos desencadenados, sino el gobierno.)

En ese ocio forzado no me quedaban, fuera de las obligaciones mundanas, de lo más sencillas por otra parte, y de las visitas regulares a mis dos enfermos, otras ocupaciones que la observación, la reflexión y la lectura. Para permitirme ejercer esta última actividad, el señor Parra puso a mi disposición su biblioteca que, como creo haberlo dicho, era de lo más variada y abundante a pesar del aislamiento de la ciudad, y, como si eso no bastase, confirmando la delicadeza de su temperamento, me regaló los seis volúmenes de una traducción francesa de Virgilio, poeta por el que descubrimos nuestra común admiración, de modo que su lectura, mientras mi tiempo me lo permitía, se prolongó hasta que divisamos por fin el edificio chato y blanco de *Las tres acacias*. Cada una de las vicisitudes de nuestro viaje está relacionada para mí con algún verso de Virgilio, y aún hasta el día de hoy las sensaciones ásperas de la travesía y la música delicada y sabia de los versos se penetran mutuamente en mi memoria y se confunden en un sabor único, que pertenece de un modo exclusivo a mi propio ser, y que desaparecerá del mundo conmigo cuando yo desaparezca. Más de una vez me vi a mí mismo atravesando la llanura como Eneas el mar adverso y desconocido, y una emoción honda me asaltaba al vislumbrar para mí, en medio del desierto, un destino semejante al de Palinuro, el piloto que, dejándose sorprender por el sueño, cae al mar y se pierde para morir *abandonado y desnudo en una arena ignorada*. Más de una vez vi, con más nitidez que las cosas espesas y compactas que me rodeaban, el montoncito anticipado de mis huesos blancos espejear al sol en algún rincón remoto de la llanura. Pero sigue siendo la cuarta Bucólica la que, entre los poemas breves, tiene todavía hoy mi preferencia: el anuncio de una edad de oro cuando tantas catástrofes desmienten su improbable advenimiento, no depende de la voluntad armada de los héroes, sino de la sonrisa del niño a la madre que lo soportó en sus entrañas durante nueve pesa-

dos meses; a ese reconocimiento risueño de la vida, el poeta promete la mesa de Júpiter y la intimidad de la diosa. Y ninguna esperanza irrazonable motiva la visión: la nueva edad de oro no será un premio o una conquista, sino un don injustificado del destino y advendrá, no porque los hombres se la hayan ganado, sino porque las Parcas, un día cualquiera, por puro capricho, dirán que sí.

El que no ha visto como yo en un anochecer lluvioso de invierno una de esas ciudades perdidas de la llanura, cuando las primeras luces vacilantes comienzan a encenderse, y todo lo visible se iguala enterrado bajo la doble capa de la noche y de la intemperie, quizás cree haberla experimentado alguna vez, pero no conoce de verdad la tristeza. Acorralados por la inundación como estábamos, también la prisión del mundo, reforzada por ese cerco de agua, férrea, se duplicaba. De no ser por la simpatía de la familia Parra, por las conversaciones apasionantes con el doctor López, y sobre todo con el señor Parra, aparte de las frases banales y de los saludos banales intercambiados al pasar con la gente de la ciudad que ya se estaba acostumbrando a mis paseos cotidianos, ningún afecto verdadero me ligaba con nadie. Ese sentimiento de soledad se hacía más fuerte todavía cuando en las mañanas claras podía distinguir, más allá de las leguas de islas y agua que me separaban de ellas, las colinas de Entre Ríos, en las que había jugado toda mi infancia. Pero por sobre todo extrañaba la compañía estimulante y vivaz del doctor Weiss, las largas conversaciones de sobremesa atravesadas por los chispazos constantes de su genio y de su ironía; él constituía mi verdadera familia, no porque yo renegase de los de mi sangre, sino porque a través de él descubrí un nuevo parentesco, el que une a todos aquellos que, diferenciados por rasgos propios del nivelamiento sin brillo que imponen a veces los lazos de sangre, buscan al margen de esos lazos nuevas afinidades que comprendan y fecunden esas diferencias. Y puedo decir que las únicas dos amables alegrías personales que experimenté durante mi estadía en la ciudad, fueron las dos largas cartas del doctor que los rodeos laboriosos de un correo más que irregular trajeron hasta mí. En la primera de ellas sobre todo, el doctor me explicaba que el traslado de los enfermos hubiese podido organizarse de otra manera, sin requerir mi participación en el viaje, pero que él prefirió mandarme para alejarme un tiempo de su lado, porque según el doctor yo estaba demasiado acurrucado bajo su sombra, y él deseaba que, llevando a bien la tarea riesgosa y difícil que me encomendaba, yo fuese capaz de volar con mis propias alas. Al leer esas líneas generosas, me llené de orgullo y de alegría, y supe al fin que el verdadero maestro no es el que quiere ser imitado y obedecido, sino aquél que es capaz de encomendar a su discípulo, que la ignoraba hasta ese momento, la tarea justa que el discípulo necesita.

Aparte de esas dos cartas que aún hoy me acompañan, las pocas novedades que lograban penetrar en la ciudad tenían un rasgo común: eran todas malas. El norte y el oeste, por donde debían aparecer por fin, si alguna vez aparecían, mis enfermos, sólo soportaban dos o tres males, la lluvia, el frío y la inundación, pero en el sur, es decir en la dirección que debíamos tomar apenas estuviésemos listos, una calamidad suplementaria se agregaba: el cacique Josesito. Con cada nuevo mensajero, nuevos desmanes de su banda, en los que nunca faltaba el inevitable concierto de violín sobre ruinas humeantes y cadáveres martiriza-

dos, nos eran referidos con todos sus insoportables pormenores. Cuando Osuna oía estos relatos, arrugaba la frente y chupaba más hondo y con más frecuencia, mordiéndolo más fuerte que de costumbre, su cigarro. Tardó unos días en explicarme, ante mi insistencia desde luego, el motivo de su inquietud: a causa de la inundación, toda la línea de postas entre el Paraguay y Buenos Aires había desaparecido, y no únicamente el Paraná sino todos sus afluentes venían crecidos, de modo que las tierras estaban inundadas bien adentro hacia el oeste, lo que nos obligaría a hacer un largo rodeo en campo abierto por el noroeste antes de dirigirnos hacia el sur, o sea que deberíamos viajar en pleno desierto donde no había ni postas ni caminos, y donde justamente señoreaban el cacique Josésito y su banda de indios alzados. A Osuna le sobraban ciencia y valor para conducirnos por campo abierto, de manera que no era el miedo lo que le hacía arrugar la frente, sino la preocupación profesional que calculaba de antemano, estimando al mismo tiempo las posibilidades de sortearlos, los obstáculos que el camino nos interpondría y de los cuales el cacique Josesito parecía ser el principal. De modo que una mañana, dos o tres días después de nuestra conversación, me anunció que salía a explorar los alrededores para ver cómo se presentaban las cosas, y desapareció durante una semana. Cuando volvió, las perspectivas no eran por cierto más tranquilizadoras, pero sí más precisas que antes de su partida.

Había galopado primero hacia el norte hasta encontrar los carromatos que bajaban del Paraguay. Venían retrasados pero llegarían, según los cálculos de Osuna, si ningún accidente los demoraba, unos cinco días más tarde. Osuna me entregó una carta en la que un colega de Asunción me informaba de la presencia de un enfermo suplementario en la caravana. El jefe de la misma debía entregarme una suma de dinero que cubría los gastos de internación en la Casa de Salud durante un año. Osuna me informó también acerca de los carromatos destinados a los otros enfermos; los había en número suficiente y todo parecía en orden. También había ido al encuentro de la gente que venía de Córdoba. Avanzaban mucho más rápido porque viajaban a caballo, pero habían salido con demasiado atraso de la ciudad, aunque Osuna ignoraba cuáles eran las razones. En cambio, no parecía haber ningún enfermo entre ellos. Es verdad que los había cruzado rápido, cuando bajaba hacia el sur para saber cosas más precisas sobre Josesito, de modo que no había podido entrar en más detalles con ellos, pero se encontró ante un pequeño grupo de jinetes que galopaban con mucha animación, despreocupación y libertad por el desierto y cuyo jefe, que parecía un hombre rico y autoritario, pero que le había hecho un par de bromas que fueron acogidas con risotadas por los otros jinetes, le había querido dar unas monedas por las molestias que según él suponía el hecho de haber ido a su encuentro, pero él, Osuna, las había rechazado y había seguido galopando hacia el sur. No me costó mucho adivinar que a pesar del aire displicente que adoptaba al contármelo, Osuna se había sentido molesto y hasta un poco humillado por la falta de tacto desconcertante de ese grupo de jinetes. Y por último, internándose en dirección al sur, había hecho algunas indagaciones sobre las correrías del cacique y de su banda, y no sólo había escuchado diversos testimonios, sino que alcanzó a ver incluso los signos de una masacre reciente: un par de

carros carbonizados y varias osamentas limpiadas no hacía mucho por tigres, caranchos y hormigas. Tales fueron las novedades que Osuna me trajo de vuelta de sus siete días de cabalgata.

En los casi dos meses de estadía en la ciudad, el frío cejó un poco solamente un par de días para pasar, a través de un corredor tormentoso, de un tiempo glacial y pálido, seco y soleado, a un invierno gris, penetrante y lluvioso. Las cortas horas diurnas transcurrían en una penumbra grisácea, y hasta el horizonte cercano, bajo un cielo oscuro, todas las cosas visibles relumbraban apagadas, saturándose de agua. En las calles cercanas al río era posible pasear bajo la lluvia, porque el agua endurecía el suelo arenoso, pero en la parte de la ciudad opuesta a la costa, hacia el oeste, un barro chirle y re vuelto, pegoteándose a las botas, dificultaba la marcha; y en una calle de las afueras, vi una mañana a un caballo resbalar varias veces seguidas, más peligrosamente cuanto más trataba de afirmarse, hasta dar un panzazo sonoro contra el barro chirle y rojizo, y quedarse sacudiendo sin resultado las patas en el aire y emitiendo unos extraños ruidos de los que no se sabía si venían de la garganta o de la nariz y si eran relinchos o quejidos. De noche, el ruido de la lluvia, goteando espesa y continua, o irregular y entrecortada cuando amainaba un poco, podía oírse no únicamente en el espacio cercano que el oído alcanzaba, sino también en la vasta noche imaginaria, que parecía abarcar el universo entero, tan negra y fría que daba la impresión de provenir, más allá de los sentidos y del pensamiento, de un lugar improbable, exterior al espacio mismo que ocupaba.

Una mañana, dos o tres días después de la vuelta de Osuna, el señor Parra en persona, muy temprano, vino a llamar a mi puerta: un hombre que había llegado de Córdoba la noche anterior quería hablar conmigo de manera urgente. Según el señor Parra, por la forma de vestir parecía una persona importante y —esto lo dijo bajando la voz y un poco amoscado— probablemente acostumbrada a mandar. Por el tono del señor Parra me di cuenta de que el visitante lo había ofendido en algo y me acordé de la historia que me había contado Osuna acerca de las monedas, así que me apresuré a vestirme, porque el señor Parra, que en general era tolerante y afable, parecía haberse impacientado con el visitante y prefería que yo me hiciera cargo de él lo antes posible. Con una mirada de reconocimiento, en la que traté de poner en evidencia cuánto lamentaba los trastornos que le estaba acarreado mi estadía en su casa, lo invité a entrar, y mientras terminaba de vestirme lo interrogué más a fondo sobre el personaje que había venido a sacarme de la cama, sin ningún escrúpulo, a una hora tan temprana en esa mañana helada y lluviosa: el señor Parra, deponiendo su orgullo y superando con estoicismo su malhumor, me contestó que cuando la sirvienta fue a anunciarle la visita, al parecer muy impresionada por el personaje, él se había desplazado para recibirlo personalmente en la puerta de calle. Vestido con una elegancia meticulosa a esa hora tan temprana y por ese tiempo imposible, erguido y corpulento, muy seguro de sí mismo y trayendo un libro en la mano con el dedo índice metido entre las páginas para no perder la que estaba leyendo, había que reconocer, dijo el señor Parra, que producía un efecto inmediato y contundente. Sus modales un poco altaneros, él los atribuyó a la timidez que producen a veces los desconocidos estimulando una soberbia pasaje-

ra que expresa menos cierta desconfianza hacia los demás que hacia sí mismo. Como pidió hablar de manera urgente con el doctor Real, ya que tenía que consultarlo sobre un asunto de la máxima importancia, el señor Parra lo hizo pasar en seguida a su estudio y el visitante, dejando de prestarle atención, con una actitud que podía parecer descortés, empezó a examinar la biblioteca, emitiendo de tanto en tanto algunos sonidos de los que era difícil saber si expresaban aprobación o rechazo, y sacudiendo la cabeza, por momentos de modo afirmativo y más tarde negativo o dubitativo. Era con toda seguridad un hombre de ciencia y si su conducta podía parecer un tanto indelicada, no había hasta ese momento ningún reproche preciso para hacerle. Salvo que, cuando el visitante percibió el busto de Voltaire, sacudió la cabeza como podría hacerlo un médico ante un enfermo irrecuperable y, emitiendo una risita sarcástica, dejó escapar en forma involuntaria, pero con un tono de lo más grosero y despectivo, la palabra *bribón*. Eso había sido demasiado difícil de soportar para el señor Parra que, anunciándole a su visitante que salía a buscarme, había venido a golpear a mi puerta.

Salimos apresurados a la mañana gris y cruzamos el patio frío y lluvioso, yo terminando todavía de vestirme para ir a recibir al que, no me cabía duda, debía de ser el perentorio colega cordobés que en medio de la llanura, a la cabeza de un grupo de jinetes fuertes y demasiado expansivos, había ofendido a Osuna tendiéndole un par de monedas de plata. Yo iba decidido a mantener un diálogo profesional adusto y lacónico con el visitante, para hacerle pagar con un poco de severidad las faltas de delicadeza cometidas hacia dos personas por las cuales sentía mucha estima, así que antes de entrar en la biblioteca adopté en forma deliberada una actitud de la que estaban excluidas toda cortesía y toda familiaridad, pero al verme entrar el visitante desbarató mis propósitos con una acogida demasiado cordial, casi entusiasta. Abalanzándose para recibirme, me estrechó la mano durante un momento sacudiéndola con energía, y después de preguntarme si yo era de verdad el doctor Real, me dijo que desde hacía varios meses, desde que había comenzado la correspondencia con la Casa de Salud a decir verdad, estaba impaciente por conocerme, así como al doctor Weiss, de quien le habían llegado las más estimables referencias. Era un hombre alto y corpulento, y, de no haber sido por un vientre ligeramente prominente, con una verdadera complexión de atleta, pero aun a pesar de su obesidad incipiente, daba una impresión inmediata de fuerza física, sobre todo de una energía vital indefinible, casi excesiva, y como debía andar por los treinta y cinco años más o menos, de no haber sido por algunas canas que blanqueaban un poco en las patillas y detrás de las orejas su revuelta y limpia melena castaño oscuro, hubiese podido constituir la imagen misma de un hombre en plena madurez. Pero había además de exuberancia física, un exceso de volubilidad en su conversación, y a pesar de la elegancia con que llevaba puesta su ropa cara —capa gris perla, chaqueta oscura por la que salían los volados de su camisa en impecables borbotones blancos, pantalones de casimir inglés marrón claro que desaparecían en las cañas altas y lustrosas de las botas de un marrón un poco más oscuro y de innegable procedencia europea, cuyo aspecto no menos immaculado que el resto me hizo preguntarme, cuando observé el detalle, cómo diablos se las había

arreglado para que ni un solo rastro de barro fuese visible en toda la superficie del cuero incluso en la proximidad de las suelas— toda su persona delataba una especie de olvido de sí mismo, como si el momento de vestirse y acicalarse con tanto cuidado antes de salir hubiese transcurrido en un pasado tan lejano y en un mundo tan diferente de éste en el que estábamos en ese momento, que ahora debía yacer ya para siempre oscuro y olvidado, aunque en la realidad común a todos los seres y las cosas, no datara de más de quince o veinte minutos. Nuestro visitante, que parecía sentir por mí una consideración ostentosa, trataba al señor Parra, que apenas si lograba disimular su indignación, con condescendencia deliberada, y dirigiéndose únicamente a mí, no sólo hacía todo lo posible por ignorarlo, sino que incluso parecía calcular adrede cada uno de sus movimientos con el fin de darle siempre la espalda. En lo relativo a su conversación, debo decir que comenzó con una serie de elogios hacia mi persona desproporcionados con el verdadero alcance de mi reputación, que desaparecía, y con justicia, eclipsada por la del doctor Weiss, pero en seguida, y casi sin transición, se transformó en un verdadero interrogatorio profesional e incluso filosófico, con la fastidiosa característica de que las preguntas iban superponiéndose unas a otras sin darme tiempo a suministrar las respuestas, de las que nuestro visitante, que me observaba con insistencia indiscreta, parecía desinteresarse por completo a medida que me interrogaba. Esa situación forzada se prolongó durante unos minutos, y aun cuando no hubiese visto las burbujitas de saliva en la comisura de sus labios y la fijeza que de pronto adquiriría su mirada, ya su conversación precipitada que iba pasando de un tema a otro sin demasiada continuidad lógica, y esa sensación de energía entusiasta, tan poco adecuada a las circunstancias, que irradiaba su persona, me hicieron comprender que no me encontraba ante un colega, sino ante el paciente que esperábamos de Córdoba, como su acento lo ponía en evidencia. Por su manera de conducirse, que delataba los síntomas inequívocos de la manía, no podía tratarse más que del señor Troncoso que su familia, una de las más ricas de Córdoba, enviaba para su internación en *Las tres acacias*. Una conducta habitual en este tipo de enfermos es precisamente ese aire de superioridad que adoptan en presencia de sus médicos, y la táctica de venir a mi encuentro sin darse a conocer de manera explícita para poner a prueba mi perspicacia y aún, si fuese posible, mi total inepticia, un modo bastante corriente de presentarse. En su gesto había también una tentativa, bastante hábil por otra parte, por disimular su locura, como esas personas que han bebido y, para que no se note del exterior, tratan de adoptar las poses que ellos creen más naturales, sin darse cuenta de que son justamente esas tentativas las que delatan la borrachera. El señor Parra, poco habituado a ese tipo de locura, se mostraba cada vez más irritado por lo que él creía un caso extremo de mala educación, de modo que le dirigí una señal de connivencia con la mirada, incitándolo a calmarse y, encarando a nuestro visitante, le pedí en forma autoritaria que se callara y lo invité a sentarse. Aunque obedeció, vi por su estado de excitación que no me resultaría tan fácil calmarlo. (Los raptos de manía se caracterizan por una excitación continua, que va en aumento y que no tolera ninguna interrupción, ni siquiera la del sueño, y uno de los síntomas que aparecen a menudo es justamente el insomnio. En pleno ataque, un enfermo puede

pasar varios días sin dormir, sin perder ni fuerza, ni apetito, ni vivacidad. Cuando pasa, el acceso da lugar a largos períodos de melancolía; por el contrario, durante las crisis, el aumento constante de la excitación puede desembocar en un verdadero estado de furor.)

Aunque permaneció sentado varios minutos, Troncoso no perdió ni su volubilidad ni su buen humor, y si bien no tuvo más alternativa que escucharme, en vez de responder a mis preguntas, que versaban sobre el viaje desde Córdoba, la llegada, la escolta que lo había acompañado, el encuentro con Osuna y otras cosas por el estilo, preguntas que, a diferencia de las suyas, exigían respuestas precisas que no parecía dispuesto a suministrarme, optó por reírse de mí de una manera infantil y, debo confesarlo, como ocurre a menudo con ciertos locos, bastante comunicativa, limitándose a repetir, con aire amable y cómico, las últimas palabras de las frases que yo iba pronunciando, o a proferir, como única respuesta, que aún hasta al señor Parra lo hicieron reír, palabras que no tenían ninguna relación lógica con la última palabra de mi frase, pero que rimaban con ella. Esa conducta, que podría parecer descabellada a quien oiga referirla sin haber tenido nunca la ocasión de observarla en forma directa, se manifestaba con toda calma, y las frases y las rimas eran proferidas con exactitud y calma por Troncoso, de modo que una persona desprevenida que hubiese entrado en ese momento en la biblioteca hubiese podido creer que, bajo la mirada asombrada del señor Parra, Troncoso y yo estábamos entregados a un amable, jocoso y espiritual entretenimiento de salón. Al cabo de un rato Troncoso se paró y, como si ya se hubiese aburrido de ese juego preciso, pero sin perder para nada el aire de estar pasando una mañana de lo más divertida, buscando en la pieza alguna nueva distracción, volvió a reparar en el busto de Voltaire, y dando un par de trancos vigorosos se le plantó a un metro de distancia y comenzó a espetarlo burlón en un francés caprichoso, del que la mayor parte estaba constituido de palabras castellanas pronunciadas como si fueran francesas, y entre las que de tanto en tanto sobresalía algún *musié Voltérr* que, cada vez que lo profería, lo inducía, por alguna razón misteriosa, a echar atrás la cabeza con un movimiento brusco y una expresión altanera y despectiva, lo que hacía sacudir su melena abundante, limpia y ondulada. Cansado de esa representación que ya estaba durando demasiado, y que hacía oscilar todo el tiempo al señor Parra entre la perplejidad y el enojo, exigí a Troncoso que me llevara ante las personas que lo habían acompañado desde Córdoba, exigencia que simuló no escuchar, pero que le hizo sacudir la cabeza con una risita condescendiente y resignada, y a dirigirse a la puerta de calle. Es obvio que esperaba que lo siguiera, y que actuaba de un modo deliberado, con esa displicencia que adoptan a veces los locos para plegarse a la razón exterior, sin dar del todo el brazo a torcer, simulando que la orden que terminan por obedecer se ha cumplido más por coincidencia que por la actualización voluntaria de un efecto razonable. Presente y vivido más que ningún otro en mis recuerdos treinta años más tarde, Troncoso sigue siendo el ejemplo mismo de autonomía de la locura que, no por ser servidumbre evidente de causas que todavía nos son desconocidas, son menos corrosivas de las certezas bastante injustificadas de la buena salud. Puesto que yo quería ver a su escolta, Troncoso me llevó a la calle, y ahí

estaban todos, los siete u ocho jinetes cordobeses, montados en la calle barrosa y apretujados bajo un par de capotes militares extendidos sobre sus cabezas para protegerse de la lluvia. Sus ojos oscuros relumbraban en la penumbra, un poco más densa que el aire gris de la mañana lluviosa, que espesaba alrededor de sus caras la sombra de los capotes. Uno de los hombres tenía la rienda del único caballo sin jinete, un azulejo alto, casi tan vigoroso, enérgico y nervioso, y ni más ni menos misterioso en cuanto a su ser en general y en cuanto a las motivaciones profundas de sus reacciones que el hombre que había venido sobre su lomo desde Córdoba, y se aprestaba ahora, después de haber metido en el bolsillo de la capa gris perla el libro que traía en la mano, sin tomar la menor precaución para no perder la página que había estado marcando con el dedo índice durante todo el tiempo que duró nuestra entrevista, pero tomándolas infinitas para no mancharse de barro las botas demasiado lustradas, a montarlo otra vez. No dejaron de maravillarme la soltura, la habilidad, la gracia incluso con las que ese corpachón, en el que se notaban la obesidad incipiente y las canas que empezaban a blanquear su melena cuidada, sorteaba en puntas de pie para no mancharse las botas, las partes del suelo en las que el barro, menos mezclado con arena, estaba más chirle y pegajoso, y el salto exacto, casi grácil, con el que, después de agarrar las riendas que le extendía uno de los miembros de la escolta y haber puesto el pie derecho en el estribo, tomó apoyo en él y se propulsó limpiamente sobre el lomo del caballo, el cual reconociendo a su jinete al parecer por el peso, el olor, la voz, el estilo o hasta la locura o quién sabe qué otro detalle inconfundible, lo recibió con un par de sacudimientos de cabeza, como si expresara su conformidad, y se inmovilizó de nuevo, preparándose quizás a recibir la orden de salir al galope. De la escolta de Troncoso emanaba una hostilidad evidente hacia mi persona, que sus miembros ni siquiera trataban de disimular, a diferencia del propio Troncoso, que había desplazado esa hostilidad hacia el señor Parra, el cual dicho sea de paso no tenía nada que ver con el asunto, reservándome una consideración exagerada en la que la ironía y el desenfado jocoso lindaban con el desdén. De esos hombres que debían protegerlo de tantos peligros exteriores y sobre todo de aquellos suscitados por su propia conducta, escoltándolo a través del desierto para venir a ponerlo en manos de la ciencia que iba a ocuparse de su salud y trataría de devolverle la razón, Troncoso había hecho una banda de subalternos, casi de esbirros, que tenían más el aspecto de forajidos que de enfermeros, fascinándolos quizás con esa fuerza insólita que irradiaba y de la que eran incapaces de percibir, tal vez porque todavía no se había presentado la oportunidad, ingobernable, la desmesura. Los supuestos prestigios de su persona que los subyugaban, actividad incansable, fuerza física, camaradería dicharachera, arrojo, y sobre todo iniciativa constante para renovar la actividad en mil direcciones diferentes, de las cuales muchas eran contradictorias entre sí y aun excluyentes, adoptadas únicamente por sus cambios bruscos e imprevisibles de humor, y que esos hombres simples consideraban como los rasgos de una originalidad grandiosa y magnética, eran en realidad para la mirada de la medicina, los signos banales, observados en su repetición casi invariable en mil enfermos diferentes, que anticipan el derrumbe.

Se me hizo evidente que debía imponer en forma inmediata mi autoridad al grupo de jinetes cuyos ojos oscuros me escrutaban, indecisos, desde la sombra de los capotes militares que los protegían de la lluvia, de modo que con voz amable pero firme pregunté quién mandaba el grupo, a lo que un hombre, desensillando en silencio y sacándose el sombrero, lo que no descubrió su cabeza envuelta en una especie de pañuelo rojo anudado en la nuca, hizo ademán de entregarme una bolsa de cuero, pero ignorando su gesto le pedí que me siguiera al interior. En una mesa de mimbre que había en la galería, sin invitarlo a sentarse, desplegué el contenido de la bolsa, que consistía en algunas cartas dirigidas a mí y al doctor Weiss, y algunos documentos médicos y financieros. En la carta dirigida a mí se me informaba que el portador de la misma, es decir el hombre del pañuelo colorado, era un servidor de confianza de la familia Troncoso, la cual deseaba que yo le permitiese acompañarnos hasta la Casa de Salud como escolta personal del enfermo. Aunque la idea me parecía excelente (los hechos demostraron más tarde mi error), simulé reflexionar un rato antes de aceptar, e incluso me permití explicarle con gravedad exagerada el estado de salud de su patrón, advirtiéndole que, si quería formar parte de nuestra caravana, debía considerar que se trataba de un hospital ambulante, y no de una compañía de soldados o de reseros, y que en los hospitales en general son los médicos los que mandan. El hombre me escuchaba sin parpadear. Se había afeitado con minucia un rato antes, y tenía la piel oscura propia de los que viven y trabajan a la intemperie. Parecía tironeado entre su fidelidad a Troncoso y el tono convincente que le daba a mi discurso mi autoridad profesional, y si le quedaba alguna duda sobre el estado de salud del hombre que debía proteger, los episodios ulteriores de nuestro viaje terminaron con ella. El hombre era leal y bienintencionado hacia su patrón, pero un poco corto de genio a pesar de su aspecto feroz de filibustero. Se llamaba Rosario Suárez, pero como Troncoso le decía el Ñato, todo el mundo terminó llamándolo por su sobrenombre. A Troncoso le era fiel como un perro, a pesar de que a menudo lo trataba con una indignidad que no venía de su locura, sino de su posición de amo.

Cuatro días más tarde, llegaron los carromatos que venían del Paraguay. Aunque esperada desde hacía semanas, su aparición produjo un gran revuelo en la ciudad. Se les habían sumado algunos comerciantes y hasta un grupo de actores, de modo que durante varios días hubo una especie de feria en las afueras de la ciudad, donde se había instalado la caravana, ya que el barro le impidió llegar hasta el centro. Las familias pudientes se desplazaban a las afueras para ir de compras: dos o tres carros que bajaban de Asunción, y uno hasta de la costa brasileña traían mercancías que, a pesar de su uso corriente, eran rarísimas en las ciudades del virreynato a causa del monopolio de comercio que ejercía Madrid con sus colonias, de manera que en esos años había que recurrir al contrabando si se quería disponer de ellas. Hasta los comerciantes de la ciudad venían de compras para surtir sus propios negocios. Las damas y los caballeros del centro probaban el sabor de los arrabales, acompañados por los esclavos que cargaban los paquetes o sostenían, elevados sobre las cabezas de sus amos para protegerlos de la lluvia, unos amplios paraguas tan negros como las manos que se aferraban con estoicismo al mango curvo para mantenerlos en alto. Los

actores trataban de animar el ambiente, pero el tiempo era tan malo que les resultaba imposible actuar al aire libre, de modo que terminaron invitándolos a dar un espectáculo en la Casa de Gobierno, donde interpretaron un sainete deshilvanado y burdo que, por alguna razón misteriosa, provocó el entusiasmo entre los notables de la ciudad y alimentó las conversaciones durante varios días.

Mientras duró ese ajeteo, una de las atracciones principales fue el propio Troncoso, que con su gusto irresistible por la representación encontró en esa feria improvisada el espacio ideal para mostrarse todos los días, elegante y dicharachero, hablando con unos y otros, en forma tan ostentosa que no podía pasar desapercibido. Se había calmado un poco después de nuestro primer encuentro, quizás al comprobar con el paso de los días que yo no tenía la intención de ser ni su enemigo ni su sicario, de modo que, si bien su conducta era bastante llamativa, no parecía alejarse demasiado de lo normal, y la gente lo consideraba como un hombre divertido y un poco extravagante, cuyo fuerte acento denunciaba su procedencia cordobesa. Se sabía que padecía una vaga enfermedad, aunque su intensa actividad debió convencer a más de uno de que se trataba de un rumor sin fundamento. Vivía de manera dispendiosa, lo cual aumentaba como es obvio el número de sus admiradores, en la única fonda de la ciudad. Yo iba a verlo todos los días y discurríamos amablemente rozando apenas, no sin mutua ironía, los bordes de la extravagancia, pero cuando me veía llegar a la feria, donde tenía casi más suceso que los contrabandistas y que los actores, se eclipsaba con mucha discreción, tal vez por temer que haciendo valer mi autoridad médica, lo humillara en público. Por revelar cierta afinidad con lo real esa aprensión me tranquilizaba, aunque no demasiado, porque la experiencia demuestra que casi siempre, debajo de esa mansedumbre engañosa, suele impacientarse el furor.

Esto me lleva a mis dos nuevos enfermos, que habían debido sortear, con la escolta que los acompañaba y los demás integrantes de la caravana, una serie increíble de obstáculos para poder llegar a la ciudad. El enfermo que estaba previsto, y sobre el cual había habido un intercambio de cartas entre Asunción y *Las tres acacias*, era un hombre de unos treinta años, llamado Juan Verde, pariente del propietario de la compañía de transportes que había alquilado, por un precio muy razonable, los carromatos a las familias de los enfermos. El hombre pasaba todo el tiempo de un silencio dubitativo a una conversación demasiado vehemente y animada, que tenía la extraña particularidad de estar constituida por una sola frase, que repetía todo el tiempo cambiando de entonación y acompañándola con las expresiones faciales y los ademanes más diversos, como si estuviera manteniendo con su interlocutor una verdadera conversación en la que, a medida que van cambiando las frases que se profieren, van cambiando los sentimientos y las pasiones que las motivan. Para ser exactos, habría que decir que lo que Verde decía todo el tiempo no era ni siquiera una frase, ya que no tenía verbo, y consistía en la expresión *Mañana, tarde y noche*, que dirigía a su interlocutor, y a veces incluso a sí mismo en el curso de la conversación, repitiéndola al infinito y cambiando únicamente la entonación, la cual a cada cambio sugería cosas tan distintas como el saludo, la cortesía, el asombro, la alegría,

el enojo, la controversia, la concentración, el interés, etcétera. Esa curiosa manera de conversar, que como es lógico terminaba por exasperar a sus interlocutores, alternaba, como lo he dicho más arriba, con muchas horas diarias de silencio dubitativo. En cuanto al enfermo imprevisto, debo decir que todos los papeles estaban en regla cuando, al llegar a la ciudad, me lo confiaron, y que era el medio hermano de Verde, hijo del mismo padre pero no de la misma madre, y como era mucho menor que su hermano (tendría quince o dieciséis años a lo sumo), todos los miembros de la caravana, para distinguirlo del mayor, y con cierta familiaridad afectuosa, empezaron a llamarlo Verdecito.

Desde la antigüedad se considera que las causas de la locura pueden ser muchas, y que esas causas varían según el tipo de enfermedad de que se trate, de modo que cuando aparecen casos repetidos en una misma familia, no sólo de padres a hijos sino incluso a través de varias generaciones, o como parecía ocurrir con la familia Verde, en una misma generación, la sospecha de que puedan existir factores hereditarios en ciertos casos de demencia parece más que fundada. Sin ser exactamente iguales, los síntomas de los hermanos Verde mostraban muchas similitudes, sobre todo en una especie de perversión del uso de la palabra, que no se manifestaba de manera idéntica, pero que no dejaba de llamar la atención. (El doctor Weiss observó el fenómeno de inmediato, y trató de inventariar los síntomas comunes de los dos hermanos, así como también sus rasgos divergentes, con el fin de establecer para ambos un principio de clasificación. No me detengo demasiado en esos detalles porque, como recordará el lector, el objeto de esta memoria no es entrar en pormenores científicos.)

Verdecito —llamémoslo así— era tal vez el adolescente más bueno del mundo pero, a causa de sus características, al cabo de cierto tiempo su compañía podía volverse exasperante, lo que explica que, a pesar de su docilidad, la familia haya terminado por desembarazarse de él, mandándolo a la Casa de Salud. En la carta que me mandaron de Asunción justificando el envío imprevisto del muchachito, daban como explicación el hecho de que los dos hermanos estaban tan íntimamente unidos por un afecto profundo, que separarlos hubiese sido una crueldad, a la que tal vez ninguno de los dos sobreviviría. Acostumbrado a la retórica a que suelen recurrir las familias para justificar la internación, que puede ser criticada, de alguno de sus miembros arrebatado por la locura, no tardé en darme cuenta de que la verdadera causa de la de Verde y su hermano menor estribaba en ese continuo asedio verbal, oral, bucal o como quiera llamárselo, al que los hermanos sometían a sus interlocutores. El pretexto de una separación cruel a la que ninguno de los dos sobreviviría revelaba su total falta de asidero, cuando podía comprobarse que hasta para el testigo más distraído resultaba evidente que los dos hermanos se ignoraban tratándose, o no tratándose para ser más exactos, uno al otro con la más apática y distante indiferencia. Verdecito, al contrario de lo que ocurría con su hermano mayor, podía mantener una conversación más o menos ordinaria, y su repertorio de frases era bastante variado, aunque sus conceptos y temas resultaban todavía un poco pueriles para la edad que tenía y, como si fuese un poco sordo, lo que no era, ya que reaccionaba de inmediato a otros estímulos distintos de la conversación, manifestaba una tendencia, que podía volverse exasperante, a hacer-

se repetir varias veces las frases que se le dirigían. Pero lo que dificultaba el intercambio verbal con él era su costumbre de producir continuamente toda clase de ruidos con la boca, gritos, gruñidos, estornudos, hipos, toses, tartamudeos, ventosidades bucales y, en los momentos de gran excitación, imprecaciones dirigidas no se sabía bien a quién, y hasta aullidos y alaridos. Le era imposible pasar frente a un caballo sin relinchar para burlarse de él, o frente a cualquier otro animal sin imitar su grito, lo que hacía con bastante habilidad, y a veces incluso se le daba por reproducir los ruidos que oía a su alrededor, desde el golpe metálico de una cuchara contra un plato de lata hasta el murmullo del agua pasando de un recipiente a otro. De modo que la presencia de Verdecito estaba siempre acompañada de una interminable sucesión de ruidos bucales que entrecortaban sus frases y sobre todo llenaban los silencios entre ellas, y tal vez la explicación más simple de esa tendencia que tenía a hacerse repetir las frases que le dirigían no estribaba en una supuesta sordera, sino en el hecho de que los ruidos constantes que emitía con la boca le tapaban la conversación. Dejando de lado el aspecto exasperante de la cosa, vale la pena señalar que, si bien los dos hermanos eran incapaces de mantener una conversación normal con la gente, en el caso de uno se debía a que emitía una variedad demasiado rica de sonidos y en el del otro una demasiado pobre, sin contar con la paradoja de que era en aquél capaz de proferir una gama de sonidos tan variados en quien la conversación parecía más apática, y en el que repetía al infinito sus pobres cuatro palabras que el diálogo daba la impresión de ser más vehemente. Había algo muy triste en esos dos hermanos separados del mundo por la misma pared infranqueable de la locura; si era hereditaria, su demencia sólo podía provenir de la rama paterna, puesto que dos madres diferentes los habían traído al mundo. Tal vez lo que habían heredado no era la locura, sino una común fragilidad ante la aspereza hiriente de las cosas, o tal vez, diferentes en todo uno del otro, el ir y venir fugitivo de lo contingente, los había hecho atravesar, por una inconcebible coincidencia, el mismo corredor secreto en el que, sin saña pero sin compasión, espera la demencia.

Con mis cinco enfermos, me sentía como esos juglares de los circos que, haciendo girar sobre su borde, en una mesa, cinco platos a la vez, tienen que correr todo el tiempo de uno al otro para que sigan girando todos en posición vertical y a velocidad constante, y no caiga ni se rompa ninguno. Mientras tanto, la partida se avecinaba. Faltaba todavía terminar de reparar los vehículos que habían sufrido la rudeza del camino, juntar un poco más de tropa para que nos sirviera de escolta, y esperar que mejorara el tiempo para no largarnos al desierto, que hasta en los días apacibles es inhospitalario, en pleno temporal. Estábamos, por esos días, a finales de julio, en el centro mismo del invierno: los árboles grises, sin una sola hoja, levantaban una filigrana oscura y lustrosa contra un cielo uniforme de un gris apenas más luminoso. Los aguaceros helados habían dado paso a una llovizna constante, que se convirtió al cabo de dos o tres días en una suerte de vapor de agua que parecía flotar todo el tiempo, inmóvil, entre el cielo y la tierra, y que se filtraba en las cosas, gélido, humedeciéndolas hasta la médula. Cuando uno entraba en la cama, sentía las sábanas húmedas y heladas pegotarse a la piel, y por mucho que los braseros ardieran

día y noche en las habitaciones no solamente para mantenerlas caldeadas sino sobre todo para apurar la evaporación de la humedad, nada se secaba del todo a causa de esas partículas de agua flotante y blanquecina que llenaban el espacio entero. El agua omnipresente no sólo caía del cielo sino que también, rep-tando desde los ríos desbordados, que en la región son muchos y poderosos, tenía a la ciudad, desde el centro hasta las afueras, encerrada en un círculo líquido que se iba estrechando hora tras hora. Varias casas construidas en terrenos demasiado bajos ya estaban inundadas y en algunas calles cercanas al río únicamente en canoa se podía circular. Los cinco o seis mil habitantes de ese pueblo abandonado en el desierto, que los papeles oficiales llamaban con hipérbole pomposa ciudad, espiaban cada mañana al despertar la altura del agua, y el resto del día, atrapados por ese clima de inminencia, no hablaban de otra cosa. A mí, en los últimos días, ya me pesaba demasiado la demora: casi nada me ataba a ese lugar, que era en cierto modo el de mi infancia. En esa ciudad supe por primera vez, por haber vuelto a ella después de muchos años, que la parte de mundo que perdura en los lugares y en las cosas que hemos desertado no nos pertenece, y que lo que llamamos de un modo abusivo el pasado, no es más que el presente colorido pero inmaterial de nuestros recuerdos.

Por fin llegó el gran día. El agua paró un atardecer, y a la mañana siguiente apareció el sol en un cielo azul, limpio y helado. El agua de los charcos se transformó en escarcha que, a causa del sol todavía frío, no alcanzaba a derretirse en la jornada, y cambiaba de color al mismo tiempo que cambiaban los colores del día. Todo estaba listo desde hacía una semana, y solamente esperábamos ese cambio de tiempo; a pesar del aire helado que parecía tajearnos las orejas y la piel de la cara, hombres y caballos estábamos impacientes por salir a medirnos con la llanura. Incluso los locos, que dan tantas veces la impresión de estar encerrados en un orden propio que es refractario a lo exterior, parecían agitados por las perspectivas del viaje. En los ojos de sor Teresita las chispas de una alegría maliciosa se iban haciendo más intensas y más frecuentes a medida que se acercaba la hora de la partida, y el joven Parra, postrado y todo como seguía, parecía haber perdido un poco la rigidez obstinada con la que se encerraba en sí mismo, e incluso a las pocas horas de haber iniciado nuestro viaje, tuvo lugar un fenómeno de lo más curioso, que referiré en detalle un poco más adelante. En los hermanos Verde, los rasgos habituales de su conducta se intensificaron: al mayor podía oírsele vociferar sus inevitables *Mañana, tarde y noche* en toda circunstancia, subrayándolos con una infinidad de gesticulaciones grotescas. Pero era Troncoso el que estaba sin ninguna duda más alterado por la situación. Tenía la pretensión de dirigir él mismo las operaciones, y aunque los soldados y los carreros ya lo conocían, dos o tres a los que tomó desprevenidos creyeron que era él el jefe de la caravana, de modo que tuve que reunir a todo el mundo dos o tres días antes de la partida y explicar con firmeza que únicamente Osuna y yo estábamos capacitados para dar órdenes, y que el sargento Luce-ro, que estaba al mando de la pequeña escolta, se uniría a nosotros dos para tomar las decisiones apenas nos pusiésemos en marcha. Esa reunión me valió una misiva indignada de Troncoso, que me hizo llegar el mismo día por medio de su indulgente escudero, el Ñato Suárez. Yo mismo, como lo he consignado más

arriba, estaba impaciente por volver. De las semanas lentas y heladas que pasé en la ciudad, no me quedó gran cosa, como no sea la amistad duradera de la familia Parra, a cuyos miembros, a causa de la internación del joven Prudencio en *Las tres acacias*, tuve la oportunidad de volver a ver varias veces en años ulteriores, y las veladas cordiales con el doctor López, en las que la conversación, limitada de un modo casi exclusivo al plano profesional, algunas veces pudo llegar a apasionarnos.

Salimos, pues, al alba del primero de agosto de mil ochocientos cuatro. Si algo, de los muchos acontecimientos, vicisitudes, anomalías o como quiera llamarlos que constituyeron nuestro viaje, si algo, como decía, pudiese ser la cifra de lo que se avecinaba, tal vez bastaría con ese hecho absurdo que inauguró nuestro trayecto, a saber que, si bien nuestro destino era el sur, fue hacia el norte que se puso en marcha la caravana, y que debimos andar un par de días en esa dirección antes de doblar al oeste con el fin de buscar nuestro verdadero rumbo. La gente que venía de Asunción había debido dar marcha atrás para poder cruzar el río Salado un poco más al norte, ya que en las inmediaciones de la desembocadura los dos brazos en los que se divide estaban igualmente desbordados y habían convertido toda la zona en una superficie de agua de dos o tres leguas de anchura en la que era imposible distinguir el lecho de río. Al ir a su encuentro, Osuna había explorado el terreno aguas arriba hasta encontrar una parte relativamente seca y lo bastante angosta y playa como para permitirle a las canoas pasar. Por esa razón debimos enfilar primero hacia el norte, por encima de la bifurcación del río, en un lugar de recodos que demoran la corriente, más arriba de las tierras inundadas, y después de cruzar no sin trabajo, avanzar hacia el oeste un buen trecho y recién entonces volver hacia el sur, desplazándonos en esa dirección, paralelos al agua, varias leguas tierra adentro, donde según Osuna y todos los otros que conocían bien la región, aunque un poco menos bien que el habitual camino de postas, podríamos cruzar sin muchas dificultades la hilera interminable de arroyos, riachos y ríos que atraviesan la llanura de oeste a este y van a desembocar en la corriente del Paraná.

Aunque los carromatos eran tirados por caballos y no por bueyes, avanzábamos despacio: en primer lugar, después de las lluvias casi constantes, el estado de los caminos, si podemos llamar así a las huellas tortuosas que seguíamos en pleno campo, dificultaba nuestro avance; pero hay que decir también que nuestro convoy, que debía consistir al principio en un grupito de carros rápidos para ir ganando durante el día, una a una, la línea de postas paralelas al río, a pocas leguas unas de otras, hasta alcanzar al fin, al cabo de diez o doce días el edificio blanco de *Las tres acacias*, se convirtió en una laboriosa caravana, demasiado lenta y demasiado larga, frenada por continuas indecisiones, igual que una serpiente irresoluta y poco ágil, cuya cola y cuyo estómago tuviesen la pretensión de dirigirla al mismo tiempo que la cabeza. No quiero decir con esto que ningún miembro del convoy sano de cuerpo y alma, si en la circunstancia que atravesábamos esa expresión significaba todavía algo, haya pretendido reemplazar al triunvirato deliberativo que formábamos el sargento Lucero, Osuna y yo, al que habría que agregar para ciertos casos la opinión de un indio que acompañaba a la tropa, sino que, en un grupo tan numeroso de personas, ya

que éramos treinta y seis en total, los deseos de todo el mundo pueden muy bien no coincidir palmo a palmo en todo momento, durante un viaje que se anunciaba ya desde el comienzo largo y dificultoso.

Aparte de los seis carromatos, uno para cada enfermo más el mío, conducidos por carreros de la compañía de transportes que los traerían de vuelta desde Buenos Aires hasta Asunción con un cargamento diferente, había dos carros más destinados a satisfacer las necesidades del viaje. Uno era una especie de almacén, pulpería y cocina, cuyo propietario, un vasco que hacía años andaba por América, había hecho de su almacén ambulante una verdadera profesión. Según me dijo una noche, solía acompañar a las tropas de soldados, a las caravanas de comerciantes o de simples viajeros, hacia el Brasil, el Paraguay, o Santiago de Chile, del otro lado de la cordillera. Tenía toda clase de mercaderías en su carro, uno de cuyos paneles laterales se levantaba y, sostenido por una varilla de hierro que se enganchaba en el borde inferior de la abertura, podía inclinarse hacia el exterior como una especie de alero, dejando a la vista verdaderas estanterías y un mostrador angosto, detrás del cual vendía yerba, azúcar, bizcochos, aguardiente, vino, tabaco, o hilo, botones, y muchas cosas más, o si no despachaba, en el mostrador, algunas bebidas y picaditas de queso o de fiambre. En un rincón del carromato tenía su camastro, y un espejito que colgaba del techo y en el que se afeitaba con minucia todas las mañanas. Mucha gente de la región y tal vez del sur del continente lo conocía, y según Osuna se había hecho rico gracias a la usura. En el otro carro viajaban tres mujeres de las que me habían hecho creer al principio que se trataba de las esposas de tres soldados a los que acompañaban siempre en sus desplazamientos, hasta que, una vez iniciado el viaje, apenas las vi me di cuenta de que eran tres ramera, y que los tres soldados que se hacían pasar por sus maridos eran tres vulgares proxenetes. El sargento Lucero me explicó que esas mujeres que seguían a las compañías de soldados por la llanura eran un fenómeno común en la región, y que a veces podía tratarse de auténticas esposas, cuando no de las dos cosas a la vez. Con resignación a causa de mi falta de ductilidad pensé que lo que a mí me dejaba perplejo, hubiese constituido un atractivo para el doctor Weiss, ya que esa combinación esposa-ramera de la que hablaba el sargento era de algún modo la encarnación de su ideal femenino. Una de esas tres mujeres era francesa y rubia por añadidura, y sobresalía de entre las otras dos que tenían la piel oscura, los pómulos altos, los cabellos negros y lacios y ese perfil aguileño que tanto las hace parecerse a las sirvientas o, si se prefiere, a las reinas y a las diosas egipcias. A pesar de su pelo amarillo y de su piel blanca no se me ocurrió al principio que aquella mujer podía venir de Francia, pero un día me oyó corregir el francés macarrónico de Troncoso, y me abordó con el inconfundible acento de los barrios populares de París, lo que representó para mí una experiencia curiosa, ya que las palabras que profería la mujer parecían desentonar en ese paisaje, pero al mismo tiempo me daban la oportunidad de practicar en medio del desierto el idioma de Rousseau y de Buffon. Varias veces vino a mi carro para contarme las increíbles peripecias que la habían conducido a su situación actual, pero como al cabo de dos o tres conversaciones sus versiones diferían, empecé a dudar de su veracidad, y nuestras relaciones se degradaron del todo cuando un

día, a la cuarta o quinta visita, me sugirió que ella en realidad estaba trabajando, y que esos momentos que pasábamos en mi carromato yo debía pagárselos como si la suya se tratara de una visita profesional. Hubiese podido indignarme por esa situación vergonzosa si no resultase evidente que, aun cuando sea cierto que las circunstancias exteriores modelan nuestra vida, siempre hay algo dentro de nosotros que nos hace perder de vista esas circunstancias y tiende a darles el color de nuestra percepción, siempre empañada por algo de lo que ni siquiera llegamos a darnos cuenta de que es puro desvarío. (A propósito de esas tres mujeres, debo decir que fueron derrotadas en su propio terreno por sor Teresita, que al principio las frecuentó mucho, pero que ellas terminaron por repudiar a causa de lo que podríamos llamar su competencia desleal. Mi confidente francesa vino un día a contarme que había sorprendido a la monjita con dos soldados, acostada entre los pastos a cierta distancia del campamento. La mujer parecía escandalizada y repetía a cada momento, sacudiendo la cabeza: *Tous les deux, monsieur, tous les deux! Ce n'est pas malheureux? Cuando, de vuelta a la Casa de Salud le conté una noche la historia, el doctor Weiss, riéndose, comentó: Uno de los aspectos más sorprendentes de la teología es el enorme trabajo que se dan los teólogos para elaborar un sistema que tiene como base una experiencia incommunicable. Santo Tomás interrumpió la redacción de la Suma Teológica el día que tuvo por fin, después de tanto sudor, una auténtica experiencia mística. Un hecho tan importante como la certeza sobre la existencia de la divinidad puede prescindir de todo comentario. Pero la teología, que es esencialmente política, no molesta a nadie. La mística en cambio es teología empírica, y siempre he pensado que su aplicación práctica es capaz de sembrar el pánico en la Iglesia, en la Corte y en los lupanares.*

Nuestra escolta estaba compuesta de dieciséis soldados, más el sargento Lucero que los mandaba y el indio Sirirí, un mocobí manso del que si tuviese que señalar dos rasgos principales diría que eran la mojigatería y el odio por el cacique Josesito, cuya sola mención en su presencia lo hacía adoptar una expresión feroz. Las exigencias más irrazonables de la Iglesia Católica, que ya ni siquiera en Roma eran tomadas en serio, parecían haber encontrado en Sirirí el terreno apropiado para arraigarse y prosperar hasta la caricatura. No bebía, no fumaba, no decía malas palabras ni juraba en vano, y cualquier pretexto le venía bien para persignarse y para besar una medallita dorada que colgaba de su cuello. El sargento Lucero, que en realidad lo estimaba porque era un buen guía y además le servía de intérprete, decía de él, cuando no estaba presente desde luego, que de chico se había tragado un catecismo y que todavía no había terminado de digerirlo. Cuando se hablaba del cacique Josesito su expresión de odio se volvía tan inquietante que por contraste uno empezaba a encontrar simpático al asesino musical, que por lo menos mostraba cierta humanidad cuando se emborrachaba o cuando se ponía a tocar el violín. Sus principios tan estrictos debieron sufrir muchas pruebas rigurosas durante ese viaje, en el que no solamente había la prostitución, el alcohol y la brutalidad para debilitar los cimientos de su moral, sino también el suplemento desmesurado de la locura para echar abajo las paredes de ese edificio sin puertas ni ventanas en el que la religión había encerrado a su alma predestinada y salvaje. Osuna, que parecía estar compuesto de dos personas diferentes, según estuviese fresco o borracho, lo respetaba de día a causa de su real conocimiento del desierto, y lo aborrecía

de noche.

Eramos un convoy diverso y colorido: una parte de la escolta nos precedía y la otra cerraba la marcha. Mi vivienda ambulante venía a la cabeza, detrás seguían las de los cinco enfermos, después el almacén del vasco, y por último el carromato de las mujeres. Entre los habitantes de los carros, únicamente Troncoso y yo nos desplazábamos a caballo, él en su azulejo alto y nervioso y tan tenso y vivaz, refrenado casi todo el tiempo por una rienda corta, dispuesto a partir a cada instante al galope, que parecía haber contraído también él ese extraño mal de su jinete que lo mantenía en un estado de actividad exagerada, morbosa y constante. Los soldados de la escolta no sólo no llevaban uniforme sino que estaban vestidos del modo más caprichoso, y si algunas prendas militares, rotosas y descoloridas, habían sobrevivido en ese vestuario abigarrado, la heterogeneidad del resto terminaba por hacerle perder toda identidad. De esa variedad no premeditada, opuesta en todo al diseño elaborado que supone el uniforme, y que busca la repetición, el orden y la simetría, se desprendía sin embargo un efecto igualmente vivaz, que estaba dado sobre todo por los colores y los dibujos de los ponchos, lisos, a rayas, oscuros o claros, con o sin flecos que, en el espacio vacío del desierto, parecían cobrar una nitidez suplementaria, sobre todo en los primeros días en los que el viento helado del sur los inflaba o los hacía flamear en el lomo de sus propietarios. También los carros brillaban un poco al principio, porque habían sido limpiados, engrasados y repintados en parte con los colores de la compañía por los propios carreros, a su llegada del Paraguay. Detrás de los últimos soldados una manada de caballos de recambio se dejaba arriar con docilidad por los jinetes que se iban turnando en la tarea. Y por último, diez o doce perros vagabundos nos seguían con la misma obstinación, indigencia y avidez con que las gaviotas siguen la estela de los barcos en busca de alimentos.

Mi primera responsabilidad era desde luego ocuparme, en tanto que médico, de mis enfermos, pero por algunas alusiones de Osuna, comprendí que se esperaba de mí una actitud de jefe o de patrón, por lo que decidí encerrarme en mi carro a reflexionar sobre el modo en que esa actitud podría manifestarse con mayor claridad, para llegar a la conclusión de que la mejor manera de hacerlo consistía en subrayar el hecho de que era yo el que pagaba los gastos de nuestra expedición, pero después comprendí que esos mercenarios rotosos a los que llamábamos nuestra escolta, algunos de los cuales, que venían de Corrientes y de Asunción, apenas si conocían algunas palabras en castellano porque su lengua materna era el guaraní, esperaban que yo fuese tomando las decisiones que el rumbo de nuestra caravana poco común exigiese. Como me era imposible cumplir ese cometido sin Osuna y sin el sargento, decidí adoptar una actitud distante y reflexiva, sin responder de inmediato a las propuestas que me hacían, y simulando más bien pesar el pro y el contra de cada una antes de tomar una decisión definitiva. Debo decir que mi comedia dio un resultado mucho más grande del que esperaba, porque el que parecía tener más dudas acerca de mis capacidades, es decir el propio Osuna, resultó ser el más crédulo de todos. Muchos años más tarde, todavía solía hablar de mí como hombre de la llanura, aunque nunca en mi presencia. En realidad, no sé si mi autoridad se impuso a

causa de los sueldos que fueron pagados en las cantidades y en los plazos prometidos, o gracias a mi reputación profesional, porque con mi valijita llena de instrumentos médicos y de remedios de urgencia, pude tratar todos los males que esos hombres rústicos padecieron durante el mes largo que duró nuestro viaje. Resfríos, diarreas, lastimaduras, forúnculos, picaduras de insectos, fiebres, dolores de espalda o hemorroides, cuando no dolencias viejas, ya inseparables del ser de sus víctimas, que con el traqueteo del viaje recrudescían, no hubo un solo día en el que uno de esos gauchos — uso treinta años más tarde esta palabra con precaución, aunque creo saber que ha perdido el sentido casi insultante que tenía en esa época — no se llegase hasta mi carro, entre cohibido y desamparado, a consultarme.

Apenas salimos de la ciudad hacia el norte la evolución del joven Prudencio Parra mostró, como ya lo he anticipado, una orientación inesperada: la posturación total en la que se encontraba en su cama, manteniendo el puño apretado, la mirada fija en el vacío, y las profundas arrugas en la frente y en el entrecejo que le daban esa expresión doliente y apagada, dieron paso a cierta animación, que me atrevo a llamar así únicamente en comparación con la total inmovilidad que duraba desde hacía meses, y de la que el rasgo singular era la serie de movimientos que hacía con las manos, y que repetía de un modo incesante, incluso a la hora de la comida, que absorbía con indiferencia y docilidad. Se había incorporado en su camastro y, con la mirada fija en la penumbra del carromato, e indiferente a su traqueteo, comenzaba sus movimientos que podía repetir en forma idéntica, como un mecanismo, durante horas, echándole de tanto en tanto a las manos una mirada lenta y grave que terminaba en una sonrisa levísima y dolorosa.

Estiraba los dedos de la mano derecha y después los encogía con lentitud, hasta darle a la mano el aspecto de una garra, pero blanda y nada amenazadora; luego de una breve pausa continuaba el mismo movimiento hasta cerrar completamente el puño. Y por último, cuando el puño estaba cerrado desde hacía algunos segundos, la mano izquierda lo cubría y lo apretaba con fuerza. Durante el día entero, en todo caso cuando alguien estaba presente, ya que es difícil saber cómo se comporta una persona, loca o cuerda, cuando está sola, realizaba esos ademanes que, si bien me sorprendieron en un primer momento, volviendo a pensar en ellos antes de dormirme descubrí que me eran familiares y que, sin saber por qué razón, me traían a la memoria las arcadas de Alcalá de Henares en un mediodía soleado de primavera, suscitando en mí una sensación agradable. Al despertar a la mañana siguiente, la primera cosa que me estaba esperando cuando mi ser, cerrado durante la noche por las llaves del sueño, se entreabrió a la vigilia, era la respuesta a esa misteriosa impresión de familiaridad: en la clase de filosofía, habíamos estudiado *las Académicas* de Cicerón, y como se acercaba la época de los exámenes, íbamos con un amigo por la calle principal de Alcalá memorizando esa página en la que Cicerón describe la manera en que Zenón el estoico mostraba a sus discípulos las cuatro etapas del conocimiento: los dedos extendidos significaban la representación (*visum*); cuando los ponía algo replegados era el asentimiento (*assensus*), gracias al cual la representación se hace patente en nuestro espíritu; después, con el puño ce-

rrado, Zenón quería mostrar cómo por vía del asentimiento se llega a la comprensión (*comprehensio*) de las representaciones. Y por último, llevando la mano izquierda hacia el puño, envolviéndolo con ella y apretándolo con fuerza, mostraba ese movimiento a sus discípulos y les decía que eso era la ciencia (*scientia*). El descubrimiento me hizo saltar de la cama, vestirme en forma sumaria, y precipitarme al carronato del joven Prudencio que, debido a la hora temprana, dormía con expresión sosegada. Sus manos abiertas reposaban con las palmas hacia abajo sobre el poncho gris que lo cubría. El soldado paraguayo al que habían confiado en Asunción, porque había sido enfermero en el ejército, el cuidado de los hermanos Verde, y que con otro de sus camaradas tenía como misión ocuparse de los enfermos, le había arreglado el camastro con habilidad, y otra vez pude observar, como ya lo había hecho varias veces en su casa que, a juzgar por el estado de su cama cada mañana, las noches del joven Parra debían ser de lo más apacibles. Me quedé a esperar que despertase, porque me interesaba observar el modo en que, al pasar del sueño a la vigilia, la extraña maquinaria de sus manos se ponía en movimiento. Al cabo de un buen rato fue desentornando, como era su costumbre, de a poco los ojos y, si reparó en mi presencia, ningún signo exterior lo delató. Se fue incorporando con lentitud en la cama, siempre con los párpados medio entornados y, apoyando la espalda contra el panel del carro, empezó a estirar los dedos de la mano derecha y a preparar en el aire la izquierda para que, cuando los tres primeros movimientos del ciclo hubiesen sido cumplidos, el cuarto, consistente en cubrir con la mano izquierda el puño de la derecha, oprimiéndolo con fuerza, pudiera llevarse a cabo otra vez. Como cada vez que se los querían sacar Prudencio se ponía a berrear con tono lastimero, lo que me había inducido a dar la orden de que se los dejaran, las puntas de los dos sempiternos trapitos blancos sobresalían de sus oídos, pero el impresionante hundimiento que iba del pómulo a la mandíbula chupándole hacia adentro la mejilla se había rellenado un poco y su cara, todavía demasiado pálida, parecía sin embargo un poco más redonda y saludable. Como de costumbre, simulaba ignorarme, pero algo me decía que, desde el lugar remoto al que, desde hacía varios meses, para escapar del tumulto que reinaba al mismo tiempo en su propio ser y en el mundo, se había retirado, los vestigios de sí mismo mandaban, abandonados quizás en el rincón más negro del universo, señales de vida. La total identidad de sus movimientos con los ademanes que, según Cicerón, le servían a Zenón el estoico para hacer visibles ante sus discípulos las fases del conocer, no había que atribuirle a ninguna coincidencia inconcebible a priori entre los desvaríos de un muchacho enfermo y las imágenes forjadas, en la plenitud de su razón, por el padre de los estoicos, como si lógica y locura llegasen, por distinto camino, a los mismos símbolos, lo que puede ocurrir más a menudo de lo que se cree, sino al hecho, mucho más fácil de explicar, de que el joven Parra, en su período de lecturas ávidas y desordenadas, debió encontrar tal vez, en ese párrafo de Cicerón, haciéndolo suyo de inmediato, la explicación de ese mundo inextricable en cuyo desorden un día, sin saber por qué, su alma frágil, con extrañeza y terror, se había despertado.

Pero había algo todavía más curioso en esa actividad súbita aunque limitada y lenta del joven Parra, que no dejó de llamarme la atención y que pude

observar a la luz de esa regla de oro que me inculcó el doctor Weiss, según la cual todos los actos de un loco, por nimios o absurdos que parezcan, son significativos: el puño que Prudencio mantenía cerrado con fuerza y obstinación desde muchos meses atrás, y que únicamente condescendía a abrir de tanto en tanto para dejarse cortar las uñas, no sin antes recoger, con la otra mano y con el mismo ademán, aunque un poco más blando, que hacemos para atrapar una mosca al vuelo, un hálito invisible que según él debía escaparse del puño abierto, ese puño que había requerido el esfuerzo de varias personas para desplegar después de tanto tiempo los dedos, se había distendido por alguna razón misteriosa apenas nuestro convoy dejó atrás la ciudad, y las dos manos habían comenzado a efectuar los movimientos pausados pero exactos que acabo de describir. Como creo haberlo dicho también, debimos, a causa de la crecida, subir durante dos días hacia el norte hasta encontrar un recodo del río lo bastante playo como para permitirnos cruzarlo, de tal modo que, una vez en la orilla opuesta, empezamos a desplazarnos en dirección contraria por la ribera oeste del río, volviendo, por decir así, a nuestro punto de partida. Esa circunstancia me dio la oportunidad de verificar el detalle más sorprendente en la conducta de Prudencio, o sea que, si bien su puño se aflojó apenas salimos de la ciudad, cuando empezamos a volver hacia atrás, aproximándonos, antes de girar hacia el oeste para internarnos en el desierto, al punto de partida, los movimientos de las manos se detuvieron y el puño, con fuerza al parecer renovada, se cerró otra vez. Mientras, a causa del itinerario que habíamos trazado, nos mantuvimos en las cercanías de su ciudad natal, el puño se apretaba con obstinación, pero apenas empezamos a alejarnos hacia el oeste, buscando tierras secas antes de enfilar hacia el sur, el puño se distendió, el cuerpo se incorporó un poco en el camastro y los movimientos de las manos, que dos mil años antes, bajo el pórtico de Atenas, habían sido tan familiares para los discípulos de Zenón, volviendo a lo visible por un camino inesperado, puntuales, recomenzaron. Una sola explicación me parece posible: cada lugar fragmentario pero único del mundo lo encarna en su totalidad, de modo que para el joven Parra su ciudad natal era la síntesis del universo cuya enigmática complejidad él había tratado de desentrañar con la ayuda de lecturas frenéticas y desordenadas, hasta perder un día la razón, así que, al alejarnos del escenario donde había tenido lugar la experiencia destructora, el terror disminuía, pero cuando nos acercábamos de nuevo, la proximidad de la ciudad cargada de ese pasado tan penoso, lo hacía recrudescer. *(A esta explicación filosófica del doctor Real le podemos oponer hoy en día una más simple y sobre todo más probable: lo que se alejaba y se acercaba con las vicisitudes del viaje, y que había vuelto loco a ese pobre muchacho, no era el universo enigmático ni nada por el estilo sino, como salta a la vista, su propia familia. Nota de M. Soldi.)*

Ya se habrá notado que, para alcanzar un lugar que estaba casi a la altura de nuestro punto de partida, tuvimos que viajar cuatro días, lo que hubiese debido cubrir, en tiempos normales, la cuarta parte de nuestro viaje, de modo que la quinta jornada, bien de mañana, arrancamos decididos hacia el oeste, buscando tierras secas que nos permitieran viajar hacia el sur. Así, en algunas horas, nos fuimos internando en la parte más chata, más vacía, más pobre de la llanura. Un viento del sur, persistente y helado a pesar del cielo límpido en el que no se divisaba una sola nube, nos golpeaba por nuestro flanco izquierdo

cuando rumbeábamos tierra adentro, mientras que a ras del suelo sacudía los pastos grises y reseco que el invierno había ido haciendo ralea. Un día entero viajamos alejándonos del agua, hacia el puro desierto, y cuando acampamos al anochecer, frente a un sol redondo, rojo y bajo, enorme, que ya casi tocaba el filo del horizonte, acentuando con un halo rojizo y cintilante el contorno de las cosas, tuve la impresión, más triste que aterradora, de que era al centro mismo de la soledad que habíamos llegado. Sobre la tierra chata que pronto escamotearía la noche, me pareció, durante unos instantes, que éramos la única cosa viva retorciéndose bajo ese sol extranjero, aplastante y desdeñoso. Interrogué con la mirada el círculo entero del horizonte, sin percibir otro movimiento aparte de la inclinación temblorosa del pasto hostigado por el viento, ni otro sonido que no fuese el silbido de ese soplo helado que venía del sur. Y aunque yo sabía que en ese desierto pululaba no únicamente la vida animal, sino también la vida humana, nómada y solitaria, fue el hálito inhumano del paisaje lo que me hizo estremecer. Nunca, ni antes ni después de ese viaje, llegué a tener, como las que mandaban la tierra vacía, el enorme sol rojo y, unas horas más tarde, las estrellas abrumadoras, noticias tan claras sobre la condición real de todo lo que crecía, reptaba, aleteaba, latía y sangraba, agitándose en contorsiones grotescas, en medio del mecanismo ígneo que el azar había puesto, porque sí, en movimiento. Prendimos un fuego modesto, porque la leña no abunda en ciertas partes de la llanura, y después de comer, desvestido a medias para protegerme del frío, me metí en la cama y a la luz de una vela, antes de dormirme, leí unas páginas de Virgilio.

Durante leguas y leguas, el desierto es en cada una de sus partes siempre idéntico a sí mismo. Únicamente la luz cambia: el sol periódico se levanta al este, sube lento y regular hasta el cenit y después, con la exactitud ritual con que ha alcanzado el punto máximo del cielo, desciende hacia el oeste y por fin, volviéndose enorme y de un rojo que empalidece y se enfría poco a poco, cintilando con una luminosidad familiar quizás en el espacio infinito, pero extranjera aquí abajo, se hunde en el horizonte y desaparece, cubriendo todo con la negrura viscosa de la noche hasta que, unas horas más tarde, por el este, vuelve a aparecer. Si no fuese por los cambios de luz y de color que se producen a causa de ese giro perpetuo, el jinete que atraviesa la llanura tendría la impresión, en un remedo inútil y ligeramente onírico de movimiento, de cabalgar siempre en el mismo punto del espacio. (En los días nublados esa ilusión es perfecta, y un poco inquietante.) Los ruidos rítmicos del desplazamiento, en carro, en carreta, en coche de postas o a caballo, repitiéndose idénticos durante largos trechos, a causa de la regularidad, cuando no la ausencia, de los accidentes del terreno, parecen repetir también al infinito el mismo instante, como si la cinta incolora del tiempo, atascada en la muesca de la rueda o quién sabe qué que la desplaza, titilara en un punto inmóvil por no poder, a causa de su esencia hecha de puro cambio, interrumpiéndose, descansar. Esa monotonía adormece. Las cosas que, fuera del avanzar del jinete, pueden ocurrir a menudo por ser propias del lugar, terminan adaptándose a esa ilusión de repetición, y si la primera vez que suceden atraen la mirada y aun la curiosidad del viajero, al cabo de cierto tiempo ya se han vuelto más que familiares y flotan, fantasmáticas, más allá de la expe-

riencia, y, por momentos, incluso más allá del conocer. La vida que hormiguea entre sus pastos de altura regular por ejemplo, sacada de su tranquilidad por el paso de algún carro o de algún jinete, esa vida activa y variada que podría ocupar la existencia entera de un naturalista, para el viajero que no tiene otra preocupación que dejar atrás cuanto antes esos pobres campos perdidos, si su primera aparición puede despertar en él algún interés, al cabo de unas horas se empasta en la más uniforme monotonía: si a su paso salta una liebre, será siempre la misma imagen del salto que su ojo captará, y verá siempre los cuartos traseros de la liebre rabona un poco más claros que el resto, elevarse, mientras de la cabeza, que ya se ha hundido en los pastos, sólo alcanzará a divisar, en un relámpago, la punta de las orejas. Si se trata de perdices, será siempre un casal, de un plumaje entre gris, verdoso y azulado, con reflejos metálicos, que saldrá volando, el macho y la hembra uno al lado del otro, casi a ras de los pastos, para volver a desaparecer en ellos y recomenzar su vuelo corto, torpe y de poco aliento, unos metros más adelante. Legua tras legua, los mismos caranchos darán la impresión de revolotear sobre la misma osamenta, y los mismos caballos salvajes, en viaje de invernada, pastar en manadas de quince o veinte, tranquilos y diminutos, sobre la línea del horizonte. Una particularidad del paisaje, que aparece de pronto, trayendo consigo la diversidad, extendiéndose durante leguas, no es más al fin y al cabo que una nueva parcela de lo igual que comienza, y cuya novedad, casi de inmediato, se desvanece. Lo mismo que el mar, la llanura es únicamente variada en sus orillas: su interior es como el núcleo de lo indistinto. Desmesurada y vacía, cuando en ella se produce algún accidente, siempre se tiene la ilusión, o la impresión verídica quizás, de que es un mismo accidente que se repite. Cuando algo fuera de lo común acontece, tan intenso y nítido es su acontecer que, poco importa que haya sido fugaz o que perdure, siempre su evidencia excesiva nos parecerá problemática.

Treinta años más tarde cuando, en las noches lluviosas de Rennes, me acuerdo de ese viaje, suelo pensar: nadie más que yo en el mundo sabe lo que es la soledad, lo que es el silencio. Una mañana, como a los diez días de nuestra partida, nos separamos del convoy con Osuna y cabalgamos una hora más o menos para explorar las inmediaciones, con el pretexto de visitar no sé qué estancia, que por otra parte nunca encontramos, y de la que hasta hoy sospecho que era puramente imaginaria, y que la verdadera razón de nuestra excursión era el temor creciente de Osuna de que nos topásemos de un momento a otro con el cacique Josesito. Su temor no era el de perder la vida, sino la reputación en tanto que guía, puesto que su trabajo consistía en llevarnos sanos y salvos a nuestro destino, y si fallaba en eso, su susceptibilidad desmedida sufriría demasiado. Eran más o menos las diez de la mañana y como el viento sur había parado y ni una nube impedía a la luz del sol calentar la tierra, ya flotaba en el aire, a pesar de que recién eran los primeros días de agosto, un anuncio de primavera. En la mañana clara la luminosidad aumentaba tan rápido que Osuna y yo parecíamos galopar, no hacia un lugar cualquiera del horizonte, que por otra parte parecía siempre inmóvil y en el mismo sitio, sino hacia el punto imposible del tiempo en el que brilla, llameante y fijo, el mediodía. En el borde de una laguna nos detuvimos para dejar beber a los caballos y viendo que, a causa de ese

inicio precoz de primavera y de la humedad favorable del terreno, una flora reciente empezaba a brotar, con el fin de observarla para comentarle más tarde mis observaciones al doctor Weiss le propuse a Osuna que, si me prometía no tardar demasiado, yo podía esperarlo cerca de esa laguna mientras él terminaba de explorar los alrededores. Halagado por el interés que despertaba en mí ese lugar, como si él fuese el propietario, Osuna aceptó de inmediato mi sugerencia, y con su habitual determinación para la esfera práctica que, a quien no lo conocía tan bien como yo, podía ocultarle sus tironeos interiores, enfiló al galope hacia el sudoeste. Iba nítido y espeso en la mañana, y su poncho a rayas verdes y coloradas flotaba alrededor de su torso tieso, un poco inclinado hacia atrás, achicándose por saltos discontinuos como si se fuese comprimiendo, y cuando se hubo alejado lo suficiente como para que el ruido de los cascos dejara de oírse, el movimiento del galope, sin la consecuencia sonora que lo acompañaba otorgándole un sentido inteligible, se transformó en una cabriola irreal, un poco alocada, como las de esos muñecos de papel exageradamente desarticulados que alguien manipula con un hilo invisible y que se agitan en silencio en el aire hasta que se desmoronan, deshechos, en el suelo. Osuna y el caballo que montaba, y que seguían siendo uno y otro porque únicamente mi memoria se obstinaba en afirmarlo, antes de que el horizonte se los tragara, después de esa patente compresión por saltos sucesivos, llegaron a ser tan diminutos que, de golpe, sin ninguna transición, desaparecieron, y por más que el ojo siguió buscándolos, un poco más acá del horizonte, en la franja insignificante y oscura de tierra por encima de la cual el cielo azul se abría interminable y parejo, como un abismo luminoso, no volvió a divisarlos, y aunque la mente presumía que estaban todavía ahí, no pudo vislumbrar ningún indicio, ningún signo, ninguna consecuencia de su presencia o de su paso.

Me quedé solo en la proximidad del agua. Al llegar, los chajás, los teros sobre todo, expresaban, con sus gritos insistentes, ruidosos, su ansiedad. Paseándose nerviosos por la orilla, sin dar siquiera la impresión de mirarnos, iban y venían gritando y estremeciéndose, sacudiendo el plumaje como si quisieran sacarse de encima la amenaza que nuestra presencia representaba para ellos. Desde que atravesamos el río por el norte de la ciudad y empezamos a avanzar por la llanura, habíamos tenido la ocasión de ver muchos animales diferentes, en mayor número que de costumbre y, en ciertos casos, para algunas especies, en lugares que no tenían la costumbre de frecuentar. Esa abundancia inusual se debía a que la crecida, al cubrir grandes extensiones, había corrido a muchos animales de los lugares donde vivían habitualmente obligándolos a instalarse en las franjas secas de tierra. De ese modo, habíamos visto una ondulación pesada y fangosa de yacarés que se habían trasladado hacia el oeste junto con la orilla del agua, y una cantidad inusitada de felinos que, aunque viven entre los árboles y en medio de la maleza, debieron emigrar a la llanura descubierta para escapar del agua. Si bien a medida que avanzábamos tierra adentro, los animales y la vegetación se encontraban otra vez en su lugar acostumbrado, en las inmediaciones del límite oeste de la crecida, la abundancia animal era evidente, y la inconsecuencia que suponía la presencia de ciertas especies en un terreno que no tenían la costumbre de frecuentar, le daba al viajero la impresión de que

ese trastocamiento producía en los animales una suerte de desorientación, de inquietud y aún de pánico, que los hacía olvidarse de sus actitudes ancestrales y, sacados de ese molde inmemorial, les permitía vivir en esa tierra última esperando que el mundo retomase su curso normal. La presencia de tantas especies diferentes en un espacio tan reducido, reptando, correteando, nadando o volando, inmóviles al pie del agua o aleteando en el aire, le daba al paisaje el aspecto abigarrado que tiene la disposición arbitraria de ejemplares diferentes en una lámina de naturalista. Esa impresión de seres pintados que, desde mi infancia, suelen darme a veces los animales, tal vez provenga de la imposibilidad que tenemos de ponernos en su lugar, de imaginar lo que pasa en ellos por adentro y, al mismo tiempo, excepción hecha tal vez de los perros, de esa especie de indiferencia en tanto que individuos que les inspiramos, y que está presente tanto en el pájaro que vuela alto en el cielo, como en el caballo que montamos o en el tigre que se apresta a devorarnos. Fuera de sus actos exteriores de supervivencia, son inaccesibles para nuestra razón; es más fácil para nosotros calcular los movimientos del astro más remoto que imaginar los pensamientos de una paloma. Un grupo de mariposas en el que todas hacen a la vez, sin error posible, el mismo movimiento, muestra lo pobre que son nuestras categorías de individuo y de especie, y pocos conocen el sentido de la palabra exactitud si no han visto alguna vez una bandada de pájaros revolotear sobre un campo en el cielo límpido del atardecer dibujando unánimes, veloces y precisos, las mismas figuras variadas. Son sin duda más chicos, de vida más corta y más limitada, pero más perfectos en lo que son que el hombre inacabado y torpe. Y esa exterioridad inaccesible de figuras pintadas que presentan, en la soledad de la llanura se refuerza todavía más, lo que los vuelve casi fantasmales. La liebre que salta al paso del jinete y desaparece entre los pastos parece ser y no ser al mismo tiempo, presencia real para los sentidos y fantasma fugaz para la imaginación.

Los teros que iban y venían, ruidosos, en la orilla de la laguna, al comprobar quizás que sus gritos no me ahuyentaban, terminaron por hacer silencio y desaparecieron en la maleza, para ponerse de guardia cerca de sus nidos construidos en el suelo, de modo que durante unos segundos no hubo ante mí ninguna presencia viviente, aunque yo sabía que en el agua, en las orillas, y en el campo alrededor la vida pululaba. La laguna, de unos cincuenta metros de diámetro, reflejaba el azul del cielo, que al mezclarse con el beige del agua se aclaraba un poco, adquiriendo un tinte amarillento y, por trechos, ligeramente verdoso. La luz del sol ya alto cabrilleaba en la superficie y si algún movimiento, por mínimo que fuese, la sacudía, un destello fugaz, un poco más intenso, se encendía, intermitente, varias veces, y después, sosegándose, se confundía otra vez con las vibraciones constantes y uniformes que se mecían en el agua. Exteriores a mí no había más que la laguna, el horizonte próximo y tan redondo que parecía trazado con un compás, el pasto invernal todavía grisáceo en el que a la distancia no se distinguían los brotes primaverales, y encima, como una campana de porcelana azul, bien apoyada en el suelo por una base circular que coincidía al milímetro con el círculo del horizonte, la cúpula del cielo en la que la mancha incandescente del sol, que yo no podía ver porque estaba vuelto hacia el oeste, por donde Osuna había desaparecido al galope, me recalentaba la nuca

y la espalda a través de la chaqueta. Mi caballo, en el que seguía todavía montado, esperando una orden quizás, palpitaba sin moverse, caliente y sudoroso. Le di unas palmadas en el cuello y en el lomo húmedo, que recibió con movimientos repetidos de cabeza y, desensillando, di unos pasos hacia la orilla de la laguna, trayéndolo de las riendas para incitarlo a calmar su sed. Sorbió agua un rato con tranquilidad, casi con delicadeza y después, al parecer satisfecho, enderezó el cuello otra vez y se puso a mirar a lo lejos, la línea curva del horizonte quizás, que corría, regular, más allá de la laguna. Pero, como creo haberlo dicho más arriba, me resultaba difícil saber con exactitud hacia dónde miraba y deducir, de esa placidez, alterada de tanto en tanto por unos sacudimientos nerviosos, leves y distraídos, como si no supiese que vivía en su propio cuerpo, los pensamientos, o como quiera llamárselos, que lo visitaban. Empecé a mirar su perfil con fijeza, y como si él lo hubiese advertido, ni una sola vez volvió hacia mí la cabeza, con tan aparente obstinación, que parecía estar tratándome adrede con indiferencia. Durante unos segundos, tuve la impresión inequívoca de que simulaba y, casi de inmediato, la total convicción de que sabía más del universo que yo mismo, y que por lo tanto comprendía mejor que yo la razón de ser del agua, de los pastos grises, del horizonte circular y del sol llameante que hacía brillar su pelo sudoroso. A causa de esa convicción me encontré, de golpe, en un mundo diferente, más extraño que el habitual y en el que, no solamente lo exterior, sino también yo mismo éramos desconocidos. Todo había cambiado en un segundo y mi caballo, con su calma impenetrable, me había sacado del centro del mundo y me había expelido, sin violencia, a la periferia. El mundo y yo éramos otros y, en mi fuero interno, nunca volvimos a ser totalmente los mismos a partir de ese día, de modo que cuando desvié la mirada del caballo y la posé en el agua celeste, en los pastos grisáceos, viendo la cápsula azul que se cerraba apoyándose en la línea del horizonte, con nosotros adentro, me di cuenta de que, en ese mundo nuevo que estaba naciendo ante mis ojos, eran mis ojos lo superfluo, y que el paisaje extraño que se extendía alrededor, hecho de agua, pastos, horizonte, cielo azul, sol llameante, no les estaba destinado. El silencio era total, de modo que cada ruido que se escuchaba contra él, por mínimo que fuese, podía oírse, patente, en cada uno de sus sonidos descompuestos: un deslizamiento animal entre los pastos, mi propia respiración, y hasta el latido de mi corazón que, de golpe, un tucutucu pareció ponerse a remedar a lo lejos, unos curiosos y apagados ruidos nasales que, sacudiendo la cabeza, abstraído, empezó a emitir el caballo. Una idea absurda se me ocurrió: me dije que, desterrado de mi mundo familiar, y en medio de ese silencio desmesurado, el único modo de evitar el terror consistía en desaparecer yo mismo y que, si me concentraba lo suficiente, mi propio ser se borraría arrastrando consigo a la inexistencia ese mundo en el que empezaba a entreverse la pesadilla. Pero mi conciencia, rebelde, persistía, susurrándome: *si este lugar extraño no le hace perder a un hombre la razón, o no es un hombre, o ya está loco, porque es la razón lo que engendra la locura*. En la hermosa mañana soleada el pánico empezaba a ganarme cuando vi que, del horizonte hacia el sudoeste, un puntito empezaba a crecer, moviéndose indistinto primero, transformándose en un hombre a caballo un poco más tarde, hasta que vi flamear el poncho a rayas rojas y verdes de Osuna, y unos minutos

más tarde al propio Osuna que sofrenaba su caballo a tres metros del mío y me decía que, pensándolo mejor, había decidido volver a buscarme para que pudiésemos dar una vuelta más grande sin tener que volver a pasar por los lugares que ya habíamos explorado a la ida. (Meses más tarde le conté al doctor Weiss las impresiones que había tenido durante los pocos minutos que me había quedado solo con mi caballo en la laguna. El doctor adoptó una expresión grave y reflexionó un buen rato antes de contestar: *Entre los locos, los caballos y usted, es difícil saber cuáles son los verdaderos locos. Falta el punto de vista adecuado. En lo relativo al mundo en el que se está, si es extraño o familiar, el mismo problema de punto de vista se presenta. Por otra parte, es cierto que locura y razón son indisociables. Y en cuanto a la imposibilidad que usted señala de conocer los pensamientos de un colibrí o, si prefiere, de un caballo, quiero hacerle notar que a menudo con nuestros pacientes sucede lo mismo: o prescinden del lenguaje, o lo tergiversan, o utilizan uno del que ellos solos poseen la significación. De modo que cuando queremos conocer sus representaciones, descubrimos que son tan inaccesibles para nosotros como las de un animal privado de lenguaje.*)

Puesto que hablamos de locos debo, me parece, prosiguiendo mi memoria, volver a los míos: es obvio que constituían mi preocupación principal, y que ponerlos sanos y salvos en manos del doctor Weiss estaba resultando, con los obstáculos que encontrábamos a nuestro paso, menos simple de lo que habíamos imaginado. De los cinco, yo sabía que había tres que, aun en caso de agravación súbita de su enfermedad, no acarrearían mayores problemas porque, encerrados en la celda estrecha de su locura, parecían prescindir por completo de lo exterior, y una agravación de su estado no podía sino hacer más exigua y más oscura la prisión en la que vivían, y más grande y pasiva su indiferencia. Los monólogos del mayor de los Verde, por vehementes que pudieran ponerse, no intentaban en el fondo convencer a nadie, y los ruidos bucales de Verdecito eran una especie de muralla sonora que lo mantenía aislado del mundo, para no hablar del joven Parra que, a decir verdad, recién varios meses más tarde de ser internado en la Casa de Salud, se dejó sacar por primera vez, sin ponerse a lloriquear, de la cama (y un año más tarde de la habitación). Por exasperante que fuese, la frase única del mayor de los Verde – *Mañana, tarde y noche*, como se recordará –, que pretendía abordar todos los temas de conversación, de discusión, y aún de edificación paternalista de sus interlocutores, representaba en realidad el paroxismo de su locura, y una variación de su estado no podía sino disminuir su vehemencia hasta la más extrema melancolía. En cuanto a Verdecito, es cierto que las dificultades aumentaban su nerviosidad, sus conciertos bucales y su sordera, de tal manera que había que repetirle varias veces las frases más triviales que se le dirigían, pero en lo que a mí se refiere, el principal problema era que se me pegaba como mi propia sombra y únicamente parecía sentirse seguro cuando se encontraba a mi lado, lo que por una parte facilitaba su vigilancia, pero por la otra podía hacerme perder la paciencia y como corolario turbar su tranquilidad.

Eran sor Teresita y Troncoso los que, ya antes de la partida, me preocupaban porque, a diferencia de los otros, resultaban difíciles de manejar en razón de que como ocurre a menudo con cierta clase de locos, en lugar de encerrarse en sí mismos, creían con fervor en la legitimidad de su delirio y, queriendo a

toda costa imponérsela al mundo, militaban por su locura. La monjita estaba convencida de que, después de la resurrección, Cristo se había llevado al cielo, separándolo del humano, al amor divino, dejando únicamente sus chispas dispersas entre los hombres, y que ella tenía como misión volver a juntarlas a través del acto carnal, para fusionar nuevamente lo divino y lo humano. Su *Manual de amores* es sobremanera explícito sobre ese punto, y si en las últimas páginas su pensamiento se disgrega para dar paso a una lista insensata de vocablos soeces, en la primera parte de su tratado hay una exposición razonada de su doctrina que, si uno adopta por un momento el punto de vista de su teología, resulta por cierto inatacable. Puesto que los teólogos llaman positiva a la teología puramente especulativa y racional, y teología negativa creo a la mística, podemos imaginar que, igual que Santo Tomás, en medio de la redacción de su *Manual* sor Teresita adquirió la convicción de que debía poner en práctica las recomendaciones que había recibido de Cristo en el Alto Perú, y si esta hipótesis es verdadera, arrojaría una luz nueva sobre la razón de ser de la parte final de su tratado. En todo caso, sor Teresita era sin la menor duda una presencia turbulenta en nuestra caravana, y el dilema principal que se me presentaba era el de tratar de tenerla apartada de los soldados sin encerrarla en su carromato: hubiese habido una contradicción entre el hecho de mantenerla bajo llave durante el viaje y el de que en *Las tres acacias* los enfermos, salvo rarísimas excepciones, podían circular con toda libertad por el establecimiento. Otro de mis problemas era saber hasta qué punto los miembros del convoy, carreros, soldados, rameras, estaban al tanto de la clase de delirio que se había apoderado de sor Teresita, y durante los dos o tres primeros días tuve la ilusión, totalmente injustificada desde luego, de que nadie conocía los desvaríos eróticos de la monjita, hasta que una tarde vi un grupo de soldados que, cerca del bar del vasco, habían formado un círculo cuyos componentes parecían escuchar con profunda atención y seriedad a alguien que hablaba en el interior. Intrigado, me acerqué para ver de qué se trataba, y por encima del hombro de uno de los soldados pude comprobar que sor Teresita, entrecerrando los ojos de indignación, y bajando la voz, como si se tratara de un terrible secreto, les estaba revelando a los soldados que, *si a Cristo lo habían crucificado, era porque la tenía así de grande*, y acompañaba sus palabras con un ademán que yo ya conocía, consistente en elevar las manos a la altura de su pecho y, poniendo las palmas frente a frente a unos treinta centímetros de distancia una de la otra más o menos, sacudirlas las dos a la vez para significar un tamaño aproximativo. Cuando vio mi cara de estupefacción por encima del hombro del soldado que, al igual que todos los otros, hechizado por las palabras de sor Teresita, ni siquiera había reparado en mi presencia, la monja se echó a reír, y con un desparpajo que todavía hoy me hace sonreír cuando lo recuerdo, sacó la lengua, la pasó con deleite simulado por sus labios casi inexistentes y, anticipándose a mi llamado, salió del círculo de soldados y me acompañó con docilidad hasta su carromato. No hicimos ningún comentario, y todo ocurrió con naturalidad, pero lo que me impresionó más profundamente, y sobre todo me incitó a la reflexión, fue la seriedad, por no decir la gravedad con que los soldados la escuchaban. Era evidente que ya no dudarían un solo instante, por todo el resto de sus vidas, de que la verdade-

ra causa de la crucifixión acababa de serles revelada por la monjita.

En lo relativo a Troncoso, las complicaciones que trajo la evolución de su estado resultaron muchísimo más graves, hasta poner en peligro la vida y los bienes de los miembros de nuestra caravana, lo cual demostró una vez más, como si tal redundancia no fuese superflua para el mundo, que el delirio, les guste o no a los filósofos, es tan o más apto que la voluntad para orientar según su capricho la sucesión del acaecer. Ya desde antes de la partida yo veía aumentar, casi imperceptiblemente al principio, la agitación de Troncoso, que se manifestaba en una inquina sorda hacia mi persona, que lo incitaba sobre todo a competir conmigo en el plano de la organización y del comando de la caravana, responsabilidad que, como creo haberlo dicho, compartíamos con Osuna y con el sargento Lucero. Desde nuestro primer encuentro en casa del señor Parra, circunstancia en que debí exhibir mi autoridad ante él y sus hombres previendo las dificultades que suele acarrear la agravación de la manía, y que un viaje como el que estábamos a punto de llevar a cabo podría multiplicar, Troncoso oscilaba, en sus sentimientos hacia mi persona, entre el temor y el despecho, la prudencia y la sorna, el respeto y el resentimiento. Pero a pesar de su desdén poco disimulado, y que probablemente no lo disuadía de agregar ni el sarcasmo ni la calumnia, no era más que mi paciente, y como yo era su médico, su salud y su persona estaban bajo mi responsabilidad, sin que contase para nada el concepto en que me tenía ni los sentimientos poco tranquilizadores que le inspiraba. Cuando todavía estábamos en la ciudad, Troncoso asumía siempre, de un modo quizás confusamente deliberado, actitudes que se encontraban en el límite de lo que yo, en tanto que médico suyo, podía tolerar, ya que en nuestras conversaciones cotidianas le daba mis consignas acerca de lo que le estaba permitido hacer en lo relativo a sus salidas, su conducta pública, su alimentación, su higiene, su disciplina diaria, etcétera, consignas que él respetaba, aunque siempre al borde de la desobediencia como ya lo he dicho, pero apenas iniciamos nuestro viaje, su temperamento fogoso se agitó un poco más que de costumbre haciéndome temer a cada momento una explosión, la que no dejó de producirse. Su extraordinaria actividad, que en la monotonía de la llanura no tenía mucho en qué aplicarse, le impedía permanecer descansando en el carromato como lo hacían los otros enfermos y, cualquiera fuese la hora a la que yo, después de despertarme y vestirme, saliese a la mañana, ya estaba él montado en su azulejo, trotando en las inmediaciones, hablando a los gritos con los soldados o los carreros que no siempre parecían entender bien el sentido de sus sarcasmos, de sus órdenes y de sus exclamaciones. Era un jinete prodigioso que actuaba como olvidado de que iba a caballo, pero sin cometer nunca ninguna falta, y el animal que montaba parecía también él adoptar una actitud de indiferencia hacia su jinete, y todo lo que hacían a la vez, paso, trote, galope, carrera, frenada súbita, reculada o cabriola, parecía el resultado, no de una orden imperceptible dada por el hombre al animal, sino de la coincidencia espontánea, casi mágica, que armonizaba en lo exterior, por un azar prolongado, los movimientos casuales de dos voluntades reconcentradas en sí mismas e ignorantes una de la otra. Esa pericia de jinete barría las reticencias de los soldados que, a pesar de su extravagancia, se resignaban a respetarlo, lo que junto con la lealtad obsecuente del

Ñato complicaba mi tarea de vigilancia. Un signo inequívoco de que su estado empeoraba no era solamente la actividad frenética y sin ninguna finalidad práctica que ejercía todo el tiempo, de día y de noche, ya que, sin dar jamás muestras de cansancio, casi ni dormía, sino también el hecho de que su aspecto exterior, vestimenta, barba, cabellera, se iba degradando, y ya casi no se cambiaba de ropa ni se afeitaba, y ni siquiera se lavaba, de lo que resultaba que sus pantalones y su chaqueta estaban llenos de manchas y hasta de roturas, y su camisa blanca con volados, tan limpia cuando recién llegó a la ciudad, toda arrugada y de un color indefinible. Siempre había unas burbujitas de saliva espumosa en la comisura de sus labios, y si algo contrastaba con la fiebre movediza de todo su cuerpo, que no podía estarse quieto en ninguna parte, era la fijeza de su mirada, enturbiada por unos hilitos tortuosos de sangre que enrojecían sus ojos congestionados. A veces, al atardecer, bajaba del caballo y se paseaba por entre los carros detenidos, rígido, dando grandes trancos enérgicos, el pecho inflado, la cabeza erguida, desmelenado y tostado por el sol que, un poco más intenso cada día, ardía en el cielo. Podía tener un libro en la mano, leyéndolo de un modo entrecortado, sin dejar de caminar o, si se abstenía de leer, o de simular que leía, no se privaba en cambio de exteriorizar sus pensamientos con exclamaciones, risotadas, u observaciones desdeñosas e incomprensibles que, al pasar y sin detenerse, dirigía a algún otro miembro de la caravana con el que se cruzaba. Dos o tres veces vino a verme con el fin de exigir modificaciones del trayecto que según él contribuirían a acelerar el viaje, pero sobre todo a quejarse de la presencia de las tres rameras y de la monja —a la que llamaba, con una sonrisita sarcástica *la puta superiora*— en el convoy, pretendiendo que entre las cláusulas del contrato firmado con su familia para estipular las condiciones de su tratamiento, figuraba de manera explícita que el enfermo no debía codearse jamás con personas de baja condición o de moralidad dudosa. Todos los días me mandaba con el Ñato un parte escrito al que yo, como es obvio, ni siquiera contestaba. A veces su proclama insensata insumía varios folios y a veces se limitaba a una sola frase, que a primera vista parecía no tener ningún sentido, después de varias lecturas muchos sentidos diferentes y más tarde, en el recuerdo, si se la pensaba bien, un sentido preciso pero enigmático que, aunque el lector tenía la impresión de adivinarlo, era imposible de desentrañar. Ese desvarío continuo pretendía ser un vasto programa político destinado a cambiar, no únicamente los fundamentos de la sociedad, sino también los del universo. Según esas proclamas había que deponer al rey, desconocer la jurisdicción del virreynato, guillotinar a las autoridades de Roma y también —transcribo en forma literal esta última reivindicación— *abolir de una vez por todas, por no tener más fundamento que la costumbre y la esclavitud espiritual de los pueblos, los privilegios hereditarios y consuetudinarios del Sol y demás astros del cielo*. La fase constructiva de su programa consistía en federar las tribus indígenas del continente, y, para no herir susceptibilidades, atribuirles un monarca que no perteneciese a ninguna de ellas y que cumpliera también el papel de representante supremo de una nueva religión, una especie de rey-sacerdote para aplicar la legislación referida a la organización social y a la vida religiosa, y al mismo tiempo que fuese jefe militar y padre espiritual de la nueva comunidad. Demás está decir que los ras-

gos de ese personaje eminente tenían, para quien fuese capaz de descifrar la prosa enredada de sus boletines, más de un punto común con los del autor, llevado por su delirio creciente a concebirse a sí mismo cada vez más como el amo legítimo del universo. Que yo dejase sus mensajes sin respuesta lo ponía fuera de sí, pero hubiese sido un error de mi parte acordarle el más leve signo de que sus dislates podían ser tomados en serio. Para su descargo, debo reconocer que en mi ya larga vida, he visto sucederse, tanto en Europa como en América, en los años recientes, lo mismo que gracias a la lectura de Tácito o de Suetonio en los siglos luctuosos que nos precedieron, muchas veces la misma demencia de Troncoso en acción, medrando esta vez hasta alcanzar sus objetivos insensatos, que no son otros que los de aplastar, por puro capricho y estima desmedida pero injustificada del propio ser, con un talón ensangrentado, las esperanzas del mundo.

Lo cierto es que aún para los más distraídos observadores, el estado mental de Troncoso empeoraba día tras día, hora tras hora. Prácticamente ya no dormía; era inútil intentar encerrarlo en el carronato, porque eso acrecentaba su furor, así que opté por dejarlo en libertad, bajo la vigilancia cuidadosa de los enfermeros y de la mía propia. El solo consumía diez veces más de nuestros cuidados que los otros cuatro enfermos juntos. Había tomado la costumbre de apostrofar al sol naciente todas las mañanas, yendo y viniendo por una corta línea imaginaria, siempre de perfil al disco rojo que subía, despacio, del horizonte, y se dirigía a él elevando y sacudiendo los brazos en su dirección, pero sin mirarlo directamente (lo intentó varias veces, pero siempre a la hora del mediodía, de modo que le era imposible sostener largo tiempo la mirada, mientras su cara gesticulante y ya totalmente ennegrecida, se llenaba de unos rastros tortuosos de sudor que le empapaban la camisa en el cuello y en la espalda). Cuando, a la mañana, el convoy se ponía en marcha, él montaba en su azulejo y se adelantaba al galope, hasta casi desaparecer en el horizonte, pero de inmediato lo veíamos volver, el pelo color pizarra del caballo restallando de sudor, las venas salientes y el cuerpo lleno de palpitations. Su agitación parecía aumentar con el calor que crecía y que en esos días —ya hacía más de quince que habíamos salido— se estaba volviendo exasperante. Todo el mundo se maravillaba de ver, por una parte, la actividad descabellada de Troncoso y por la otra la resistencia del caballo obligado, bajo ese clima intempestivo y riguroso, a prestarse a todos los sobresaltos nerviosos del jinete. Hay mucha gente que piensa que la locura es contagiosa: si lo es, lo es menos porque, en presencia de un loco, los que lo rodean adquieren sus mismos síntomas, que porque la locura es tan corrosiva que, alterando a los que deben convivir con ella, hace surgir en ellos síntomas propios que en tiempos normales seguirían dormidos, y como esa alteración se produce por vía nerviosa, sin que la razón o la voluntad de los que la sufren intervenga para nada, no sería raro que, de tanto convivir con él, hasta el caballo de Troncoso se hubiese vuelto loco. Lo cierto es que en esa situación de por sí delicada se produjo un hecho que, aunque lo veníamos temiendo desde antes de la partida, hubiésemos preferido que no sucediera: unos viajeros se habían topado con la banda de Josesito, o de quien fuese, y nos tocó a nosotros la triste circunstancia de encontrar sus restos.

Era una masacre fresca, de cuatro o cinco días a lo sumo, pero ya casi no quedaba nada de los seis cuerpos que yacían dispersos por el campo: los chimangos, los cabeza colorada, los urubúes y los caranchos, disputándose a los picotazos con los perros cimarrones los restos que habían abandonado, ya repletos, los felinos, los habían limpiado casi por completo, dejando los huesos y un poco de pelo y uñas, y ahora multitudes de hormigas negras y coloradas se ocupaban, con apuro torpe y empecinado, de los filamentos reseco que las brigadas de animales más fuertes y más rápidos, surgidos de la nada y vueltos a desaparecer en ella, se habían dignado dejarles. También los indios, todo aquello que no habían podido llevar, se lo habían dejado a un animal más feroz que todos los otros, el fuego. Un gran círculo de ceniza que interrumpía el pastizal incesante, señalaba el lugar donde la hoguera había ardido: removiendo la ceniza, encontramos algunas piezas de hierro retorcido y unos pedazos de madera con un extremo intacto y el otro ennegrecido, donde se había formado la brasa, y que por lo tanto se podía desmenuzar fácil con los dedos. A no ser por las partes que estaban cerca de las articulaciones, donde todavía quedaban filamentos de carne y en las que por lo tanto hervían las hormigas, los huesos ya blanqueaban al sol matinal. En los tres o cuatro días, de la red de carne y de sangre en la que se debatían, de los latidos de incertidumbre y pasión que los agujijoneaban con su tironeo constante, habían alcanzado, a través de la simplicidad blanca de los huesos, y liberados de la chicana extenuante de lo particular, la inmutabilidad propia de las cosas universales, pasando primero de ser sujeto a ser objeto y ahora, descubiertos otra vez por ojos humanos, de objeto a símbolo. Mientras los enterrábamos, si algunos soldados se persignaron, únicamente al indio Sirirí se le ocurrió rezar, pero sus ojos llameaban mientras lo hacía. El dios al que se dirigía debía ser sin duda una entidad doble capaz de recibir al mismo tiempo la humildad de sus plegarias y la cólera de sus pensamientos; los crímenes de Josesito parecían alcanzar una zona suya más honda que la compasión o la moral, donde moraba una humillación opuesta a la del cacique, y si a Josesito le resultaba intolerable admitir la superioridad arrogante de los cristianos, tal vez lo que Sirirí no podía soportar era el ser diferente de ellos. Esa simetría encerraba una antinomia irreconciliable y estoy seguro de que Josesito debía oponer, al odio de Sirirí, el desprecio más violento.

Pero fue en Troncoso en quien nuestro hallazgo trágico pareció producir el efecto más fuerte. Como parecen poseer una conciencia confusa de sus incoherencias al mismo tiempo que perciben el escepticismo de sus interlocutores, muchas veces los alienados, tratando de mostrar una apariencia de normalidad, sólo consiguen dar a quienes los observan una impresión de simulación, por no decir de teatralidad. Frecuente ante muchos enfermos, esa impresión era notable en el caso de Troncoso y los cadáveres de los pobres viajeros martirizados la volvieron todavía más intensa. Si se abstuvo de participar en la ceremonia de inhumación, no por eso su agitación dejaba de ir en aumento, lo que intentaba exteriorizar por todos los medios, como si estuviese advirtiéndonos que nuestro penoso hallazgo suministraba de manera evidente la confirmación de todos sus dislates. Aunque se mantenía a distancia, no se abstenía de dirigirnos sus miradas reprobatorias, por no decir desdeñosas, a las que se sumaba una expresión

decidida, figurada en sus rasgos de un modo exagerado, como si estuviese mandándonos un mensaje. En el escenario infinito de la llanura, montado en su azulejo, la piel ennegrecida en las partes de la cara que dejaban sin cubrir el pelo y la barba revueltos y veteados de canas, sudoroso y gesticulante, parecía uno de esos héroes románticos demasiado truculentos que, exagerados por los recursos artificiales de la tramoya, estremecen a un público demasiado crédulo en los teatros de Milán o de París. Y como si no hubiese ignorado que, si nos remontamos a sus orígenes latinos el verbo delirar significa *salirse del surco o de la huella*—, esa misma noche, apoyándose en la molición cómplice del Ñato, Troncoso puso en práctica esa etimología.

Recién a la mañana siguiente, obedeciendo a las consignas de su amo, el Ñato vino a entregarme el último mensaje escrito de Troncoso. Su letra irregular y ostentatoria había llenado, a toda velocidad, dos folios enteros de ineptias incoherentes, entre las que se destacaba la pretensión descabellada de ir al encuentro de Josesito para convencerlo de rendirse sin condiciones contribuyendo de ese modo a federar las tribus de la América Meridional en un solo estado independiente. Cuando terminé de leer esos dislates febriles y alcé la vista, pude comprobar indignado que el Ñato me observaba con aire malévolo y satisfecho, dándome a entender con esa expresión que él y Troncoso habían logrado por fin esquivar mi vigilancia tiránica. Durante unos segundos la furia me hizo perder el dominio de mí mismo y, olvidándome de mis obligaciones de hombre civilizado, agarré al Ñato por los hombros y empecé a zamarrearlo con tanta violencia que el pañuelo colorado, tal vez mal ajustado a causa de la hora temprana y del apuro con que había venido a traerme el boletín de Troncoso, se deslizó hacia atrás y cayó al suelo, dejando al descubierto la cabeza totalmente calva del Ñato. La sorpresa me desorientó durante unos segundos, y como mis gritos habían empezado a atraer gente que dormía cerca de mi carromato, en medio de la situación trágica hubo un paréntesis de comicidad porque, más que mi furor, era la calvicie del Ñato lo que atraía las miradas de los que iban llegando, y en la expresión de varios me pareció vislumbrar la creencia fugaz de que era esa calvicie la causa de todo el escándalo. (El doctor Weiss afirmaba que lo trágico puro existe únicamente en el dominio del arte, y que en la realidad, aún en sus aspectos más atroces, siempre se lo encuentra temperado por algún elemento cómico, grotesco, o aun ridículo.)

Considérese mi situación: una familia nos había confiado uno de sus miembros, enfermo, para quien la Casa de Salud del doctor Weiss representaba la última esperanza de restablecimiento y yo, a las pocas semanas de tenerlo a mi cargo, lo había dejado escaparse de mi vigilancia en pleno campo para ir al encuentro de una banda de indios salvajes. Como nos llevaba doce horas de ventaja, y no ignorábamos que él y su caballo eran indiferentes a la fatiga, no parecía demasiado pesimista pensar que ya había dado alcance a Josesito y sus hombres o que los indios, con el mismo instinto con que los animales sorprenden de un modo infalible a su presa, ya habían adivinado la presencia del extranjero en la tierra vacía y se habían abalanzado sobre él. Protegidos por una escolta de diez soldados, Osuna y yo salimos a buscarlo por esa llanura infinita, en la que un inicio de primavera había reverdecido los pastos en dos o tres días,

y un verano intempestivo y ardiente ya estaba empezando a hacerlos amarillear. En los días que duró la búsqueda, no eran Troncoso y su azulejo lo que esperábamos encontrar, sino los huesos ya desnudos del jinete blanqueando al sol en el campo solitario. Cuando la ciencia de Osuna perdía el rastro, era su paciencia la que unas horas más tarde lo volvía a encontrar. Pero la energía demencial de Troncoso, que transmitía además a su caballo, parecía multiplicar las horas que nos llevaban de ventaja. En tanto que nosotros estábamos condenados a descansar porque eran nuestros pobres huesos humanos los que nos soportaban, ellos parecían viajar en las alas mágicas del delirio, a las que no resiste ningún obstáculo de espacio o de tiempo, y que quieren dictarle, antes de ir a estrellarse contra ella, sus leyes extravagantes y tercas a la indiferencia rocosa de lo exterior. A medida que se iban acumulando las horas, los días de búsqueda, y a pesar de que los rastros de sus movimientos, si se borraban por momentos, siempre volvían a aparecer, mi temor de no volver a ver con vida a Troncoso iba siendo cada vez más grande, hasta que, ya convencido de que no habría otro desenlace posible, todo mi esfuerzo, durante el galope monótono por el desierto adormecedor, lo destiné a no dejarme ganar por la indiferencia: tal es la fuerza con que esa tierra vacía, al cabo de un rato de atravesarla, destruye en nosotros todo lo que, antes de entrar en ella, aceptábamos como familiar.

El quinto día por fin, las huellas se hicieron recientes; Osuna rastreó los cascos del azulejo, y empezamos a buscar en las inmediaciones. Las huellas nos llevaron a un montecito de talas que, a un cuarto de legua más o menos, interceptaba el horizonte hacia el oeste, de modo que, concentrando nuestras fuerzas que el descanso nocturno había refrescado, nos largamos, no ya al galope sino a la carrera en esa dirección, con la esperanza de que, fatigado por fin después de cabalgar sin pausa durante casi cinco días, Troncoso se hubiese echado a descansar un rato a la sombra de los árboles, al abrigo del sol abrasador. Pero cuando entramos en el monte y debimos aminorar nuestra carrera para ir buscando un paso, sin herirnos, entre los árboles, si bien no vimos en seguida a Troncoso, un clamor, del otro lado del monte, nos señaló su presencia. Tratando de no hacer ruido para no espantar a nuestra presa, avanzamos al paso, cuidando también de no salir todavía del monte con el fin de no exponernos a lo que pudiera estar esperándonos del otro lado. Pero cuando desde la orilla interna del monte nos pusimos a observar el campo exterior, pudimos asistir a la escena más inesperada, y hasta podría decir, a la situación más sorprendente que me tocó presenciar en mi ya larga vida, y es fácil imaginar que a causa de mi profesión, no ha habido casi un solo día que no me haya puesto en presencia de lo inusual.

Troncoso, a pie, arengaba a un semicírculo de indios a caballo que lo escuchaban, fascinados e inmóviles. Apenas la vi, tuve la impresión de que esa escena duraba desde hacía horas. No lejos de ahí, el azulejo, atado por la rienda a una mata de pasto, tascaba de lo más tranquilo, indiferente al parecer a los proyectos imperiales de su jinete, y si, como Calígula, a Troncoso se le hubiese ocurrido nombrar ministro a su caballo, lo más probable es que, desdeñoso, el azulejo rechazara ese supuesto honor. La indiferencia del caballo contrastaba con la

atención profunda que los indios le prestaban a Troncoso el cual, en cambio, ni siquiera los miraba y se paseaba, yendo y viniendo sobre la misma línea recta paralela al diámetro del semicírculo, con una actitud semejante a la que adoptaba al apostrofar todas las mañanas al sol naciente. El indio que estaba en medio del semicírculo de jinetes, llevaba un violín terciado en la espalda, y el instrumento permitía reconocerlo de inmediato entre las imprecisiones de su leyenda, y también porque la atención que se reflejaba en la cara de esos indios colorinches y zaparrastrosos, era todavía más profunda en la de Josesito, el cual dicho sea de paso denotaba una inteligencia poco común, y una capacidad de reflexión indudable, con el codo apoyado en el cuello de su caballo, y la mejilla en la palma de la mano. En los cinco días de su fuga frenética, el aspecto de Troncoso se había degradado todavía más, y ya lo único que brillaba en su cuerpo ennegrecido por el sol, por el polvo y por la mugre, eran los ojos desorbitados y brillantes, desmesuradamente abiertos, que refulgían en la cara ya casi enteramente comida por el pelo y la barba, sucios y enmarañados, lo que le daba el aspecto de un animal salvaje, como si con la pérdida de la razón estuviese perdiendo también todos sus atributos humanos. Esa impresión la daba también su voz, que a causa del uso inmoderado a que la sometía su titular, había enronquecido, y como hasta nosotros no llegaba el sentido de sus palabras, a la distancia parecía un ladrido, o un rugido, o unos gargarismos cavernosos anteriores a cualquier lenguaje conocido. En la atención de los indios había también una especie de alerta, y comprendí su significado casi de inmediato, cuando Troncoso, de un modo brusco, saliéndose de su línea recta, se dio vuelta y, encarando al semicírculo de jinetes, estiró los brazos y empezó a correr hacia ellos, lo que motivó la desbandada general de los indios, que, en medio de una gritería espantada, se alejaron al galope. Después de haber recorrido unos metros se detuvieron, y observando de lejos a Troncoso, que también se había detenido pero seguía vociferando, volvieron a formar en semicírculo con el cacique en el medio. Troncoso recomenzó su ir y venir por una línea recta imaginaria, paralela al diámetro del semicírculo de indios, lo que incitó a los indios a inmovilizarse y a ponerse a escucharlo otra vez con profunda atención; el interés que parecían despertar en ellos sus palabras, no borraba todavía del todo el terror que se había pintado en sus caras en el momento en que Troncoso había intentado acercárseles. Permanecieron otra vez sin moverse, mientras Troncoso iba y venía por la línea imaginaria que sus pasos trazaban en el pasto, y su voz ronca resonaba en el aire silencioso de la mañana como el último mensaje que el mundo, hecho de criaturas confusas, desesperadas y mortales, le mandaba a las leyes insondables y caprichosas que lo habían puesto un día, porque sí, en movimiento.

Los indios, bien armados, eran un poco más numerosos que nosotros, pero de haber querido guerrear, la sorpresa de nuestro ataque hubiese sin duda resultado decisiva, pues ellos parecían absortos escuchando a Troncoso con una especie de emoción mal disimulada en la que se mezclaban la fascinación y el pavor. La fiera calcinada por fuera y por dentro, por el sol y la demencia, que se paseaba aullando con voz ronca una arenga incomprensible, enflaquecida y gesticulante, parecía tener para ellos el hechizo de las cosas que fecundan, con su

existencia misteriosa, el pensamiento y la imaginación, pero cuyo contacto, por fugaz que sea, a causa de su singularidad mortífera, marchita y aniquila. Ocultos entre los árboles, sin decidimos a actuar, un poco paralizados por lo inesperado de la escena que contemplábamos, tuvimos la ocasión de observar tres o cuatro veces la misma situación que se repetía, o sea Troncoso que, girando brusco sobre su línea recta imaginaria, abría los brazos y se ponía a correr hacia los indios, elevando un poco más la voz enronquecida, y los indios que se dispersaban a la carrera, en medio de una gritería aterrada, pero que unos metros más adelante, cuando comprobaban que Troncoso se había detenido y empezaba a formar sin avanzar una nueva línea recta con el ir y venir de sus trancos que aplastaban el pasto de la llanura, volvían a formarse en semicírculo y, todavía un poco agitados por la emoción y por la carrera, se acercaban otra vez al paso y, manteniéndose a prudente distancia, se detenían otra vez a escucharlo, con pavor y recogimiento, y aun con veneración.

Tanto Osuna como yo queríamos evitar la escaramuza, no por falta de coraje sino porque, si la perdíamos, esa adversidad podía acarrear una catástrofe para la caravana entera. A mí me detenían también algunos escrúpulos, de orden en primer lugar moral pero también jurídico, porque me parecía que, por un lado, no correspondía con los pueblos civilizados aplicar el Talión, y por el otro, que nada demostraba que Josesito y sus hombres eran los autores de la masacre bien real que habíamos descubierto, y en consecuencia atacarlos por sorpresa equivalía a ejecutarlos sin poseer ninguna prueba de su culpabilidad. Esos escrúpulos le eran indiferentes a Osuna; igual que Sirirí, tenía su opinión formada y, a pesar de los rumores contradictorios que circulaban sobre el cacique, Osuna consideraba a Josesito como un asesino cobarde y cruel, pero con el sentido práctico que lo caracterizaba, pensaba que nuestro objetivo era llegar sanos y salvos a *Las tres acacias* y que del cacique y de sus hombres debían ocuparse las autoridades, en cuya eficacia por otra parte no creía. De modo que decidimos lo siguiente: Osuna y los soldados permanecerían ocultos entre los árboles, listos para atacar, y yo iría solo a buscar a Troncoso con la esperanza de que, como había estado haciéndolo hasta el momento de la fuga, aún contra su voluntad y renegando, en un último atisbo de conciencia, me obedecería. Yo llevaba conmigo una camisa de fuerza pero confiaba en que no sería necesario recurrir a ella porque podría imponerme a Troncoso con mi sola autoridad.

Cuando los soldados se desplegaron entre los árboles listos para intervenir si era necesario, salí al trote a campo abierto, y me dirigí hacia Troncoso, observando al mismo tiempo a los indios para que una eventual acción violenta por parte de ellos no me tomara desprevenido. Pero tanto los indios como Troncoso me ignoraban. Al oír los cascos de mi caballo, algunos indios habían mirado en mi dirección, pero casi de inmediato, como si me hubiese vuelto transparente, sin hacer el menor gesto para demostrar que habían reparado en mi presencia, volvieron a enfrascarse en la contemplación ensimismada de Troncoso, el cual ni siquiera parecía haberme visto, lo que no puedo asegurar, porque la experiencia me ha demostrado muchas veces lo difícil que resulta saber cuál es la percepción exacta que los locos tienen de la realidad, lo que explica, como creo haberlo dicho un poco más arriba, que para mucha gente locura y simulación

sean casi sinónimos. El caso es que cuando llegué a unos treinta metros de distancia frené el caballo y traté de escuchar el discurso ronco y continuo de Troncoso, sin lograr distinguir en esa especie de interminable ruido animal un solo vocablo inteligible, pensando que lo que era incomprendible para mí debía de serlo todavía mucho más para los indios, lo cual volvía inexplicable su arrebato. Al cabo de unos minutos, Troncoso se dignó a reparar en mi persona y, olvidándose de los indios, se me acercó con sus trancos rígidos, muy semejantes a los de un autómatas que había visto una vez en París, y parándose a dos o tres metros de distancia, me lanzó su arenga gutural, un poco de costado, sin mirarme de un modo directo, pero yo pude ver, por sus ojos redondos, húmedos y desorbitados, que ya se había ausentado por completo de este mundo. Al comprobar esa ausencia, y ante la fascinación del círculo de jinetes inmóviles que lo contemplaba, se me ocurrió que el interés de los indios se concentraba menos en la agitación espectacular de Troncoso en el mundo en apariencia real que compartíamos con él, que en las primicias que nos traía, abandonados como estábamos en nuestro lugar monótono y gris, de ese mundo nuevo y remoto que él solo habitaba.

Bajando del caballo, opté por dejar a Troncoso gesticulando solo a mis espaldas, y me acerqué a los indios con paso tranquilo pero decidido: ya me había dado cuenta de que Troncoso era la mejor protección con la que podíamos contar. Me dirigí directamente a Josesito, menos por razones protocolares que por la curiosidad que me inspiraba su leyenda y mientras hablaba con él asocié el estudio discreto que iba haciendo de su persona con el que una vez en un jardín público en Montmartre había tratado de observar a un actor célebre en toda Europa que se estaba paseando en ese momento cerca de nosotros. Desde un punto de vista físico, Josesito difería poco del resto de sus hombres, pero su mirada, aunque en ella llameaba un orgullo provocativo, era más viva y más inteligente. Al principio simuló hablar mal castellano, introduciendo muchos infinitivos y gerundios en la conversación, pero al cabo de un momento, al comprobar que yo me desinteresaba de sus actividades, siguió hablando con corrección. Cuando se dio cuenta de que yo observaba con insistencia el violín terciado en su espalda, vi una chispa de vanidad mal disimulada en sus ojos, pero fingió no haber notado nada. Y cuando me propuso escoltarme hasta la caravana, comprendí que quería darme a entender que estaba al tanto de todos nuestros movimientos quizás desde el día mismo en que habíamos salido de la ciudad, pero no había sombra de amenaza ni de bravata en su insinuación, lo cual demostraba su realismo, porque ya sabía, no solamente que un grupo de soldados esperaba en el monte de tala, sino que yo ya me había dado cuenta de que mientras Troncoso y los demás locos estuviesen con nosotros, nunca nos atacarían, a causa del terror sagrado que les inspiraban. Por las dudas, me adelanté a decirle lo de los soldados que esperaban, en un tono lo bastante diplomático para que no lo tomara como una amenaza que se hubiese sentido obligado a responder, y los llamé, de modo que salieron del monte y se aproximaron al trote, dando a entender por las actitudes que asumían que venían sin ninguna intención de pelear. La mirada que el cacique y Osuna cruzaron cuando estuvieron frente a frente tenía esa carga de recelo y de odio de los enemigos mortales que se cono-

cen a fondo pero que, por el momento, y debido a causas involuntarias, no pueden liberar su violencia. Indios y soldados parecían medirse con la mirada, considerando unánimes para sus adentros la extrañeza de la situación en la que se encontraban, o sea que preparados para aniquilarse y habiéndose forjado mutuamente una imagen mítica del otro, ahora que estaban frente a frente, obligados por una circunstancia inesperada a no combatir, descubrían que los que estaban a unos pocos metros de distancia, bien reales, eran diferentes de la fábula que habían forjado sobre ellos. Poco tranquilo respecto de la duración posible de ese tiempo de transición, pensé que lo más razonable era retirarnos rápido, de modo que tomando por el brazo a Troncoso, que había bajado la voz y ahora, en vez de arengar hasta desgañitarse al universo exterior parecía balbucear para sí mismo verdades cada vez más improbables y fragmentarias, lo conduje hasta el azulejo, cosa que me dejó hacer con docilidad. El azulejo tasca-ba plácido el pasto tierno, de un verde claro, que la primavera indebida le sacaba otra vez, con terquedad repetitiva, a la tierra chata y grisácea del final del invierno. Ocupado en seleccionar, de entre los despojos estragados del año anterior, las hojitas más frescas y más jugosas, el caballo mostraba una total indiferencia hacia el grupo humano que transaba en las inmediaciones, y si su indiferencia era justificada en sentido general, tenía algo de ingratitud, y como creo haberlo dicho más arriba, de desdén en lo relativo a Troncoso. El nudo de energía demente que, en su superflua necesidad de acción lo había llevado hasta ahí, consumiéndose en un chisporroteo intenso, terminó por transformar al hombre que había sido el hogar de la combustión, en esa especie de espantapájaros roto y ennegrecido, y el caballo, obstinándose en ignorarlo, parecía negarse a reconocer su decadencia. Tal vez había entendido mal la fase exaltante de su locura, y ahora rechazaba la inevitable melancolía que, apenas la hoguera dejase de arder, terminaría por reinar en ese envoltorio desgastado y marchito. Lo cierto es que la fusión de los días anteriores, casi mágica, entre el jinete y el caballo, durante la que habían parecido formar un solo cuerpo, no se recompu-so cuando, ayudado por mí, Troncoso se instaló en el lomo del azulejo y tomó las riendas. Enterrándose cada uno en el fondo de sí mismo, parecían haberse olvidado uno del otro, después de años enteros de comunión. Cuando emprendimos la vuelta, yo galopaba todo el tiempo al lado de Troncoso por temor de que se viniera abajo, pero en los días que duró nuestro regreso, se mantuvo rígido sobre el caballo, y, abstraído y silencioso, obedecía mis órdenes con docilidad casi infantil. Los indios nos siguieron todo el primer día y una buena parte del segundo hasta que, a eso de las tres de la tarde, por las mismas razones, inexplicables para nosotros, por las que nos venían siguiendo, a distancia discreta pero regular, bruscos, desaparecieron.

Nuestra llegada al campamento, a la media tarde del tercer día, fue recibida con alegría sobre todo por los soldados que habían temido, sin transmitir su preocupación a los civiles que protegían, por lo largo de nuestra ausencia, no volver a vernos nunca más. Cuando nos avistaron surgiendo del horizonte, el corneta fue corriendo a buscar su instrumento, y si al principio empezó a hacer sonar el toque reglamentario, a medida que nos acercábamos se puso a entonar melodías de moda y toda clase de bromas musicales que nos transmitían a dis-

tancia, antes de que nos lo comunicaran oralmente, el alivio que les producía nuestro regreso. La reprobación general que había merecido la fuga de Troncoso se convirtió en lástima cuando los miembros de la caravana vieron el estado en que volvía, y su degradación física era bastante elocuente como para volver superfluas las explicaciones. Habían dispuesto los carromatos en círculo para prevenir algún ataque posible de los indios, y se habían acordado dos días más de espera, de modo que si por cualquier eventualidad nos demorábamos más de diez, ellos hubiesen continuado el rumbo sin nosotros. Como estaban acampados cerca de una laguna, apenas bajamos de los caballos corrimos a darnos un chapuzón, mientras algunos de los que se habían quedado esperando se apresuraron a sacrificar una vaquillona que habían boleado en las inmediaciones y que tenían reservada para nuestro regreso. Hubo una verdadera fiesta, que duró casi hasta el amanecer: ruidosos, achispados por el alcohol que el vasco, para asombro general, distribuyó gratuitamente, cantamos y bailamos en la noche sofocante, a la luz de una gran hoguera, irrisorios y diminutos, atrapados en la triple infinitud del campo, de la noche y de las estrellas. Eramos la eferescencia de lo viviente, pasto, animales, hombres, que le añadíamos a la extensión inacabable y neutra de lo inanimado, la levedad colorida y tragicómica del delirio, que nos hacía convivir en una multiplicidad de mundos exclusivos y diferentes, forjados según las leyes de la ilusión, que son por cierto más férreas que las de la materia.

Es obvio que, después de refrescarme en la laguna, mi primera tarea fue examinar a los enfermos para saber en qué estado se encontraban después de ocho días de separación. Debo decir que si en líneas generales los enfermos mentales pertenecen a tal o cual categoría que los sabios de todas las épocas han tratado con mayor o menor fortuna de clasificar, las diversas fluctuaciones de sus estados individuales son más bien imprevisibles, y si bien las causas exteriores, como ha sido ya comprobado muchas veces, actúan sobre su conducta, es difícil predecir o aún juzgar a posteriori con claridad acerca de las circunstancias capaces de ejercer una verdadera influencia sobre ellos. Lo cierto es que en mis ocho días de ausencia, los enfermos no habían mostrado ningún signo exterior de mejoría o de agravación, y esa estabilidad, observada en numerosos casos de alienación, indujo varias veces a mi querido maestro el doctor Weiss a preguntarse si, aparte de los ataques agudos, como el de Troncoso por ejemplo, no es la mayor estabilidad de los primeros lo que distingue a los locos de las personas sanas. Debo reconocer sin embargo que la eficacia de los dos enfermeros militares a cuyo cargo los había dejado contribuyó también a mantener esa estabilidad.

Unas horas después de haberlos examinado, durante la fiesta, pude comprobar que la placidez aparente del campamento disimulaba más de un conflicto, y que la sinrazón más reprobable provenía de las personas consideradas normales. Después de la cena, la mujer francesa con la que había conversado dos o tres veces al principio de nuestro viaje, vino a informarme acerca de ciertas cosas que habían ocurrido en el campamento durante nuestra ausencia. Si bien su palabra no me resultaba enteramente digna de crédito, a causa de las muchas contradicciones que pude notar cuando me contaba su propia vida y

los motivos que según ella la habían obligado a ejercer su profesión, los hechos que me refirió, por excesivos que me pareciesen a primera vista, y exagerados quizás por los celos y quizás también por un sentimiento de indignación profesional, parecían bastante probables: según la mujer, durante mi ausencia, sor Teresita, que unos días antes la misma mujer había sorprendido revolcándose en los pastos con dos soldados, había tenido comercio carnal con *todos* los hombres que habían quedado en el campamento, excepción hecha de los enfermeros, del sargento Lucero y del indio Sirirí. Según la mujer, todas las noches los soldados se turnaban para entrar en el carromato de la monjita, y durante el día la invitaban a tomar copas con ellos en el negocio del vasco. Estaban todo el tiempo juntos según la mujer, y una o dos noches, ella había dormido al sereno, tirada en el pasto en medio de los soldados. Un grupito de cinco o seis sobre todo, no se le despegaba, y la monjita hacía con ellos lo que se le antojaba, mientras que ellos se comportaban como si fuesen su escolta personal. Durante el día, como no tenían otra cosa que hacer más que esperar que volviéramos, los soldados iban a cazar del otro lado de la laguna, para entretenerse y tratar de comer otra cosa que tasajo, y ella los acompañaba, con un cigarro entre los labios que la hacía muequear todo el tiempo. Según la mujer, la monjita, a la vista de todos, se alejaba unos pocos pasos y, levantándose las polleras hasta la cintura y abriendo las piernas, orinaba de parada como un hombre. Esos detalles, más que sus actividades voluptuosas, eran los que me incitaban a acordarle algún crédito al relato de la francesa, porque yo ya había podido observar en sor Teresita una tendencia a asumir una conducta varonil como si, en su búsqueda incesante de la fusión entre el amor divino y el humano, quisiese también reunir los dos sexos en su propia persona. El aborrecimiento que la monjita le inspiraba a la mujer que me estaba contando, airada, lo que había ocurrido durante mi ausencia, era a decir verdad la consecuencia de un malentendido, porque el modo de actuar de la monjita también la englobaba a ella, y debe de haber sido cuando empezó a evangelizar a las prostitutas de la ciudad que le vino la idea de poner en práctica de esa manera la orden recibida según ella directamente de Cristo en el Alto Perú. En algún sentido, en vez de evangelizar a las mujeres de mala vida, había sido evangelizada por ellas, y lo que las mujeres tomaban como una afrenta de parte de la monjita, era en cierta manera un homenaje que les rendía.

Para tener las cosas claras, me saqué de encima a la mujer prometiéndole ocuparme del asunto, ya que el aspecto comercial de las cosas no era ajeno a su rencor, y fui a ver al sargento Lucero. Las evasivas un poco confusas que obtuve de él probaban quizás que la mujer no había exagerado, pero cuando lo intimé a recobrar su sinceridad habitual, me confesó que a su modo de ver los rumores tenían algo de cierto, pero como todos los soldados estaban implicados en el asunto, sería difícil obtener de ellos las precisiones necesarias. Más que aprovecharse de ella, me dijo el sargento, los soldados parecían protegerla, y obedecerla incluso. Daba la impresión de que la estimaban realmente, y no era ella la que les inculcaba la obediencia, sino ellos mismos los que, en forma espontánea, la practicaban, por un respeto grave que, no se sabía bien por qué, ella parecía inspirarles. Lucero era demasiado razonable como para no entender que la

monjita, por excelente persona que fuese, estaba loca y que mi obligación como médico era tratar de curarla de su locura y no de permitirle implicar a medio mundo en ella, así que nos pusimos de acuerdo para impedir, en los días de viaje que faltaban, que esas complicaciones desagradables se repitieran.

Al día siguiente, después de la fiesta, nos costó trabajo arrancar, y a media mañana los soldados dormían todavía a la sombra de los carros, ya que se habían acostado a la madrugada calculando de antemano la trayectoria que esa sombra seguiría en la mañana. A los caballos, ni siquiera ese cálculo les estaba permitido, y no tenían en ese inmenso lugar vacío un solo árbol para ampararse a su sombra. Es que el verano de San Juan, como le dicen en la región, alcanzaba en esos días su máxima intensidad. Había llegado poco a poco, subrepticio, fundiendo en los primeros días la escarcha acumulada durante la primera semana glacial después de la lluvia y, caldeando el aire y la tierra, había creado para la vegetación impaciente, un simulacro fugaz de primavera. Del suelo agrisado y endurecido por el frío, el pasto nuevo empezó a brotar, haciendo reverdecer el campo chato, pero a los dos días nomás, por no decir a las pocas horas, el calor aumentó tanto que las hojitas empezaron a decaer, y casi enseguida los campos se resecaron otra vez transformándose en una interminable extensión amarilla. Durante varios días no vimos, en el cielo de un azul profundo y turbulento, ni una sola nube, nada aparte del sol llameante que pasaba dejando el aire, la tierra y las cosas exhaustas y calientes, y como no soplabla ninguna brisa, y las noches eran tan calurosas como los días, no tenían tiempo de refrescarse. Ese horno inmenso que atravesábamos durante el mes más frío del año, ese gran círculo amarillo por el que avanzábamos a duras penas, encerrado bajo su cúpula azul que únicamente la mancha árida del sol transitaba durante el día, y que de noche se ennegrecía y se llenaba de puntos luminosos, fue durante varios días el decorado único, tan idéntico a sí mismo en cada una de sus partes intercambiables, que por momentos teníamos la ilusión de empastarnos en la más completa inmovilidad. A partir de cierto momento movernos de día parecía imposible, pero esperar el atardecer para viajar con la fresca, como decía Osuna, era igualmente adverso, primero porque quedar detenidos en medio del campo, donde no teníamos más sombra que la de los carros resultaba más extenuante que viajar, ya que nuestro desplazamiento podía procurarnos, por irrisorio que fuese, algún soplo de aire, y en segundo lugar porque de noche no refrescaba lo suficiente, pero si acampábamos, la oscuridad, poniéndonos durante algunas horas al abrigo de la resolana, nos ayudaba a descansar. Con el calor, el silencio del campo vacío pareció aumentar, como si todas las especies que lo poblaban, incapaces de movimiento, yacieran exhaustas y aletargadas. También nosotros, que pretendíamos reinar sobre todas ellas, íbamos como adormecidos, hombres y mujeres, civiles y soldados, creyentes y agnósticos, ilustrados y analfabetos, cuerdos y locos, igualados por esa luz aplastante y ese aire ardiente y embrutecedor que borraban, reduciéndonos a nuestras lánguidas e idénticas sensaciones, nuestras diferencias. Encerrados en sus carromatos, los enfermos dormitaban el día entero y de noche apenas si se asomaban al exterior, excepción hecha de la monjita, siempre rodeada por su guardia de soldados, muchos de ellos casi enteramente desnudos, con apenas un calzón ajustado

y roto que los cubría desde la cintura hasta un poco más arriba de las rodillas, y que por sus roturas dejaba ver ciertas partes del cuerpo que hubiese sido más prudente mantener ocultas, lo que les daba un aspecto indecente en el que ya nadie reparaba, y que incluso parecía respetable en comparación con las mujeres, que solían pasearse, cuando hacía demasiado calor, con los senos al aire y a veces completamente desnudas. Cuando pasábamos por algún río, casi todo el mundo se desnudaba, sin siquiera esperar la oscuridad, y se iba a retozar, con placer animal, en el agua tibia y turbulenta. El viaje, prolongándose más de lo habitual, nos había incitado, de un modo imperceptible, a crear nuestras propias normas de vida, y los caprichos del clima, que hacían sucederse las estaciones inapropiadas con la rapidez con que se suceden los días y las horas, sumados a la composición singular de nuestra caravana nos habían incitado a crear un universo exclusivo, más y más diferente a medida que pasaba el tiempo en el que habíamos estado habitando antes de la partida. Si bien nuestra autoridad se relajaba, resultaba fácil comprobar que ya no era necesaria: en la fiebre de esos días irreales, los intereses ordinarios parecían haber desaparecido. Sólo unos pocos rencores quedaban: Sirirí desaprobaba con amargura nuestro alejamiento cada día más evidente de las normas que le habían inculcado y que eran su única referencia en cualquier mundo posible, y el Ñato Suárez, que no se alejaba del carromato de su amo, como un perro fiel pero un poco desorientado, me indicaba con su mirada rencorosa que, a su juicio, no era la demencia sino yo el responsable del terrible derrumbe de Troncoso. Pero aun su odio, en ese infinito chato y amarillo, había perdido las riendas de la acción.

Como Osuna anunciaba para el treinta la tormenta de Santa Rosa todos espiábamos, ansiosos pero escépticos, por ver si avanzaban a nuestro encuentro, desde el sudeste hacia el que nos dirigíamos, cargadas menos de agua que de esperanza, las nubes salvadoras. Pero en los primeros días de expectativa ni una sola apareció. De tanto vigilarlo, el cielo vacío, que iba cambiando de color al paso de la luz, perdió el aura familiar, consecuencia de nuestra certeza de haber estado siempre ahí, y se volvió extraño, y con él la tierra amarilla, todo lo que abarcaba el horizonte visible, incluidos nosotros mismos. Las caras quemadas y sudorosas, en las que los ojos estaban como achicados, la boca siempre abierta y el ceño siempre arrugado, exhibían una expresión interrogativa constante. Por momentos hablábamos poco, intercambiando monosílabos retraídos, y por momentos, en general en un aparte entre dos o tres, intercambiábamos largos monólogos fragmentarios, confusos y precipitados, como si habiendo perdido, en la llanura monótona, el instinto o la noción que separa lo interno y lo exterior, el idioma que el mundo nos presta hubiese perdido también sus raíces dentro de nosotros y se hubiese puesto a hablar por sí mismo, prescindiendo del pensamiento y de la voluntad de los que, al dar los primeros pasos por el mundo, habíamos aprendido a utilizarlo.

Por fin, una tarde, las nubes empezaron a llegar. Como era temprano todavía, las primeras eran grandes y muy blancas, con los bordes festoneados en ondas, y cuando pasaban demasiado bajas, su propia sombra las oscurecía en la cara inferior, visible desde la tierra. Teníamos la esperanza de verlas ennegrecerse y, partiendo desde el horizonte en una masa gris pizarra interminable,

cubrir al poco rato el cielo entero y derramarse en lluvia. Pero durante dos días, deshilachadas y mudas, desfilaban en el cielo, viniendo como creo haberlo dicho desde el sudeste, y desaparecían detrás de nosotros, en algún punto a nuestras espaldas de un horizonte ya recorrido. Según las horas del día, cambiaban de forma y de color y, sobre todo, flotaban a velocidades diferentes, como si el viento, cuya ausencia se padecía tanto a ras de tierra, abundara allá arriba. A veces eran amarillas, anaranjadas, rojas, lilas, violetas, pero también verdes, doradas e incluso azules. Aunque todas eran semejantes, no existían, ni habían existido desde los orígenes del mundo, ni existirían tampoco hasta el fin inconcebible del tiempo dos que fuesen idénticas, y a causa de las formas diversas que adoptaban, de las figuras reconocibles que representaban y que iban deshaciéndose poco a poco, hasta no parecerse ya a nada e incluso hasta asumir una forma contradictoria con la que habían tomado un momento antes, se me antojaban de una esencia semejante a la del acontecer, que va desenvolviéndose en el tiempo igual que ellas, con la misma familiaridad extraña de las cosas que, en el instante mismo en que suceden, se esfuman en ese lugar que nunca nadie visitó, y al que llamamos el pasado.

Les parecerá algo novelesco a mis lectores, pero durante días esperamos ansiosos el agua, y en lugar del agua, sobrevino el fuego. Fue el veintinueve de agosto de mil ochocientos cuatro. Si esta precisión despierta las sospechas de mi posible lector, sugiriéndole que me valgo de ella para acrecentar la ilusión de veracidad, deseo que quede bien claro que esa fecha es inolvidable para mí, ya que marca el día más singular de mi vida. Desde hacía muchas horas, un intenso olor a quemado, que fue haciéndose cada vez más inequívoco y más fuerte, motivaba los comentarios de la caravana, pero como no soplaban ninguna brisa y no había ningún signo visible de fuego en todo el horizonte, resultaba difícil precisar de dónde venía el olor. La expresión preocupada de Osuna, y sus conciliábulos con el sargento Lucero y con Sirirí, constituían para mí las únicas pruebas palpables de que ese fuego invisible y ubicuo era bien real, de modo que cuando Sirirí partió en exploración hacia el sur, y Osuna sugirió que desviáramos un poco el rumbo hacia el este, entendí que la situación les parecía a nuestros expertos mucho más grave de lo que me había imaginado. Osuna me explicó que si había fuego, era posible que ese fuego viniera del sur, razón por la cual Sirirí galopaba en esa dirección con el fin de determinar a qué distancia se encontraba, y que si había hecho desviar hacia el este la caravana, era porque en las tierras húmedas cercanas al río el fuego tenía menos posibilidad de propagarse. Según Osuna, si había fuego, lo que podía darse como cosa segura, el origen era tal vez algún rayo caído en una de esas tormentas secas que anticipan a veces de algunos días, las lluvias torrenciales que se abaten sobre la región. En cuanto al fuego, y siempre según Osuna, podía ser poco importante o, por el contrario, constituir un frente de muchas leguas; el calor y los pastos secos lo ayudaban a propagarse despacio a causa de la ausencia de viento, pero si por casualidad la sudestada que suele acompañar a la tormenta de Santa Rosa empezaba a soplar, la velocidad de propagación se multiplicaría en poco rato. De ahí que Osuna y Lucero hubiesen tomado la precaución de desviar nuestro rumbo hacia el río.

Osuna, que miraba con frecuencia y con aprensión hacia el sur, pretendía que debíamos apurarnos, pero, si no lo he dicho hasta ahora, creo que es el momento de precisar que, aun tirados por cuatro caballos, nuestros carros aunque más veloces que las carretas de carga tiradas por bueyes, sin contar la consideración que le debíamos a los enfermos que transportábamos, avanzaban muy despacio. Si nuestro viaje resultó tan largo, la causa no residía únicamente en los obstáculos naturales y en los incidentes que lo retardaron, sino sobre todo en la lentitud de los vehículos que componían la caravana, y al ritmo de los cuales debían adaptarse los jinetes que los escoltaban. En la tarde del día veintiocho, unas nubes negras, inmóviles y espesas, empezaron a divisarse a nuestra derecha, hacia el sur, mientras enfilábamos hacia el este. Durante un rato, pensé que era la tormenta tan esperada que se estaba formando, pero cuando Osuna y Lucero empezaron a hostigar a los carreros para que apuraran el paso, escudriñando con ansiedad los copos negruzcos que amurallaban el horizonte, comprendí que no eran nubes. Al oscurecer, el último resplandor rojizo que siempre se demora en la llanura después que el sol ha desaparecido, siguió encendido toda la noche, ocupando, hacia el sur, todo el horizonte. En la oscuridad pareja y bien negra, los puntos amarillos de las estrellas lejanas parecían más familiares y benévolos que la franja rojiza y fluctuante que señalaba con su trazo ancho, el arco del horizonte hacia el sudeste. Por primera vez desde nuestra partida, esa noche no nos detuvimos más que para cambiar los caballos exhaustos. Cuando amaneció, la luz del sol borró el fuego pero las masas rocosas de humo negro parecían más altas y daban la impresión de elevarse más acá del horizonte, en una cercanía inquietante. Escrutándolas un momento, el sargento dijo que si seguíamos hacia el este el fuego no nos daría tiempo de llegar hasta el río, y que debíamos cambiar otra vez de dirección, retrocediendo hacia el norte. De modo que empezamos a desandar lo andado, con el fuego a nuestros talones, no sin que, mientras iba sofrenando mi caballo para no alejarme demasiado de los carromatos en los que iban mis enfermos, me viniese a la memoria ese pensamiento misterioso de los sabios orientales que dice: *el que se acerca, recula*. Puede decirse que, en efecto, de algún modo, también nosotros alcanzamos nuestra meta, reculando una buena parte del trayecto.

Por más rápido que avanzáramos, la muralla de humo parecía siempre a la misma distancia, e incluso, por momentos, daba la impresión de ir acercándose, como si viajara más ligero que nosotros. En pleno día pudimos comprobar que no únicamente nosotros huíamos: los animales salvajes, cuya existencia presentíamos todo el tiempo, pero que rara vez se mostraban, olvidando las precauciones ancestrales, corrían también hacia el norte, y la mayor parte del tiempo, más rápido que el fuego y que nosotros. Había un revuelo de pájaros en el aire, sobre nuestras cabezas, y un resonar continuo de gritos, graznidos, chillidos, etcétera, pero observándolos un momento pude comprobar que si una buena parte se alejaba en la misma dirección que nosotros, muchos parecían ir al encuentro del fuego. Creí que, desorientados por el incendio, se equivocaban, pero cuando, unas horas más tarde, el fuego nos alcanzó, me di cuenta, y Osuna me lo confirmó tiempo más tarde, de que ciertos pájaros sobrevolaban el incendio para comerse los insectos que se dispersaban en todas direcciones y, sobre

todo, los que habían sido cocinados por el calor, con tanta insistencia, temeridad y glotonería, que muchos de ellos caían atrapados entre las llamas.

Al atardecer llegamos a una laguna grande que, por hallarse un poco más al noreste del trayecto noroeste-sudeste que habíamos venido siguiendo, no tuvimos oportunidad de ver en los días precedentes. La sorteamos, interponiéndola entre el fuego y nosotros y, exhaustos, nos detuvimos a descansar. De forma vagamente oval, la laguna tenía unos trescientos metros de largo, y se extendía paralela a la línea de humo oscuro que bloqueaba buena parte del horizonte. Hacia el medio, la distancia entre las dos orillas debía corresponder más o menos a la mitad de su longitud. Ni hombres ni caballos estaban dispuestos a seguir adelante, y muchos animales salvajes parecían haber tomado la misma decisión. Teros, ñanduces, liebres, garzas, guanacos, perdices, y hasta un par de pumas, rondaban en las inmediaciones del agua. Aunque nuestra presencia los inquietaba, no se atrevían a alejarse de la laguna, de modo que se mantenían a distancia, y con lo que podríamos llamar, ya que no veo otra manera de hacerlo, muy buena lógica, habían razonado que éramos un enemigo menos peligroso que el fuego. Como los pumas inquietaban a las mujeres, dos soldados los corrieron, riéndose, y si los pumas adoptaban al principio actitudes feroces, cuando los soldados se acercaban demasiado, revoleando sus boleadoras, se alejaban corriendo y, parándose a cierta distancia, se ponían a temblar y a escupir.

Pocas veces me fue dado contemplar un atardecer más hermoso, y eso que en la llanura abundan, con la interminable caída del sol, durante la cual, a causa de que ningún obstáculo interfiere la mirada, hasta el más ínfimo rescoldo de luz se demora en la oscuridad que borra todo. Cuando el enorme disco del sol tocó la línea del horizonte en el oeste, el pasto amarillo empezó a cintilar, y parecía más brillante todavía con el contraste de la muralla de humo en el sur, mientras que la laguna, que reflejaba la luz cambiante y que ni la más imperceptible vibración arrugaba, fue una lámina roja primero, y como si hubiese ido enfriándose al mismo tiempo que la luz, al igual que el aire, las cosas y el cielo, se volvió azul y por fin negra: únicamente la línea roja del horizonte, en el sudeste, introducía, en la negrura pareja de la noche, cierta diversidad.

Si alguien puede pensar que la circunstancia que atravesábamos podía darme tiempo para admirar el atardecer, se equivoca, ya que fue en medio del ajeteo general, durante el cual cada uno, aparte de los enfermos, tenía algo que hacer, que esa belleza indiferente y sobrehumana del crepúsculo se fue formando, alcanzó la perfección, y naufragó en la noche. Con criterio excelente, Osuna y el sargento decidieron que si bien los hombres y los animales acamparían en la orilla, había que instalar los carros lo más adentro posible de la laguna, lo que llevó un buen rato, porque debíamos buscar las partes del fondo en las que el peso no haría empantanarse los carrmatos cuando, una vez pasado el peligro, quisiéramos sacarlos del agua. Por cierto que un lugar lo bastante lejos de la orilla pero no demasiado hondo para que el agua no penetrara adentro de los carrmatos era un objeto contradictorio no tan fácil de encontrar. Era noche cerrada cuando terminamos. El olor a quemado llenaba el aire y, a una distancia difícil de precisar, detrás de los carros sumergidos casi hasta la mitad en el

agua, la franja roja del incendio brillaba, parpadeante y tenue.

Permanecimos acampados en la orilla tratando de percibir, en la noche cerrada, signos posibles que nos advirtieran de los progresos del fuego. Acostumbrados a la oscuridad, nuestros ojos empezaron a distinguir, en la negrura general, las siluetas más densas de las cosas que la poblaban. Los enfermeros y yo habíamos agrupado a nuestros enfermos para velar mejor sobre ellos. Al cabo de un rato de oscuridad, varias velas y faroles se encendieron, pero el sargento aconsejó apagarlas para escudriñar mejor el horizonte desde una oscuridad más completa. A mí me autorizó a dejar un par de velas prendidas que nos permitirían vigilar mejor a los locos. A decir verdad, de los únicos que podía esperarse alguna agitación era del mayor de los Verde y de la monjita, porque Prudencio Parra seguía tan indiferente como siempre a las contingencias de este mundo, y el único signo de agravación que presentó en la circunstancia fue cerrar más fuertemente el puño, y si bien Troncoso presentaba algunos leves sobresaltos de agitación, era evidente que la fase más grave había quedado atrás, y que un nuevo paroxismo era improbable por el momento. Por otra parte, el Nato no se le despegaba, lo que me daba la certidumbre de que podría contar con él si alguna urgencia se presentaba: el esclavo devoto protegiendo en la desgracia al amo que en tiempos normales lo martiriza y lo humilla, es la eterna paradoja que suscita y suscitará la perplejidad eterna del filósofo. Y en cuanto a Verdecito, no existía ningún peligro de que lo perdiésemos de vista en medio del desorden general, porque no únicamente no se apartaba de mi lado, sino que además se había aferrado a la manga de mi camisa, y no me soltaba. Su excitación creciente se manifestaba con la multiplicidad de ruidos que salían de entre sus labios, y con las continuas preguntas que me dirigía, con una voz cada vez más apagada y temblorosa, de modo tal que yo ni siquiera las comprendía y, preocupado por la situación, sin detenerme a escucharlo, con la atención puesta en lo exterior, le respondía, sobre todo en los momentos más graves, cualquier cosa que, como era su costumbre, me hacía repetir varias veces. A pesar de la gravedad creciente de la situación, los enfermeros se reían de nuestro diálogo de sordos. Debo decir que los hermanos Verde fueron los dos problemas más difíciles de manejar en esas horas adversas, porque también la excitación del mayor crecía a medida que el peligro se aproximaba, y en los momentos de tensión, era su sempiterno *Mañana, tarde y noche*, dicho con las mil entonaciones diferentes de una conversación normal, que no se dirigía a nadie en particular, lo único que se escuchaba. Cuanto más grande era el peligro, más fuerte sonaba su voz, y más precipitado se volvía el ritmo y la variedad con que la profería. Sor Teresita, que se divertía hostigando a veces a los hermanos, los dejó tranquilos esa noche, aunque por razones poco meritorias, ya que pasó una buena parte de la espera susurrando y bromeando en la oscuridad con los soldados de su guardia personal y, por prudencia, y sobre todo porque pensé que los soldados se encargarían de protegerla, me abstuve de averiguar a qué condujeron esos manejos, que incluso se prolongaron cuando, rodeados por el fuego, debimos refugiarnos en la laguna con el agua hasta el cuello, porque, en el punto de la laguna donde ella estaba apretujada entre los soldados, podían oírse chapaleos, exclamaciones y gemidos más que elocuentes, y ya es sabido que, por razones

misteriosas, el peligro estimula la voluptuosidad.

Un sobresalto imprevisto nos sacudió y, casi en seguida, una satisfacción no menos inesperada compensó el susto que habíamos recibido. En el silencio casi total en el que seguíamos, alertas y ansiosos, el curso de los acontecimientos, agrupados en la orilla de la laguna, fuimos atraídos por un rumor que, por lo menos para mí, resultaba difícil de identificar al principio, pero que poco a poco se fue precisando como un golpeteo de cascos de ganado resonando contra la tierra, al mismo tiempo que un tumulto de mugidos despavoridos, cada vez más cercano, llenaba el aire de la noche. Nuestro temor principal era que el ganado, el cual, de manera evidente, debía estar huyendo del incendio, y que por el estruendo que producía, debía formar una tropilla bastante numerosa, a causa del terror ciego que lo había hecho emprender la fuga en la oscuridad, no se precipitara sobre nosotros en estampida y nos pisoteara. Oíamos a los animales acercarse a toda velocidad, y empezamos a agitarnos en la negrura cuando los primeros cascos tocaron el agua en algún punto de la orilla opuesta de la laguna, y el ruido acuático que producían las patas, más los mugidos aterrorizados que resonaban en la noche (yo sentía la mano de Verdecito tirar con más fuerza todavía la manga de mi camisa) nos inducían a pensar que no podríamos evitar la catástrofe, cuando poco a poco nos fuimos dando cuenta de que, algunos por el agua y otros en las inmediaciones de la orilla, los animales se alejaban hacia el extremo oeste de la laguna, donde era más playa, hasta que los oímos cruzar y seguir golpeando la tierra con los cascos mientras se alejaban a nuestras espaldas, en dirección al norte. La explicación de ese cambio brusco de rumbo la tuvimos de inmediato, con el trote de un caballo que, sin apuro, se acercaba, y que, con esa capacidad que tenía para auscultar lo invisible, Osuna reconoció, por el ruido de los cascos, como el caballo de Sirirí. Sofrenándolo a cierta distancia, el indio se identificó en la oscuridad y se unió a nosotros. A la luz de un farol y en medio de un círculo de caras ansiosas y cansadas, con su seriedad habitual contó que venía galopando a media legua al sur de nuestro campamento, cuando oyó el ganado que se precipitaba hacia la laguna, de modo que avanzando en diagonal a la carrera, interceptó la tropa, y la desvió hacia la punta oeste de la laguna. Sirirí dijo que de todas maneras eran unas pocas vacas que no hubiesen causado mucho desastre, aparte de los carros quizás, pero que venían tan asustadas que hacían ruido por muchas más de las que en realidad eran. La pericia de esos hombres para vivir en la llanura como los marineros en el mar, puede quedar demostrada por el hecho siguiente: Sirirí había acordado con Osuna y con el sargento un encuentro en la orilla del río Paraná, bien al este, pero, después de estimar el tiempo que le llevaría al fuego alcanzarnos, calculando la distancia que había hasta el río, había llegado a la misma conclusión que los otros dos expertos, decidiendo que el único lugar en las inmediaciones donde podríamos defendernos del incendio, era esa laguna en la que nos encontrábamos. Un detalle importante debe ser señalado: solo, Sirirí hubiese podido escapar del fuego con facilidad, ya que un jinete puede desplazarse diez veces más rápido que un convoy de carros. En poco tiempo, hubiese podido sacarle tanta ventaja al fuego que ese incendio que se aprestaba a devorarnos no hubiese representado ningún peligro para él. Y sin embargo, sabiendo

que correría el mismo peligro que todos nosotros, había vuelto al campamento. Aparte del respeto meramente profesional que quizás le merecían Osuna y el sargento, ninguno de los otros miembros de la caravana le despertaba la menor simpatía. En el mes que había durado nuestro viaje, Sirirí nos había oído burlarnos, nos había visto pisotear las pocas cosas que en este mundo eran sagradas para él, las pocas verdades en las que según él valía la pena creer, y más de una vez, yo había podido ver el desprecio, la rabia, el escándalo pintarse en su cara cuando juzgaba alguno de nuestros actos. Y a pesar de eso, poniendo en peligro su vida, había vuelto con nosotros. Probablemente para él no había ninguna duda de que en el fuego del infierno, los miembros de la caravana arderíamos por toda la eternidad; pero, sin que ni él ni nosotros supiésemos bien por qué, contra el fuego real que se aproximaba, se había puesto de nuestro lado.

A la madrugada, ese fuego nos alcanzó. Protegidos por su vieja enemiga, el agua, lo vimos detenerse y bailotear en la orilla de la laguna. El frente del incendio se extendía interminable, de este a oeste. La crepitación de las llamas era ensordecedora, y los pájaros ávidos que se lanzaban entre las nubes de humo para comerse los insectos chamuscados, excitándose con el calor, el peligro, el fuego, la abundancia de alimento quizás, lanzaban unos gritos atroces, extraños en un pájaro, y ennegrecidos por la noche pero tornasolándose de pronto al resplandor de las llamas, parecían haber surgido de golpe de otro mundo, de otra era, de otra naturaleza cuyas leyes eran diferentes de las de la nuestra. El incendio iluminaba todo el campo alrededor, que asumía el brillo excesivo de una fiesta un poco ostentosa, y como las llamas se duplicaban al reflejarse en la laguna, cuyas aguas se habían vuelto de un color naranja ondulante, los que estábamos adentro, metidos hasta el cuello en ese elemento llameante y rojizo, teníamos la impresión de estar atrapados en el núcleo mismo del infierno, sobre todo porque, a causa quizás de la tierra recalentada y de la interminable extensión de las llamas, nuestra piel podía percibir cómo la temperatura del agua iba en aumento, a tal punto que empezamos a preguntarnos, en nuestro fuero interno desde luego, porque aparte de los hermanos Verde, que no había modo de hacer callar, nadie hablaba, si de un momento a otro no iba a hervir. El humo, que a la distancia parecía firme y duro como una muralla, era de cerca un fluido turbulento que se retorció locamente, y entre cuyas masas agitadas y espesas, que cambiaban a cada momento de color, subían de golpe, para explotar en el aire y partir en todas direcciones como proyectiles, columnas furiosas de chispas y de materia ígnea que pasaban volando y crepitando sobre nuestras cabezas o se precipitaban sobre nosotros, o en el agua donde se apagaban súbitamente convirtiéndose en unos diminutos cabitos negros que flotaban en la superficie, o si no, sobrevolando la anchura entera de la laguna, iban a caer del otro lado, más allá de la orilla, donde algunos fueguitos dispersos habían empezado a arder. Verdecito se me colgó del cuello y me murmuraba en el oído, una tras otra, frases incomprensibles, pero su hermano mayor había terminado por callarse, y permanecía rígido y demudado por el terror, con el agua hasta el cuello, pero de espaldas a las llamas, para no verlas.

Era difícil calcular la anchura de ese muro de fuego; lo cierto es que el in-

endio costeó la laguna y siguió extendiéndose hacia el norte, así que en un determinado momento la superficie oval de la laguna, con nosotros adentro, los caballos que un grupo de soldados trataban a duras penas de retener, y que sólo lo lograron porque los habían maneado y atado entre varios, los perros que se hartaron de ladrar y los animales salvajes que por nada del mundo querían alejarse del agua, los pájaros que revoloteaban por el aire rojizo, ese espejo acuático que habíamos visto tan apacible y liso al atardecer, parecía una pesadilla oval pintada por un artista demente, y engarzada en un marco de llamas.

Al cabo de un rato nos dimos cuenta de que había amanecido, pero que el humo ocultaba la luz del sol. No únicamente el humo; puntual, como lo había anunciado Osuna, la tormenta de Santa Rosa estaba llegando desde el sudeste: era la mañana del treinta. El fuego pasó de largo, siguiendo hacia el norte, y cuando el humo empezó a disiparse, vimos que el cielo se cubría de unas nubes espesas, de un gris azulado. Todo a nuestro alrededor, el campo estaba negro, pero sembrado de pequeños rescoldos rojizos, igual que un cielo nocturno agujereado de estrellas. Del suelo negro como el carbón brotaban muchos hilitos de un humo claro y exhausto, que se volvían invisibles a un metro de altura. No habíamos perdido un solo hombre, un solo animal, un solo carro. Pero a pesar de que el fuego, en su estúpido viaje hacia el norte, por esa vez, nos había acordado un nuevo plazo, no podíamos salir del agua, porque la tierra debía estar ardiendo todavía, como el piso de un horno de barro. El vasco se encaramó a su carro, desapareció en cuatro patas en el interior, y volvió a salir con tres porrones de ginebra que arrojó al aire y que los soldados, diestros y vivaces a pesar de la fatiga y del calor abrasador, abarajaron. Los porrones empezaron a pasar de mano en mano y al poco rato los ánimos reverdecían. Salvados del fuego porque sí, ya no teníamos mucho que perder. Consumiéndonos, las llamas hubiesen consumido también nuestro delirio, que era lo único verdaderamente propio que nos distinguía de esa tierra chata y muda. Y puesto que, indiferentes, casi desdeñosas, habían pasado de largo sin siquiera detenerse para aniquilarnos, nuestro delirio, intacto, podía recomenzar a forjar el mundo a su imagen.

La lluvia densa que cayó un día entero, atravesada de relámpagos aterradores que fueron para nosotros un nuevo motivo de pavor, no únicamente apagó los rescoldos y enfrió la tierra, sino que incluso restauró el invierno que habíamos perdido al promediar nuestro viaje, topándonos con ese verano indebido que trastocó el orden natural de las estaciones. Ahora sí, con el invierno vuelto a su lugar, se podía esperar la primavera. Durante dos o tres días viajamos lentos por una tierra negra, muerta, cenicienta, que una llovizna helada penetraba y volvía chirle, en un amasijo de pasto carbonizado, barro y ceniza. El cielo era igual de negro que la tierra y el agua que caía sin descanso, gris y glacial. Galopábamos exhaustos, reconcentrados, ateridos y lerdos, un poco irreal, habiendo casi olvidado, después de tantas vicisitudes, la razón de nuestro viaje. Pero al cuarto día, los campos quemados quedaron atrás, y en los que atravesábamos, siempre en dirección del sudeste, unos atisbos de verde tierno empezaron a divisarse entre los pastos muertos del invierno que terminaba. Al quinto, el sol había vuelto a salir en un cielo azul en el que no se veía una sola

nube, y a través de un aire limpio y clarísimo a causa de la lluvia, cruzamos unos reseros, y a la tarde nomás avistamos las primeras chacras. La gente nos saludaba al pasar, y se quedaba mirándonos a causa de nuestro aspecto poco común, ya que, sucios y ennegrecidos por el sol y también por el fuego, el humo y la ceniza, exhaustos y miserables, no parecíamos ni resignados ni amargos. En los patios, los durazneros, con su impaciencia habitual, se habían llenado de flores rosas. Yo me quería un poco más a mí mismo que al principio del viaje y el mundo, contra toda razón, me pareció benévolo ese día. A la mañana siguiente, a unos quinientos metros en dirección del río, sobre la barranca, avistamos un largo edificio blanco y, en los fondos, tres altas acacias. Como en la cuarta Bucólica, las Parcas, por esa vez, dijeron que sí.